

**DE LA CREACIÓN DEL MUNDO A LA EDAD HEROICA.  
ANTOLOGÍA DE TEXTOS CLÁSICOS**

**CECILIA CRIADO**

## TABLA DE CONTENIDOS

<b>PRIMERA PARTE: COSMOGONÍA</b>	<b>1</b>
1.- LA CREACIÓN DEL MUNDO O COSMOGONÍA	1
Texto 1: <i>Hes. Th.</i> , 154 ss.	1
Texto 2: <i>Hes. Th.</i> , 453 ss.	2
Texto 3: Mito de Kumarbi según la <i>Teogonía</i> hitita	3
Texto 4: <i>Canto de Ullikummi</i>	3
Texto 5: <i>Ov. met.</i> , I, 1 ss.	3
2.- LA GIGANTOMAQUIA	5
Texto 1: <i>Ov. met.</i> , I, 152 ss.	5
<b>SEGUNDA PARTE: TEOGONÍA</b>	<b>7</b>
1.- MATRIMONIOS DE ZEUS CON DIOSAS	7
Texto 1: <i>Hes. Th.</i> , 886 ss.	7
Texto 2: <i>Apollod.</i> , I, 3, 1 ss.	8
2.- MATRIMONIOS DE ZEUS CON HUMANAS	8
Texto 1: <i>Hom., Il.</i> , 310 ss.	8
Texto 2: Zeus-Europa ( <i>Apollod.</i> , III, 1, 1 ss.)	9
Texto 3: Zeus-Dánae ( <i>Apollod.</i> , II, 2, 4 ss.)	9
Texto 4: Zeus-Alcmena ( <i>Apollod.</i> , II, 4, 6 ss.)	10
Texto 5: Zeus-Alcmena ( <i>Ov., met.</i> , IX, 273 ss.)	11
Texto 6: Zeus-Europa ( <i>Ov., met.</i> , II, 836 ss.)	12
Texto 7: Zeus-Sémele ( <i>Apollod.</i> , III, 4, 2 ss.)	13
Texto 8: Zeus-Sémele ( <i>Ov., met.</i> , III, 279 ss.)	14
<b>TERCERA PARTE: EL ORIGEN DEL HOMBRE</b>	<b>17</b>
Texto 1: Las edades del hombre ( <i>Hes., op.</i> , 109 ss.)	17
Texto 2: El mito de Prometeo ( <i>Hes., Th.</i> , 507 ss.)	19
Texto 3: El mito de Pandora ( <i>Hes., op.</i> , 60-105)	21
Texto 4: El origen del hombre ( <i>Lucr.</i> , 772-836)	23
Texto 5: Las edades del hombre ( <i>Lucr.</i> , V, 925-1135)	24
Texto 6: Las edades del hombre ( <i>Ov., Met.</i> , I, 90 ss.)	29
Texto 7: El delito de Licaón ( <i>Ov. Met.</i> , I, 163 ss.)	31
Texto 8: El diluvio ( <i>Ov., Met.</i> , I, 244 ss.)	33
Texto 9: Decaulión y Pirra ( <i>Ov., Met.</i> , I, 313 ss.)	34
<b>CUARTA PARTE: EDAD HEROICA</b>	<b>39</b>
1.- LA ESTIRPE ARGIVA	39
Texto 1: Io y Zeus ( <i>Ov., met.</i> , I, 583 ss.)	39
Texto 2: Io y Zeus ( <i>Ov., met.</i> , I, 747 ss.)	41
Texto 3: Egíptidas y Danaides ( <i>Ov., epist.</i> , XIV, 1 ss.)	41
Texto 4: Dánae y Zeus ( <i>Apollod.</i> , II, 2, 4 ss.). Cf. pp. 9 ss.	43
Texto 5: Perseo y Andrómeda ( <i>Apollod.</i> , II, 4, 3)	43
Texto 6: Anfitrión, Alcmena, Euristeo y Heracles ( <i>Apollod.</i> , II, 4, 5)	44
Texto 7: Euristeo y Heracles ( <i>Apollod.</i> , II, 4, 12)	44
Texto 8: Atreo y Tiestes ( <i>Sen., Thy.</i> , 977 ss.)	45

**Imprime:** TÓRCULO Artes Gráficas, S.A.L.  
Rosalfa de Castro, 45 - Santiago

**I.S.B.N.:** 84-8408-102-8

**D.L.G.:** C-1850-99

Texto 9: Egisto y Clitemnestra (S. <i>El.</i> , 1411 ss.)	48
Texto 10: Anfiarao y Erifile (Stat., <i>Theb.</i> , II, 255 ss.)	53
<b>2.- ESTIRPE TEBANA</b>	55
Texto 1: Cadmo y Harmonía (Stat., <i>Theb.</i> , I, 1 ss.)	55
Texto 2: Sémele y Zeus (Apollod., III, 4, 2 ss. y <i>Ov. met.</i> , III, 279 ss.). Cf. pp. 13 ss.	55
Texto 3: Ino y Atamante ( <i>Ov. met.</i> , IV, 416 ss.)	55
Texto 4: Dioniso y la locura de Ágave (E., <i>Ba.</i> , 1042 ss.)	58
Texto 5: Edipo y Yocasta (S., <i>OT</i> , 1155 ss.)	60
Texto 6: Eteocles y Polinices. La campaña de los Siete contra Tebas (Stat., <i>Theb.</i> , I, 32 ss.)	62
Texto 7: Eteocles y Polinices. La campaña de los Siete contra Tebas (Stat., <i>Theb.</i> , I, 48 ss.)	62
<b>3.- LA ESTIRPE TESALIA</b>	66
Texto 1: Inicio de la expedición de los Argonautas (Apollod. I, 9, 16)	66
Texto 2: Inicio de la navegación (Catull., 64, 1-50)	67
Texto 3: Sucesos en Lemnos (A.R., I, 607 ss.)	67
Texto 4: Sucesos en la Cólquide (Val. Fl., VII)	74
Texto 5: Viaje de regreso a Iolco ( <i>Argonáuticas órficas</i> , 1037 ss.)	88
Texto 6: Medea en Iolco ( <i>Ov. met.</i> , VII, 149 ss.)	96
<b>4.- LA ESTIRPE ETOLIA</b>	102
Texto 1: El jabalí de Calidón ( <i>Ov. met.</i> , VIII, 260 ss.)	102
<b>5.- LA ESTIRPE EÁCIDA</b>	104
Texto 1: Peleo en Ftia (Apollod., III, 13, 1)	104
Texto 2: Peleo y Tetis (Catull., LXIV, 1 ss.)	104
Texto 3: Crianza de Aquiles (Apollod., III, 6-8)	105
<b>6.- LA ESTIRPE ATENIENSE</b>	107
Texto 1: Contenido sumario del mito de Teseo (Apollod. <i>Epit.</i> , I)	107
Texto 2: Regreso de Teseo a Ática ( <i>Ov. met.</i> , VII, 404-455)	109
Texto 3: Regreso de Teseo a Ática (Apollod., III, 15, 6 ss y 16)	110
Texto 4: Teseo, el Minotauro y Ariadna (Catull., 64, 50-265)	112
Texto 5: Teseo, el Minotauro y Ariadna ( <i>Ov. met.</i> , VIII, 152-182)	116
Texto 6: Amistad de Teseo con Pirítoos (Apollod., <i>Epit.</i> , I, 20 ss.)	117
Texto 7: Fedra e Hipólito (E., <i>Hipp.</i> , 309 ss.)	117
Texto 8: Fedra e Hipólito (Sen., <i>Phaedr.</i> , 864 ss.)	121

## INTRODUCCIÓN

Esta selección de textos de tema mitológico tiene como único objeto servir de instrumento, cómodo y accesible, para la docencia de la asignatura de *Mitología Clásica*. Como se puede apreciar en la Tabla de Contenidos, la organización del material sigue el estricto criterio cronológico; bien entendido que en el mundo mítico cuando hablamos de cronología lo hacemos en términos de cronología mítica relativa.

Así, comenzamos la selección con los textos relativos a la Cosmogonía, esto es, por aquellos desarrollos míticos que se refieren a la formación del mundo, a la separación inicial del cielo y de la tierra y a la sustitución de los dioses primitivos de la naturaleza por Zeus y sus contemporáneos. La dependencia de este grupo de mitos de prototipos mesopotámicos, acadio o hitito-hurritas hace obligada la inclusión en esta *selecta* de alguno de estos textos.

Continuamos con la Teogonía, en la que de forma más específica se contempla la formación del panteón olímpico, por obra de las sucesivas uniones de Zeus para engendrar a los Olímpicos que habrán de suceder a los dioses Primigenios, Primordiales o Primera Generación Olímpica.

Dedicamos un tercer apartado al hombre, a los mitos relacionados con la historia primitiva de los hombres y el establecimiento de su lugar en el mundo. En esta categoría se incluyen los mitos sobre la antropogonía, sobre la Edad de Oro, sobre Prometeo y sobre la Caída de los Hombres o mitos de las Cinco Razas

La última parte de esta pequeña selección, se reserva a las genealogías heroicas, en las que se ha intentado también mantener el criterio de antigüedad, así como constatar, mediante los títulos de los epígrafes, aquellos episodios heroicos que permiten relacionar estirpes

Por supuesto el mundo mítico, sobre todo en su vertiente heroica, no se agota con los textos aquí propuestos. No sólo existen más textos que tratan los mismos temas, aunque con variantes, de los episodios en los que hemos fijado nuestra atención, sino que hay otros innumerables pasajes míticos, no incluidos en esta edición y que, sin embargo, podrán ser objeto de atención en clase e, incluso, introducidos en esta antología en ediciones posteriores.

He visto oportuno ceñirme a la versión castellana de los textos, y no a los originales latinos o griegos. La razón es que *Mitología Clásica* es una asignatura interdisciplinar que goza de gran popularidad entre alumnos que cursan titularidades distintas a las de Clásicas, siendo los de esta titulación franca minoría. De todas formas las citas, creo, son lo

suficientemente claras para que quien quiera acudir al texto original, lo pueda localizar sin dificultad.

### Las ediciones utilizadas:

Las ediciones utilizadas para la elaboración de esta *selecta* han sido las siguientes:

Corbera Lloveras, M. A., *Poemas hesiódicos*, Akal, Madrid, 1990, pp. 47-50/ 61-62/ 74-76/ 62-63/ 90-91/ 92-95.

Dolç, M., *G. Valerio Catulo. Poesías*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1963/1982, pp. 70-72/ 73-83/ 70-73.

Fernández Galiano, M., *Eurípides. Tragedias áticas y tebana*, Planeta, Barcelona, 1991, pp. 376-379/ 250-253.

Fernández Galiano, M., *Sófocles. Tragedias*, Planeta, Barcelona, 1990, pp. 194-200/ 262-264.

García Moreno, J., *Apolodoro: Biblioteca mitológica*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 142-143/ 95/ 100-103/ 148/151/ 70/73/ 211-218/ 206-209/ 216-217/ 97/98/ 100/ 106/ 191-193/ 194/.

López Eire, A., *Homero. Iliada*, Cátedra, Madrid, 1993<sup>3</sup>, p. 585.

López Moreda, S., *Valerio Flaco. Las Argonáuticas*, Akal, Madrid, 1996, pp. 243-287.

Luque moreno, J., *Séneca. Tragedias*, vol. II, Gredos, Madrid, 1988, pp. 253-258/65-69.

Marco Simón, F., *Illud tempus. Mito y cosmogonía en el mundo antiguo*, Universidad, Zaragoza, 1988.

Moya del Baño, F., *Ovidio. Heroidas*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1984, pp. 102-106.

Pérez López, M., *Apolonio de Rodas. Las argonáuticas*, Akal, Madrid, 1991, pp. 86-105.

Periago Lorente, M., *Vida de Pitágoras. Argonáuticas órficas. Himnos órficos*, Gredos, Madrid, 1987, pp. 133-147.

Ruiz de Elvira, A., *P. Ovidio Nasón. Metamorfosis*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1964, pp. 6-9/ 13/ 147/ 80-81/ 98/ 10-13/ 14-16/ 17-19/ 20-24/ 58-70/ 100-101/31-34/ 38/ 140-145.

Valentí Fiol, E., *T. Lucrecio Caro. De la Naturaleza*, Bosch, Barcelona, 1985, pp. 469-473/ 479-493.

La traducción de los fragmentos de la *Tebaida* de Estacio que se recogen en esta *selecta*, son obra de Cecilia Criado.

## PRIMERA PARTE: COSMOGONÍA

### 1.- LA CREACIÓN DEL MUNDO O COSMOGONÍA

#### Texto 1: Hes. *Th.*, 154 ss.

En efecto, cuantos nacieron de Gea y Urano, hijos formidables, iban siendo odiados por su padre desde el principio. Y a medida que iban naciendo, los iba ocultando a todos en el seno de Gea y no los dejaba salir a la luz. Y Urano se complacía en su malvada acción. La inmensa Gea en su interior gemía, sintiéndose llena y meditó un engañoso y cruel ardid. En seguida, creando la especie del blanco acero forjó una hoz enorme y dio instrucciones a sus hijos y les dijo animándoles, aunque afligida en su corazón:

“¡Hijos míos y de un padre malvado! Si queréis obedecerme, nos vengaremos del cruel ultraje de vuestro padre; pues fue el primero en maquinarse infames acciones”.

Así dijo y se apoderó de todos un temor y ninguno de ellos habló. Sólo, después, el gran Crono de mente tortuosa, cobró ánimo y respondió a su prudente madre con estas palabras:

“Madre, yo podría, tomándolo a mi cargo, llevar a cabo esta empresa, ya que nada me importa nuestro padre de nombre funesto; pues él fue el primero en maquinarse obras indignas”.

Así habló y la enorme Gea se alegró mucho en su corazón. Colocó a su hijo en oculta emboscada. Puso en sus manos una hoz de afilados dientes y le instruyó en todo el engaño. Llegó el poderoso Urano, trayendo con él la noche, se extendió en torno a la tierra, deseoso de amor, y la cubrió por completo. El hijo, desde el escondite, le alcanzó con la mano izquierda, con la derecha cogió la enorme hoz, larga, de afilados dientes, y en un instante cortó los genitales de su padre, luego los arrojó tras de sí para que se dispersaran. Aquéllos no escaparon inútilmente de su mano. Pues cuantas gotas de sangre salpicaron, todas las recibió Gea y en el transcurso de los años, dio a luz a las poderosas Erinias, a los corpulentos Gigantes que brillan con sus armas, que sostienen en sus manos largas lanzas, y a las Ninfas que llaman Melias sobre la tierra infinita. En cuanto a los genitales, tan pronto como los cortó con el acero y los arrojó lejos de tierra firme al ponto batido por las olas, el piélagos los transportó durante mucho tiempo. En torno, una blanca espuma salía de

la piel inmortal. En medio de ella se formó una doncella. Primero se acercó a la divina Citera y desde allí se dirigió a Chipre rodeada de olas. De allí salió a tierra la veneranda y bella diosa, y al paso de sus pies delicados iba creciendo la hierba. A ella los dioses y los hombres la llaman Afrodita.

### Texto 2: Hes. *Th.*, 453 ss.

Rea, subyugada por Crono, dio a luz a ilustres hijos: Histia, Deméter, Hera de doradas sandalias, el poderoso Hades que tiene sus moradas bajo tierra y posee un corazón implacable, el resonante Ennosigeo y el prudente Zeus, padre de dioses y hombres, cuyo trueno hace temblar la espaciosa tierra.

A éstos se los tragaba el poderoso Crono tan pronto como desde el sagrado vientre de su madre llegaban a sus rodillas, meditando para que ningún otro de los ilustres descendientes de Urano tuviera honor real entre los Inmortales. Pues sabía por Gea y el estrellado Urano que, por fuerte que fuera, le estaba destinado sucumbir a manos de su propio hijo, por voluntad del gran Zeus. Por ello no descuidó su vigilancia, sino que, observándolos atentamente, devoraba a sus hijos. Y Rea tenía un dolor infinito.

Pero cuando ya estaba a punto de dar a luz a Zeus, padre de dioses y hombres, entonces ella suplicó a sus padres, Gea y el Estrellado Urano, que preparan con ella un plan para que pudiera dar a luz a su hijo a escondidas y vengar las Erinias de su padre y de los hijos que había engullido el gran Crono de mente tortuosa.

Ellos escucharon atentamente y obedecieron a su hija; la avisaron de cuanto estaba destinado que ocurriera acerca del rey Crono y de su hijo de violento corazón. La enviaron a Licto, rico pueblo de Creta, cuando estaba a punto de dar a luz al más joven de sus hijos, al poderoso Zeus. A éste lo recibió la inmensa Gea en la espaciosa Creta para criarlo y educarlo.

Allí se dirigió llevándole bajo la rápida negra noche, en primer lugar, a Licto. Lo tomó en sus manos y lo ocultó en una caverna inaccesible en las entrañas de la divina tierra, en el monte Egeo cubierto de espesos bosques. Y habiendo envuelto en pañales una gran piedra, la dio al soberano Uránida, primer rey de los dioses. Aquél la cogió con sus manos y la introdujo en su vientre, ¡infeliz! No advirtió en su corazón que, en lugar de la piedra, le quedaba en el futuro su hijo invencible e indemne, que pronto, vencíéndole con su fuerza y sus manos, iba a despojarle del poder y a reinar entre los inmortales.

Luego, rápidamente crecieron el vigor y los magníficos miembros del soberano. Y al pasar un año, (engañado por los hábiles consejos de Gea) el poderoso Crono de mente tortuosa, vomitó de nuevo su prole, vencido por las artes y la fuerza de su hijo. Vomitó primero la piedra, lo último que había engullido. Zeus la fijó sobre la tierra de anchos caminos, en la sagrada Pítia, en los valles al pie del Parnaso, monumento para la posteridad, maravilla para los hombres mortales.

Luego liberó a los hermanos de su padre de las dolorosas cadenas, a los Uránides, a los que el padre encadenó en su locura. Ellos le agradecieron sus beneficios y le dieron el trueno, el llameante rayo y el relámpago, cosas todas que antes la enorme Gea mantenía ocultas y, confiado en ellas, reina sobre los mortales e inmortales.

### Texto 3: Mito de Kumarbi según la *Teogonía* hitita

Kumarbi (...) cogió por los pies a Anu y tiró de él desde el cielo hacia abajo. Le mordió los muslos y su virilidad se mezcló, como el bronce, con las entrañas de Kumarbi. Cuando Kumarbi hubo tragado en sus entrañas la virilidad de Anu se regocijaba y reía. Anu se volvió hacia él y comenzó a decirle a Kumarbi: "Te regocijaste en tus entrañas porque tragaste mi virilidad. ¿No te regocijes en tus entrañas! En tus entrañas he puesto una carga (...)

### Texto 4: *Canto de Ullikummi*

Cuando el cielo y la tierra se construyeron encima de mí, yo no me enteré de nada. Mas cuando sucedió que el cielo y la tierra fueron separados con un cortante, tampoco me enteré de nada. Ahora algo me está lastimando el hombro derecho y no sé quién es ese dios.

### Texto 5: *Ov. met.*, I, 1 ss.

Es mi deseo exponer las transformaciones de los cuerpos en formas nuevas. Oh dioses, puesto que también vosotros habéis sido autores de tales transformaciones, ayudadme en mi empresa y haced que mi poema discurra sin interrupción desde el principio del mundo hasta la actualidad.

Antes del mar, y de la tierra, y del cielo que todo lo cubre, en toda la extensión del orbe era uno sólo el aspecto que ofrecía la naturaleza. Se le llamó Caos; era una masa confusa y desordenada, no más que un peso inerte y un amontonamiento de gérmenes mal unidos y discordantes.

Ningún Titán daba todavía al mundo su luz; tampoco Febe renovaba en su creciente los cuernos recién aparecidos. Ni la tierra se encontraba suspendida en medio de los aires que la rodeaban, en equilibrio por su propio peso, ni Anftrite había extendido todavía sus brazos marcando los confines de la tierra firme. Y por dondequiera que había tierra, había también aire y agua, con lo que ni la tierra era sólida, ni vadeable el agua, ni el aire tenía luz; ningún elemento conservaba su propia figura. Cada uno era un obstáculo para los otros, porque en un solo cuerpo lo frío luchaba con lo caliente, lo húmedo con lo seco, lo blando con lo duro, y con lo desprovisto de peso lo que tenía peso.

A esta contienda puso fin un dios, una naturaleza mejor. Separó, en efecto, del cielo la tierra, y de la tierra las aguas, y apartó el límpido cielo del aire espeso. Y una vez que así despejó estos elementos y los sacó de la masa oscura, asignó a cada uno un lugar distinto y los unió en amigable concordia. La substancia ígnea y sin peso del cielo cóncavo dio un salto y se procuró un lugar en las más altas cimas. Inmediatamente después en peso y situación se encuentra el aire. Más densa que ellos, la tierra arrastró consigo los elementos pesados y se apelmazó por su propia gravedad; y el agua que la rodea ocupó el último lugar y abarcó la parte sólida del mundo.

Una vez que aquel dios, fuera el que fuera hubo dividido aquella masa y, una vez dividida, la distribuyó orgánicamente en miembros, empezó por aglomerar la tierra, para lograr que su superficie quedase igualada por todas partes, dándole la figura de un enorme globo. A continuación dispuso que los mares se extendiesen y que se embraveciesen al soplo arrebatado de los vientos y que rodeasen las riberas de la tierra, ciñéndola. Añadió igualmente fuentes, enormes charcas y lagos, y aprisionó en tortuosas márgenes los ríos que se despeñan, de los cuales, según las comarcas, unos son absorbidos por la tierra misma, y otros llegan al mar, y, recibidos en llanura de aguas más dilatadas, contra playas se estrellan y no ya contra orillas. Mandó también que se extendieran los campos, que se abatieran los valles, que las selvas se cubrieran de hojas, que los montes pedregosos se elevasen. Y así como hay dos zonas que cortan el cielo por la derecha y otras dos por la izquierda, y una quinta que es más ardiente que aquéllas, el mismo número empleó también la providencia de aquel dios para dividir a la masa abarcada por el cielo, y son también otras cinco las regiones que quedan marcadas en la tierra. De ellas la central es inhabitable a causa del calor. Otras dos están cubiertas de una profunda nieve y en los intervalos colocó aún otras dos, dándoles un clima templado en el que la llama está mezclada con el frío. Por encima se encuentra el aire, que es tanto más pesado que el fuego cuanto más ligero que la tierra y que el agua. En él ordenó que estuvieran las nieblas, en él las nubes y los truenos que

atemorizan los corazones humanos y los vientos que producen los relámpagos y los rayos. Tampoco a los vientos concedió el artífice del mundo el libre uso del aire; aun ahora es difícil impedirles que destrocen el mundo, a pesar de que cada uno dirige sus soplos en regiones separadas: tan grande es la discordia entre los hermanos. El Euro se retiró al país de la Aurora, a los reinos nabateos, a Persia y a las cimas bañadas por los rayos de la mañana. El Occidente y las playas que se entibian por el sol poniente son vecinos del Zéfiro. El espantoso Bóreas ocupó la Escitia y los Siete Triones; la parte opuesta de la tierra se humedece con las constantes nubes que produce el lluvioso Austro. Por encima de todo esto colocó el límpido éter, que carece de peso y no contiene cosa alguna de las terrenas escorias.

Apenas había de este modo distribuido todas las cosas separándolas unas de otras por barreras fijas, cuando los astros, que durante largo tiempo habían estado soportando el agobio de la densa oscuridad, empezaron a resplandecer en toda la extensión del cielo. Y para que ninguna región estuviera desprovista de los seres vivos que le corresponden, los astros y las formas divinas ocuparon el suelo celeste, cayeron en suerte las aguas a los peces brillantes como lugar de habitación, la tierra recibió a las fieras, a las aves el movedizo aire.

Aún se echaba de menos un ser viviente más noble, más dotado de espíritu sublime y que fuese capaz de ejercer dominio sobre los restantes. Así nació el hombre, ya fuera que el artífice de la naturaleza, como principio de un mundo mejor, lo creara (...)

## 2.- LA GIGANTOMAQUIA

Texto 1: *Ov. met.*, I, 152 ss.

(...) Y para que el cielo sublime no estuviese más libre de angustia que la tierra, dicen que los Gigantes aspiraron a poseer el reino celestial, que amontonaron las montañas levantándolas hasta los elevados astros. Entonces el padre todopoderoso lanzó su rayo, resquebrajó el Olimpo e hizo que el Pelio se desplomase rodando desde el Osa que lo sostenía. Mientras aquellos cuerpos feroces yacían aplastados por su propia mole, dicen que la Tierra, regada y empapada de la abundante sangre de sus hijos, dio vida a aquel líquido caliente y, para evitar que no subsistiera vestigio alguno de su estirpe, lo convirtió en figuras humanas. Pero también aquella raza despreció a los dioses y fue violenta y avidísima de crueles carnicerías; bien se reconocía que de sangre habían nacido.

Cuando esto vio desde su encumbrada fortaleza el padre Saturnio, profirió un gemido y recordando el infame convite de la mesa de Licaón, aún no divulgado por tratarse de un hecho reciente, concibe en su corazón una inmensa cólera, digna de Júpiter y convoca la asamblea de los dioses; y a su llamamiento no se hacen esperar. Hay un camino elevado que se divisa claramente en cielo diáfano; lácteo es su nombre (...)

## SEGUNDA PARTE: TEOGONÍA

### 1.- MATRIMONIOS DE ZEUS CON DIOSAS

**Texto 1: Hes. *Th.*, 886 ss.**

Zeus rey de los dioses, tomó como primera esposa a Metis, que era la que más sabía entre los dioses y los hombres mortales. Pero cuando ya estaba a punto de dar a luz a Atenea de ojos glaucos, entonces, engañando arteramente su espíritu con seductoras palabras, Zeus se la tragó por los consejos de Gea y del estrellado Urano. Pues así se lo indicaron ambos para que ningún otro de los dioses sempiternos tuviera honor real en lugar de Zeus.

Pues estaba destinado que de ella nacieran hijos muy prudentes: la primera, la doncella de ojos glaucos, Tritogenia, que tiene el mismo valor y prudente consejo que su padre, luego, tenía que dar a luz un hijo rey de dioses y de hombres, de corazón soberbio. Por este motivo, Zeus lo tragó antes, para que la diosa le advirtiera siempre de lo bueno y de lo malo.

En segundo lugar, se desposó con la brillante Temis, que dio a luz a las Horas, Eunomía, Dike y la floreciente Eirene. Ellas cuidan de los trabajos de los hombres mortales. Luego dio a luz a las Moiras, a quienes el prudente Zeus otorgó el máximo honor, a Cloto, Láquesis y Atropo, que conceden a los hombres mortales la felicidad o la adversidad.

Eurínome, hija del Océano, de encantadora belleza, le dio las tres Gracias de hermosas mejillas, Aglaya, Eufrosine y la graciosa Talía.

(De sus párpados, cuando miran, fluye el amor que afloja los miembros y bellamente miran por debajo de las cejas.)

También entró en el lecho de Deméter nutridora de muchos. Y ésta le dio a luz a Perséfone de blancos brazos, a la que Edoneo arrebató a su madre, y lo permitió el prudente Zeus.

También amó a Mnemósine de hermosos cabellos y de ella nacieron las nueve Musas de dorada diadema, a las que agradan las fiestas y el deleite del canto.

Leto dio a luz a Apolo y a la flechadora Artemis, prole la más amable de todas entre los Uránidas, unida en amor con Zeus, portador de la égida.

Por último tomó por esposa a la floreciente Hera; ésta dio a luz a Hebe, Ares e Ilitía, unida en amor con el rey de los dioses y hombres.

Y él mismo, de su cabeza, dio a luz a Atenea de ojos glaucos, terrible, que excita al combate, conductora de ejércitos, indómita y augusta, a la que agradan los tumultos, guerras y batallas.

Hera dio a luz, sin haberse unido en amor, pues estaba furiosa y había disputado con su esposo, al ilustre Hefesto, que sobresale por sus artes entre todos los descendientes de Urano (...)

### Texto 2: Apollod., I, 3, 1 ss.

Zeus contrae matrimonio con Hera y engendra a Hebe, Ilitía y Ares, pero se une con otras muchas mujeres, mortales e inmortales. Así de Temis, hija de Océano, engendra hijas: las Horas, Eirene, Eunomía y Dike, y las Moiras, Cloto, Láquesis y Átropo; de Dione tiene a Afrodita; de Eurínome, hija de Océano, a las Cárites, Aglaya, Eufrosine y Talía; de Éstige a Perséfone; de Mnemósine a las Musas, Calíope en primer lugar, y a continuación Clío, Melpómene, Euterpe, Erato, Terpsícore, Urania, Talía y Polimnia.

## 2.- MATRIMONIOS DE ZEUS CON HUMANAS

### Texto 1: Hom., II, 310 ss.

A ella respondiendo, le decía Zeus, el que las nubes amontona: "Cabe, Hera, que también más adelante hacia ese lugar tú te encamines, y ahora, en cambio, ¡venga!, en la cama metámonos los dos y disfrutemos haciendo el amor; que hasta hoy de esta manera el deseo jamás de una diosa o de mujer mortal, vertido en torno de mi corazón, me lo llegó a domar dentro del pecho, ni cuando de la esposa de Ixión me enamoré, la que luego parió a Pirítoo, a los dioses comparable por lo discreto que era; ni cuando de la hija de Acrisio, de Dánae, la de hermosos tobillos, que a Perseo parió, el más ilustre de los hombres todos; ni cuando de la hija de Fénix, el famoso en remotos confines, que parió para mí a Minos y a Radamante, semejante a los dioses; ni aun cuando de Semele siquiera ni de Alcmena en Tebas, la que por hijo dio a luz a Heracles, el héroe de valiente corazón, y Semele, la que parió a Dioniso, un regocijo para los mortales; ni cuando de Deméter soberana, la de hermosas trenzas, ni

cuando de Letó, la muy gloriosa, ni cuando de ti misma me prendé, tal como ahora yo te estoy amando y me apresura de ti un dulce deseo".

### Texto 2: Zeus-Europa (Apollod., III, 1, 1 ss.)

Después que hemos descrito el linaje de Ínaco y mostrado las generaciones comprendidas desde Belo hasta los Heraclidas, hablemos sin más dilación también de la casa de Agénor. Tal como habíamos dicho Libia parió de Posidón dos hijos, Belo y Agénor. Belo fue rey de los egipcios y tuvo los hijos que ya hemos citado. En cuanto a Agénor, se dirigió a Fenicia, se casó con Telefasa y tuvo una hija, Europa, e hijos Cadmo, Fénix y Cílix. No obstante algunos afirman que Europa no era hija de Agénor sino de Fénix. Zeus se enamoró de ella y, convirtiéndose en un toro manso, la condujo cargándola sobre su lomo a través del mar hasta Creta. Allí, tras su unión con Zeus, dio a luz a Minos, Sarpedón y Radamantis; pero, según Homero, Sarpedón era hijo de Zeus y Laodamía, la hija de Belerofontes. Desaparecida Europa, su padre Agénor envió en su busca a sus hijos, diciéndoles que no regresaran hasta haber encontrado a Europa. En su búsqueda los acompañaron su madre Telefasa y Taso, el hijo de Posidón, o de Cílix, según Ferécides. Pero, cuando a pesar de buscar por todos los medios fueron incapaces de encontrar a Europa, desecharon el regreso a casa y se instaló cada uno en un lugar, Fénix en Fenicia, Cílix cerca de Fenicia, y llamó Cilicia a todo el territorio bajo su mando, inmediato al río Píramo; igualmente en Tracia se instaló Taso, fundando allí la ciudad de Tasos.

### Texto 3: Zeus-Dánae (Apollod., II, 2, 4 ss.)

Cuando Acrisio preguntó al oráculo sobre la manera de que le nacieran hijos varones, el dios le respondió que de su hija nacería un niño que le daría muerte. Temiendo esto, Acrisio construyó bajo tierra una cámara de bronce y allí guardó a Dánae. Sin embargo, según dicen algunos, a ésta fue Preto quien la sedujo y de aquí surgió la querrela entre ambos; según aseguran otros, Zeus se transformó en lluvia de oro y, deslizándose hasta el seno de Dánae a través del techo, se unió a ella. Cuando más tarde Acrisio supo que de ella había nacido Perseo, no creyó que hubiera sido seducida por Zeus y, poniendo en un arca a su hija junto con el niño, los arrojó al mar. En cuanto el arca arribó a Sérifos, Dictis los sacó de ella y crió al niño (...)

**Texto 4: Zeus-Alcmena (Apollod., II, 4, 6 ss.)**

Pero mientras Anfitríón estaba recogiendo las vacas, una saltó fuera y éste arrojó contra ella una maza que tenía en la mano, y al rebotar ésta en sus cuernos, fue a dar en la cabeza de Electrión y lo mató. Así, tomando este pretexto, Esténelo expulsó a Anfitríón de todo Argos y él se hizo con el poder de Micenas y Argos; luego hizo llamar a los hijos de Pélope, Atreo y Tiestes y les entregó a Mídea.

Anfitrion se dirigió con Alcmena y Licimnio a Tebas, y, una vez purificado por Creonte, entregó su hermana Perimede a Licimnio. Como Alcmena había afirmado que se casaría con quien vengara la muerte de sus hermanos, Anfitríón, comprometiéndose a ello, emprendió una expedición contra los teléboas e invitó a Creonte a ayudarlo. Éste, por su parte, aseguró que participaría en la expedición si previamente Anfitríón libraba a Cadmea de una zorra, pues una feroz zorra asolaba la ciudad. Pero aunque Anfitríón emprendió la tarea, estaba marcado por el destino que nadie lograría capturarla. Mientras que la región sufría continuos daños, cada mes los tebanos ofrecían el hijo de alguno de los ciudadanos a la bestia, que, de no hacerse así, se habría apoderado de otros muchos. Así pues, Anfitríón se fue a Atenas a presencia de Céfalo, el hijo de Deyoneo, y le persuadió de que, a cambio de una parte del botín de los teléboas, llevase a la cacería el perro que Procris había traído de Creta, tras recibirlo de manos de Mínos; pues también estaba fijado por el destino que éste, todo aquello que persiguiera, lo atraparía. Pero cuando el perro perseguía a la zorra, Zeus convirtió a ambos en piedra. Anfitríón, que contaba con la alianza de Céfalo de Tórico, en Ática, de Panopeo de Fócide, de Heleo, hijo de Perseo de Helos, en la Argólide, y de Creonte de Tebas, saqueó las islas de los tafios. Mientras vivió Pterelao, no pudo tomar Tafos; pero cuando la hija de Pterelao, Cometo, enamorada de Anfitríón, arrancó de la cabeza de su padre la cabellera dorada, Pterelao murió y Anfitríón logró someter todas las islas; luego Anfitríón mató a Cometo, navegó rumbo a Atenas con el botín y entregó las islas a Heleo y Céfalo, quienes, después de fundar unas ciudades a las que dieron sus nombres, se establecieron en ellas.

Pero antes de que Anfitríón regresase a Tebas, Zeus se presentó una noche y, triplicando su duración, tras haber adoptado la figura de Anfitríón, yació con Alcmena y le refirió lo ocurrido con los teléboas. Cuando Anfitríón llegó y vio que su esposa no le daba la bienvenida, le preguntó el motivo y, al decirle ésta que ya la noche anterior había venido y había dormido con ella, supo por Tiresias que la unión se había realizado con Zeus. Alcmena dio a luz dos hijos de Zeus, a Heracles, mayor en una sola noche, y, de Anfitríón, a Ificles. Cuando el niño tenía

ocho meses, Hera, deseosa de destruir a la criatura, envió a su lecho dos enormes serpientes y, mientras Alcmena llamaba en su ayuda a Anfitríón, Heracles se incorporó y, estrangulándolas con sus manos, las exterminó. No obstante, Ferécides afirma que fue Anfitríón quien puso las serpientes en el lecho, deseando saber cuál de los dos niños era el suyo, y que, al huir Ificles y hacerles frente Heracles, supo que Ificles había sido engendrado por él.

**Texto 5: Zeus-Alcmena (Ov., met., IX, 273 ss.)**

Atlas notó el peso. Y aún Euristeo, el hijo de Esténelo, no había desechado su cólera, sino que en su ferocidad profesaba a la descendencia el odio que había tenido al padre. En cuanto a la Argólide Alcmena, acongojada por prolongadas preocupaciones, tiene a Íole para depositar sus lamentaciones de anciana, para contarle los trabajos de su hijo, de los que el mundo es testigo, y sus propias desventuras. A Íole la había acogido Hilo, por orden de Hércules, en su tálamo y en su corazón, y le habla llenado el vientre de noble semilla; y Alcmena empezó a hablar así: "Que al menos a ti te ayuden los poderes divinos y que abrevien el tiempo cuando, cumplida tu cuenta, llames a la que patrocina a las asustadas parturientas, a esa Ilítia a quien el favor de Juno tornó severa contra mí. En efecto, cuando ya había llegado el momento de nacer Hércules, soportador de trabajos, y ya el décimo signo sufría la presión del astro, el peso me distendía el vientre, y lo que llevaba era tan grande, que se hubiera podido decir que era Júpiter el autor de la oculta carga. Y ya no podía yo seguir soportando mis fatigas. Es más, aún ahora un frío horror señorea mis miembros al hablar, y el recordar participa del dolor. Atormentada durante siete noches y por otros tantos días, agotada por el sufrimiento y tendiendo los brazos al cielo, llamaba yo con grandes voces a Lucina y al padre del esfuerzo. Vino ella, sí, pero previamente comprometida en contra mía, y con la intención de hacer don de mi persona a la adversa Juno. Y cuando Lucina oyo mis gemidos se sentó en aquel altar que está delante de la puerta, y apretando la rodilla izquierda con la corva derecha, y con los dedos entrelazados como por un peine, impedía el parto. Pronunciaba también fórmulas mágicas con voz imperceptible, y las fórmulas frenaron el parto que empezaba. Yo hago fuerza, y lanzo enloquecida inútiles denuestos contra el ingrato Júpiter, y ansío morir, y me lamento con palabras que hubieran conmovido a duros pedernales. Me asisten las madres Cadmeides, elevan plegarias y me dirigen palabras de aliento en mi dolor. Estaba conmigo una de mis sirvientas, Galántide, perteneciente al vulgo, de rubia cabellera, activa en el desempeño de mis órdenes y mi predilecta por sus servicios. Advirtió

ella que algo ocurría por obra de la hostilidad de Juno, y al salir y entrar con frecuencia por la puerta, vio a la diosa sentada en el altar y apretando sobre las rodillas los brazos con los dedos entrelazados, y le dijo: "Quienquiera que seas, felicita a mi señora. La Argólida Alcmena está libre, ha dado a luz y ve cumplidos sus anhelos". La diosa que manda en la matriz dio un brinco, y sobresaltada dejó sueltas las manos: una vez soltadas las ligaduras, también yo quedé libre. Se dice que Galántide se rió al ver burlada a la divinidad. Mientras reía la cogió la cruel diosa por los cabellos y la arrastró; queriendo ella levantar de la tierra el cuerpo, la diosa se lo impidió y cambió sus brazos en patas delanteras. Subsiste su antigua actividad; tampoco su espalda ha perdido el color que tenía; su forma es diferente de la anterior. Y por haber ayudado a una parturienta con boca mentirosa, pare por la boca y habita en nuestro domicilio como también antes lo hacía".

#### Texto 6: Zeus-Europa (Ov., *met.*, II, 836 ss.)

Lo llama aparte su padre y, sin declarar que es el amor lo que le mueve, le dice: "Fiel ejecutor de mis órdenes, hijo, omite toda dilación y descende en veloz carrera como acostumbras; encamínate a la tierra que mira a tu madre por la izquierda -sus habitantes le dan el nombre de tierra de Sidón- y haz que aquel rebaño real que ves pacer a lo lejos la hierba de la montaña se dirija a la playa". Dijo, e inmediatamente los toros, echados de la montaña, se encaminan, conforme a lo ordenado, a la playa, en donde la hija de un gran rey solía distraerse acompañada por jóvenes de Tiro. No son muy compatibles ni habitan en un mismo domicilio la majestad y el amor; abandonando la gravedad de su cetro, el ilustre padre y soberano de los dioses, cuya diestra está armada de los fuegos de tres puntas, que con una cabezada sacude el mundo, se viste la apariencia de un toro, muge mezclado a los novillos y va de un lado para otro, espléndido, por la blanda hierba. Y en efecto, su color es el de la nieve que ni han pisado las plantas de un duro pie ni ha fundido el lluvioso Austro. En su cuello sobresalen los músculos, sobre los brazos le cae la papada; sus cuernos son pequeños, sí, pero se podría asegurar que son obra de artesanía y son más luminosos que una perla sin tacha. No hay en su testuz amenaza alguna ni inspira terror su mirada. Su semblante es de paz. Se maravilla la hija de Agénor de que sea tan hermoso, de que no amenace con ataque alguno; pero, con todo lo manso que era, al principio no se atreve a tocarlo. Después se acerca y le ofrece flores en la blanca boca. Se regocija el enamorado y, en tanto llega el placer que espera, le da besos en las manos; y apenas, puede ya aplazar lo demás. Tan pronto retoza y salta en la verde hierba, como apoya el costado de nieve en la

rojiza arena; y habiéndole quitado el miedo poco a poco, ya le ofrece el pecho para que le dé golpecitos su mano de virgen, ya los cuernos para que en ellos le entrelace guirnalda de frescas flores. Se atrevió también la regia doncella, sin saber a quién montaba, a sentarse en la espalda del toro, y a partir de entonces el dios se va alejando insensiblemente de la tierra y de la parte seca de la playa, poniendo primero en el borde del agua las falsas plantas de sus patas, y progresando después hasta llevarse su botín a través de las líquidas llanuras del mar abierto. Ella está asustada, mira atrás a la playa que ha dejado al ser raptada, y con la mano derecha se agarra a los cuernos mientras apoya la otra en el lomo; sus ropas trémulas ondulan al soplo de la brisa.

#### Texto 7: Zeus-Sémele (Apollod., III, 4, 2 ss.)

(...) Cadmo para compensar su muerte estuvo al servicio de Ares durante un año muy largo, pues un año de los de entonces era como ocho.

Después de su servidumbre Atenea le procuró el reino y Zeus le otorgo como esposa a Harmonía, hija de Ares y Afrodita. Todos los dioses abandonaron el cielo y en la Cadmea celebraron la boda entre banquetes y cánticos. Cadmo le regaló un peplo y un collar obra de Hefesto, que según algunos había sido regalado por éste a Cadmo, mientras que Ferécides afirma que lo había sido por Europa, tras haberlo recibido ella de Zeus. Cadmo tuvo hijas, Autónoe, Ino, Sémele y Ágave, y un hijo, Polidoro. Ino se casó con Atamante, Autónoe con Aristeo y Ágave con Equión. Zeus se enamoró de Sémele y se unió a ella a ocultas de Hera. Pero dejándose embaucar por Hera, puesto que Zeus le había prometido hacer lo que le pidiera, le suplicó que viniera tal como iba cuando requería de amores a Hera. Zeus, no pudiendo rehusar, se presentó en la cámara nupcial con su carro entre relámpagos y truenos y lanzó el rayo. Como Sémele pereciera de terror, Zeus apartó del fuego al feto de seis meses y lo cosió dentro de su muslo. Muerta Sémele, las restantes hijas de Cadmo difundieron la noticia de que Sémele se había acostado con un mortal y calumniado a Zeus y de que por este motivo había sido fulminada. Llegado el momento, Zeus, desbaratando el cosido, dio a luz a Dioniso y se lo confió a Hermes, quien lo llevó junto a Ino y Atamante y los persuadió de que lo criasen como si fuera una niña. Pero Hera, llena de indignación, les provocó la locura, Atamante dio caza a su hijo mayor Learco como si se tratase de un ciervo y lo mató, mientras que Ino arrojó a Melicertes a una caldera hirviendo y a continuación, portándola en sus brazos junto con el cadáver del niño, se arrojó al abismo. A ella se la llama también Leucótea y al niño Palemón, siendo así como los llaman los navegantes a los que prestan ayuda en las

tormentas. En honor de Melicertes fueron instituidos por Sísifo los juegos ístmicos. Zeus logró esquivar la cólera de Hera convirtiendo a Dioniso en un cabrito, y Hermes lo cogió y llevó junto a las ninfas que vivían en Nisa, en Asia, a las que Zeus tras su catasterismo dio el nombre de Híades.

**Texto 8: Zeus-Sémele (Ov., met., III, 279 ss.)**

Pero he aquí, que un nuevo motivo viene a añadirse al anterior, y sufre de que esté Sémele grávida de la semilla del gran Júpiter; desata entonces su lengua en recriminaciones: “¿Pero de qué me han servido las recriminaciones tantas veces?”, dijo. “A ella es a quien hay que atacar; a ella la he de perder si con justicia se me llama la augusta Juno, si soy digna de sostener en mi diestra un cetro de piedras preciosas, si soy reina y la hermana y esposa de Júpiter, la hermana por lo menos. Pero no hay que preocuparse, a ella le basta con la aventura, y ha sido efímero el ultraje a mi tálamo. ¡Concibe! ¡Es lo que faltaba! En su vientre repleto lleva manifiesta la falta, y quiere ser madre, cosa que apenas yo he alcanzado, por obra sólo de Júpiter; hasta ese extremo llega la presunción de su belleza. Le aseguro que le va a perder, y no soy hija de Saturno si no penetra en las ondas estigias sumergida por su propio Júpiter”.

Tras estas palabras se levanta de su trono y, oculta por una nube azafranada, llega al umbral de Sémele; y no apartó de ella las nubes antes de tomar la apariencia de una vieja, poniéndose canas en las sienas, surcando de arrugas su piel y moviendo sus encorvados miembros con paso tembloroso; también se hizo voz de vieja y resultó la misma Béroe, la nodriza epídauria de Sémele. Y entablado así conversación, cuando, después de mucho hablar, llegaron a mencionar a Júpiter, suspiró y dijo: “Bien quisiera yo que fuese Júpiter; pero me da miedo todo esto. Muchos han conseguido, bajo el nombre de dioses, penetrar en tálamos honestos. Pero no basta ser Júpiter; que te dé una garantía de su amor, si es que realmente lo es; pídele que, con toda la grandeza y la gloria que tiene cuando Juno lo recibe, con las mismas te dé sus abrazos vistiéndose antes sus galas distintivas”. Con tales instrucciones había preparado Juno a la Cadmeida, pide ella a Júpiter un don, sin decirle cuál es. El dios le responde: “Elige; para ti no habrá negativa; y para que sea mayor tu confianza, que sea testigo la divinidad del torrente estigio; él es el terror y el dios de los dioses”. Alegrándose de su mal, dotada de excesivo poder y a punto de perecer por el favor de su amante dijo Sémele: “Con la misma forma que tú tienes cuando te abraza la Saturnia al entregaros a la amorosa alianza, así quiero que te des a mí”. Quiso el dios cerrarle la boca mientras aún hablaba; pero ya su voz había huido presurosa por los

aires. Exhaló un gemido; ni ella puede ya no haber deseado ni él no haber jurado. En su virtud, poseído de infinita tristeza, ascendió a los altos cielos, y con una seña arrastró tras de sí las nubes, a las que añadió lluvias y relámpagos mezclados con vientos y truenos y el rayo inevitable. Sin embargo, hasta donde le es posible, trata de quitarse fuerzas a sí mismo, y no se arma con el fuego con el que en otro tiempo abatió a Tifoeo el de los cien brazos; hay en ése excesiva ferocidad. Hay otro rayo más suave, al que la diestra de los Cíclopes dotó de menos violencia y menos llama, y también de menos furia; arma de segunda clase lo llaman los inmortales. Coge ése, y entra en la mansión agenórea. El cuerpo mortal no pudo resistir la celeste acometida, y ardió con el conyugal presente. El niño, aún sin terminar, es arrancado del vientre de su madre, y, tierno aún, cosido (si es que se puede creer) en el muslo de su padre, donde completa el tiempo materno. A escondidas lo cría su tía Ino en su primera cuna, entregado después a las ninfas de Nisa, éstas lo ocultaron en sus cavernas y atendieron a su lactancia.

## TERCERA PARTE: EL ORIGEN DEL HOMBRE

### TEXTO 1: LAS EDADES DEL HOMBRE (HES., *OP.*, 109 SS.)

Si quieres, coronaré mi relato con otro, sabia y hábilmente, y tú guárdalo en el corazón, (cómo los dioses y los hombres mortales tuvieron un mismo origen).

Primeramente, los Inmortales que habitan moradas Olímpicas crearon una estirpe de oro de hombres mortales. Estos vivían en tiempo de Crono, cuando éste reinaba en el cielo. Pasaban la vida como dioses, con el corazón libre de preocupaciones, lejos y a salvo de penas e infortunio; no les oprimía la mísera vejez, sino que siempre con la misma fuerza en piernas y brazos, se deleitaban en festines, exentos de todo mal. Morían como vencidos por el sueño; poseían toda clase de bienes; la fecunda tierra producía por sí misma rica y abundante cosecha. Ellos contentos y sin luchas disfrutaban de los campos, rodeados de todos los bienes. (Eran ricos en rebaños y queridos a los dioses bienaventurados).

Luego, una vez que la tierra sepultó esta raza, ellos son, por voluntad de Zeus, démones favorables, terrenales, guardianes de los mortales (que vigilan las sentencias y las acciones perversas y vestidos de bruma recorren por todas partes la tierra), dispensadores de riqueza; pues también recibieron este honor real.

Una segunda raza, muy inferior, de plata, crearon después los que habitan las moradas olímpicas, en nada semejante a la de oro ni en el aspecto ni en la mente. Durante cien años el niño se criaba jugando al lado de su venerable madre, muy infantil, en su casa. Pero cuando crecía en edad y alcanzaba el umbral de la adolescencia, vivían poco tiempo y padecían dolores por su ignorancia; pues no podían apartar de sí la temeraria violencia ni querían ofrecer culto a los inmortales ni hacer sacrificios en los sagrados altares de los Bienaventurados, como es norma para los hombres según sus costumbres. A éstos más tarde los ocultó Zeus Cronida irritado porque no rendían los debidos honores a los dioses bienaventurados que habitan el Olimpo.

Luego, después que la tierra cubrió también esta raza, a estos genios subterráneos los mortales los llaman bienaventurados, inferiores, pero aún así también a éstos acompañan privilegios.

Zeus padre creó una tercera raza de hombres mortales, de bronce, en nada semejante a la de plata, nacida de los fresnos, terrible y fuerte. Sólo

se ocupaba de las luctuosas obras de Ares y de la violencia; no comían pan y tenían implacable corazón de duro acero. Eran terribles; una gran fuerza y unas manos invencibles nacían de sus hombros sobre robustos miembros. Eran de bronce sus armas, de bronce sus casas y con bronce trabajaban; el negro hierro no existía. También éstos, vencidos por sus propias manos, marcharon a la húmeda mansión del temible Hades, anónimos. La negra muerte se apoderó de ellos a pesar de que eran terribles, y dejaron la brillante luz del sol.

Luego que la tierra cubrió también esta raza, otra cuarta creó sobre la fecunda tierra Zeus Cronida, más justa y mejor, la raza divina de los héroes que reciben el nombre de semidioses, la generación que nos precedió sobre la tierra sin límites.

A unos los hizo perecer la perniciosa guerra y la lucha cruel al pie de los muros de Tebas la de siete puertas en tierra cadmea, combatiendo por los rebaños de Edipo; a otros, la misma guerra los condujo a Troya en sus naves, sobre el inmenso abismo del mar, a causa de Helena de hermosa cabellera. Allí los envolvió la muerte.

A otros el padre Zeus Cronida concediéndoles vida y morada lejos de los hombres los instaló en los confines de la tierra. Estos viven con el corazón libre de cuidados en las islas de los Afortunados, junto al Océano de profundos remolinos, héroes felices a los que la fecunda tierra les produce frutos que brotan tres veces al año, dulces como la miel lejos de los inmortales Crono reina sobre ellos. (Pues el padre de hombres y dioses lo liberó y ahora siempre junto con ellos tiene honor y gloria. Zeus otra raza formó de hombres dotados de palabra, los que ahora existen sobre la tierra fecundas).

¡Ojalá nunca hubiera tenido yo que vivir entre los hombres del quinto linaje, sino que hubiera muerto antes o nacido después! Porque ahora la raza es de hierro. Nunca durante el día cesarán de sufrir fatigas y miserias, ni tampoco durante la noche dejarán de ser destruidos, y los dioses les proporcionarán graves preocupaciones. Sin embargo, aun para estos los bienes se mezclarán con los males.

Zeus destruirá, también esta raza de hombres mortales cuando nazcan con las sienas blancas. Ni el padre será semejante a sus hijos, ni los hijos a su padre; ni el huésped amará al huésped, ni el amigo al amigo, ni el hermano será querido como antes. Despreciarán a sus padres tan pronto como envejecan. Les insultarán profiriendo duras palabras, crueles, sin tener en cuenta el temor de los dioses, y a sus ancianos padres no les restituirán la crianza (para ellos la justicia es la violencia y unos saquearán las ciudades de los otros). No se tendrá en cuenta a quien cumpla el juramento, ni al justo ni al bueno, sino que honrarán más al malhechor y al hombre violento. La justicia estará en la fuerza y el pudor

no existirá. El malvado dañará al varón más noble atacándole con palabras injuriosas y lo confirmará por juramento. A todos los infortunados hombres les acompañará la envidia maldiciente, que se alegra del mal ajeno, de mirada siniestra.

Entonces será cuando Aidos y Némesis, envolviendo su hermoso cuerpo con mantos blancos, irán desde la tierra de anchos caminos hasta el Olimpo junto a la estirpe de los Inmortales, abandonando a los hombres. Sólo tristes dolores quedarán para los hombres mortales y ya no existirá ninguna defensa contra el mal.

## TEXTO 2: EL MITO DE PROMETEO (HES., TH., 507 SS.)

Jápeto desposó a una joven Oceáde de hermosos tobillos, Clímene y subió a su mismo lecho. Ésta le dio un hijo, Atlas de atrevido corazón. Y dio a luz al muy ilustre Menetio, al hábil y astuto Prometeo y al torpe Epimeteo, que fue desde un principio un mal para los hombres que se alimentan de pan. Pues fue el primero que aceptó una joven mujer moldeada por Zeus.

Al insolente Menetio, Zeus de amplia mirada lo precipitó al Erebo, alcanzándole con el ardiente rayo, por su insensatez y su desmedida soberbia.

Atlas, obligado por una poderosa necesidad, sostiene el vasto cielo en los confines de la tierra, frente a las Hespérides de dulce voz, de pie, sobre su cabeza y sus infatigables brazos. Pues este destino le impuso en su reparto el prudente Zeus.

A Prometeo abundante en recursos le ató con inquebrantables ligaduras, dolorosas cadenas, y las hizo pasar a través de una columna y sobre él envió un águila de alas desplegadas. Ésta le comía el hígado inmortal; pero éste crecía durante la noche por todas partes exactamente igual que durante el día devoraba el ave de grandes alas. Pero el valiente hijo de Alcmena de bellos tobillos, Heracles, la mató y apartó aquella plaga cruel del hijo de Jápeto y lo liberó de sus penas no en contra de la voluntad de Zeus Olímpico que reina en las alturas, sino para que la gloria de Heracles, nacido en Tebas, fuera mayor todavía que antes sobre la tierra fecunda.

Por estos deseos honraba a su ilustre hijo y, aunque irritado, puso fin a la cólera que tenía antes porque Prometeo se había opuesto a los designios del muy poderoso hijo de Crono.

Pues, cuando dioses y hombres mortales disputaban en Mecona, Prometeo presentó un buey que había partido con solícito cuidado, tratando de engañar la mente de Zeus. Pues, por un lado, puso entre la piel las carnes y entrañas pingües de grasa, cubiertas con el vientre del buey. Por el otro, con pérfido artilugio, colocó los blancos huesos del buey, cubiertos con brillante grasa.

Entonces el padre de hombre y dioses le dijo: "¡Hijo de Jápeto, el más ilustre de todos los dioses, amigo mio, cuán injustamente hiciste las partes!".

Así le dijo con sarcasmo Zeus, que conoce inmortales consejos. Le contestó Prometeo de mente tortuosa con una suave sonrisa sin olvidar su pérfido engaño:

"¡Zeus, el más glorioso y poderoso de los dioses sempiternos! Escoge de estas partes aquella que en tu pecho te mande tu corazón."

Así habló con engaño. Y Zeus, que conoce planes eternos, advirtió y no desconoció el engaño; pero en su corazón meditaba calamidades para los hombres mortales y tenía intención de cumplirlas. Con ambas manos retiró la blanca grasa. Se encolerizó en sus entrañas y la ira le llegó al corazón cuando vio los blancos huesos del buey a causa del engañoso artificio. Desde entonces, las tribus de hombres queman huesos blancos para los inmortales en perfumados altares.

A él, entonces, le habló muy indignado, Zeus amontonador de nubes:

"¡Hijo de Jápeto, conocedor de toda clase de artimanas, amigo mío, en verdad que no has olvidado el arte de los engaños!"

Así habló, irritado, Zeus que conoce inmortales planes eternos. Y desde entonces, recordando siempre el engaño ya no dirigió sobre los fresnos la fuerza del fuego infatigable en beneficio de los hombres mortales que habitan sobre la tierra.

Sin embargo, el valeroso hijo de Jápeto otra vez le engañó, escondiendo la llama del fuego infatigable que se ve de lejos en el hueco de una caña. Hirió con esto el corazón de Zeus que truena en las alturas e irritó su corazón cuando vio entre los hombres la llama del fuego que se ve desde lejos.

Al punto, a cambio del fuego, preparó un mal para los hombres. Pues el ilustre Patizambo modeló con tierra una imagen parecida a una casta doncella, por voluntad del Cronida. Y la diosa Atenea de ojos glaucos, le colocó un ceñidor y la adornó con un manto de resplandeciente blancura; y le puso en la cabeza un velo artísticamente labrado con sus manos, maravilla de ver. (Alrededor de su cabeza, Palas Atenea le colocó hermosas coronas hechas de flores de fresca hierba). En su cabeza el muy glorioso Patizambo puso una corona de oro que había forjado él mismo,

trabajándola con sus manos, para agradar a su padre Zeus. En ella había labrados artísticamente, maravilla de ver, cuantos monstruos cría en gran número la tierra y el mar. Puso muchos de ellos aquél y en todos resplandecía la gracia, admirables, semejantes a seres vivos dotados de voz.

Luego que fabricó el bello mal, a cambio de un bien, la llevó donde estaban los otros dioses y hombres, admirablemente adornada por la diosa de ojos glaucos hija del poderoso padre. Y el estupor se apoderó de los dioses inmortales y de los hombres mortales cuando vieron el profundo engaño, destinado a los hombres. (Pues de ella descende la estirpe de femeninas mujeres). Pues de ella procede el linaje funesto y las tribus de mujeres, gran desgracia para los mortales, viven con los hombres como compañeras sin adaptarse a la maldita pobreza, sino a la abundancia.

Del mismo modo que en las abovedadas colmenas las abejas alimentan a los zanganos, ocupados en obras malvadas, mientras que aquéllas durante todo el día hasta la puesta del sol, a diario se afanan y forman blancos panales de miel, en tanto que ellos permaciendo dentro, en los bien cubiertos panales, recogen en su vientre la fatiga ajena; de la misma manera también, como un mal para los hombres mortales, Zeus que resuena en las alturas, creó a las mujeres, que se ocupan en obras nocivas; otro mal les envió a cambio de un bien.

Aquél que huyendo del matrimonio y de las dañinas acciones de las mujeres no quiera casarse y llegue a la funesta vejez sin nadie que le cuide, éste no vive falto de alimento, pero al morir, los parientes se reparten sus bienes. En cambio, a quien le toque en suerte el matrimonio, aunque tenga una buena esposa adornada de prudencia, encontrará mezclado el mal con el bien durante su vida. Y el que encuentra una especie funesta, vive llevando en su pecho, en su alma y en su corazón un dolor incesante y su mal no tiene remedio.

Así, no es posible engañar ni eludir la voluntad de Zeus; pues ni siquiera el hijo de Jápeto, el bienhechor Prometeo, pudo escapar de la terrible cólera de aquél, sino que, por la fuerza, a pesar de ser muy astuto, se vio retenido por una fuerte cadena.

### TEXTO 3: EL MITO DE PANDORA (HES. OP., 60-105)

Así dijo y se echó a reír el padre de hombres y dioses y ordenó al muy ilustre Hefesto que inmediatamente mezclara tierra con agua, que le infundiera, voz humana y fuerza y que formara una hermosa y

encantadora figura de doncella que igualara en el rostro a las diosas inmortales. Luego ordenó que Atenea le enseñara sus labores, a tejer la tela de fino trabajo. A la dorada Afrodita le mandó que vertiera sobre su cabeza la gracia, un irresistible deseo y cautivadores encantos; y a Hermes, el mensajero Argifonte, le encargó que pusiera en ella un espíritu cínico y un carácter voluble.

Así dijo y ellos obedecieron al soberano Zeus Cronida. Inmediatamente el ilustre Patizambo modeló de la tierra una imagen parecida a una casta doncella, por voluntad del Cronida. La diosa Atenea de ojos de lechuza ciñó su cintura y la atavió. Alrededor de su cuello las divinas Gracias y la augusta Persuasión le colocaron collares de oro; las Horas de hermosos cabellos la coronaron con flores de primavera. Palas Atenea ajustó a su cuerpo toda clase de ornatos. Luego, el mensajero Argifonte creó en su pecho mentiras, palabras aduladoras y un carácter voluble, por voluntad de Zeus que resuena gravemente. Le infundió el habla el Herald de los dioses y dio a esta mujer el nombre de Pandora porque todos los que poseen moradas olímpicas le concedieron un regalo, desgracia para los hombres que se alimentan de pan.

Luego que cumplió su duro e irremediable engaño, el padre envió hacia Epimeteo al ilustre Argifonte con el regalo de los dioses, rápido mensajero.

Y no pensó Epimeteo que Prometeo le había dicho que no aceptara nunca un regalo de Zeus Olímpico, sino que lo devolviera de nuevo para evitar que pudiera ser perjudicial para los mortales. Pero él lo recibió y sólo cuando tenía el mal, se percató.

Pues antes, las tribus de hombres vivían sobre la tierra sin penas y libres del duro trabajo y de las penosas enfermedades que ocasionan la muerte a los hombres. (Pues los hombres pronto envejecen en la miseria). Pero aquella mujer, al quitar con sus manos la gran tapa de la tinaja los dispersó y preparo para los hombres tristes calamidades. Únicamente quedó dentro la Esperanza entre sus indestructibles paredes bajo los bordes de la tinaja, y no salió volando hacia la puerta, pues antes Pandora le puso la tapa de la tinaja, por voluntad de Zeus portador de la égida y amontonador de nubes.

Y ahora, innumerables penas revolotean entre los hombres. La tierra está llena de males y lleno el mar. Unas enfermedades de día y otras de noche van y vienen a su antojo llevando dolores a los mortales en silencio, porque el prudente Zeus les privó de la voz. Así no hay ningún medio de escapar a los designios de Zeus.

## TEXTO 4: EL ORIGEN DEL HOMBRE (LUCR., V, 772-836)

### Conclusión de la cosmogonía

Ahora que he resuelto el problema de cómo pueden ocurrir los fenómenos que observamos en los cerúleos espacios del mundo, para poder comprender la fuerza y la causa que impulsa el errar de la luna y los cambiantes rumbos del sol, y cómo pueden desaparecer, apagada su luz, y cubrir de tinieblas las desprevenidas tierras, cuando, por decirlo así, entornan los ojos, para luego, volviéndolos a abrir, mirar las tierras que su clara luz hace brillantes, vuelvo ahora a la juventud del mundo, cuando eran tiernos aun los campos de la tierra, y describiré qué productos hicieron éstos surgir primero a las riberas de la luz y osaron exponer al capricho de los vientos.

### Aparición de las plantas y los animales

En un principio la tierra rodeó las colinas y cubrió los campos con las especies de hierbas de verdor esplendente; fulgieron los prados floridos con lozanos colores, y luego fueron soltados los árboles para que, sueltas las riendas, compitieran en altura, hendiendo los aires. Y del mismo modo que las plumas y pelos y cerdas son lo primero que se forma en los miembros de los cuadrúpedos y en el cuerpo de los seres alados, así entonces la tierra joven hizo crecer primero hierbas y arbustos, y creó luego las especies vivientes, que nacieron de muchas maneras y por medios diversos. Pues ni los seres animados pueden haber caído del cielo, ni las especies terrestres haber salido de las aguas saladas. Resta sólo admitir que la tierra merece el nombre de madre, puesto que todo ha sido creado de ella. Todavía ahora surgen de la tierra muchos animales, engendrados por las lluvias y la cálida emanación del sol; por lo que es menos extraño que nacieran aún más y de mayor corpulencia cuando eran jóvenes la tierra y el éter.

En un principio las especies aladas y las pintadas aves salían de los huevos, madurados en el tiempo primaveral, como ahora en verano las cigarras dejan por sí mismas sus redondas túnicas, para salir en busca de alimento y de vida. Fue entonces cuando la tierra produjo la raza de los mortales. Pues los campos rebosaban de humedad y de calor; así, cada vez que se ofrecía un lugar oportuno, brotaban matrices enraizadas en la tierra; y cuando llegado el tiempo de la madurez se abrían bajo el impulso de los recién nacidos, que huían de la humedad y apetecían el aire, la Naturaleza dirigía hacia ellos los poros de la tierra y les hacía verter por sus venas abiertas un jugo parecido a la leche; tal como ahora, cuando una mujer ha parido se llena de dulce leche, porque todo el ímpetu de los alimentos confluye en las mamas. La tierra daba comida a los pequeños,

el calor les hacía de vestidos, la hierba les procuraba un muelle lecho de pelusa abundante. Por lo demás, la juventud del mundo no producía aún fríos muy duros, ni calor excesivo, ni vientos demasiado violentos. Pues todas las cosas crecen y se fortifican según una marcha pareja.

Por tanto, una vez más lo repito, merecido es el nombre de madre que la tierra ha obtenido, puesto que ella creó la raza misma de los hombres y casi a un tiempo fijado hizo brotar todas las especies animales que retozan dispersas por los vastos montes, así como la gran variedad de las aves del aire. Pero como su fecundidad debía tener un término, cesó de engendrar, como una mujer agotada por el paso de los años. Pues el tiempo cambia la condición del mundo entero, ya que a un estado sucede siempre otro por necesidad y ninguna cosa permanece idéntica a sí misma: todas cambian, a todas altera la Naturaleza y las fuerza a transformarse. Cuando una se hace polvo, languidece y se debilita con la edad, hay otra que crece en su lugar y sale del olvido. Así el tiempo muda el carácter del mundo entero, y la tierra pasa sucesivamente de un estado a otro; lo que pudo una vez, ahora le es imposible, y produce ahora lo que antes no podía.

## TEXTO 5 : LAS EDADES DEL HOMBRE (LUCR., V, 925-1135)

### Vida de los primeros hombres

Y aquella raza de hombres que vivía en los campos fue mucho más dura, y con motivo, pues la dura tierra los creara, y los cimentaba una mayor y más sólida osamenta, trabadas las vísceras por nervios forzudos, para que no sucumbiesen fácilmente ni al frío, ni al calor, ni al cambio de alimentos, ni a ningún achaque corporal. Durante numerosas revoluciones del sol a través del espacio, arrastraban la vida, vagabundos, a modo de alimañas. El robusto conductor del curvo arado no existía, ni nadie sabía ablandar con el hierro las tierras, ni enterrar en el suelo los renuevos, ni de los altos árboles podar con la hoz las viejas ramas. Lo que dieran el sol y las lluvias, lo que espontáneamente la tierra creara, era don suficiente para contentar sus corazones. Las más veces tomaban su sustento de las encinas cargadas de bellotas, y los madroños que ves en el invierno madurar y teñirse de púrpura, producíalos la tierra más abundantes y mayores que ahora. Muchos otros pastos creaba la entonces florida juventud del mundo, groseros, pero suficientes a los míseros mortales.

A aplacar la sed convidaban arroyos y fuentes, como ahora el torrente bajando de los altos montes invita de lejos con su claro ruido a

los sedientos rebaños de fieras. Finalmente, ocupaban las silvestres grutas de las ninfas, descubiertas en su vagar; sabían que de ellas se escurrían arroyuelos que con amplia corriente bañaban las húmedas rocas; las húmedas rocas, goteantes de musgo brillante, y conocían las fuentes que brotan y surgen en el campo llano.

No sabían aún servirse del fuego, ni aprovechar las pieles, ni cubrirse el cuerpo con despojos de fieras; su morada eran los bosques, las cavernas de los montes, las selvas; abrigaban entre el ramaje sus miembros escualidos, cuando el azote del viento y la lluvia les forzaba a resguardarse.

Incapaces de regirse por el bien común, no sabían gobernarse entre ellos por ninguna ley ni costumbre. Cada cual se llevaba la presa que el azar le ofrecía, instruido en valerse y vivir por sí mismo a su antojo. Venus, en las selvas, ayuntaba a los amantes, pues la mujer cedía al mutuo deseo, o a la violencia del varón y a su pasión imperiosa, o al precio -bellotas y madroños o peras escogidas-. Fiados en el prodigioso vigor de su manos y pies, perseguían los rebaños de bestias selváticas, arrojándoles piedras y manejando la maza pesada; a muchos cazaban así; de algunas se guardaban, ocultos en sus escondrijos.

Parecidos a cerdosos jabalíes, tendían al suelo sus desnudos miembros salvajes cuando los sorprendía la noche, envolviéndose en ramas y hojarasca. Pero en la oscuridad de la noche no vagaban por los campos, presa de pánico, llamando a gritos al día y al sol; antes bien aguardaban, silenciosos y sepultos en el sueño, a que con su faz rosada el sol llevara la luz al firmamento; pues avezados de pequeños a ver siempre renacer alternadas tinieblas y luz, no tenían motivo para extrañarse nunca de ello, ni temer que una eterna noche ocupase la tierra y les robara para siempre la luz del sol. La inquietud mayor de estos infelices eran más bien los ataques de las fieras, que hacían a menudo peligroso su sueño: echados de su vivienda, huían a las rocosas cuevas si llegaba un jabalí espumeante o un forzudo león, y a mitad de la noche cedían, desfavoridos, sus lechos de follaje a estos huéspedes crueles.

### La muerte, antes y ahora

Y no más entonces que ahora los mortales dejaban entre lamentos la dulce luz de la vida. Es cierto que con mayor frecuencia alguno de ellos, presa de las fieras, les ofrecía un pasto vivo, devorado bajo sus mandíbulas, y llenaba de gemidos bosques y montes y selvas, sintiendo sus vivas entrañas sepultarse en viviente sepulcro. Y a los que salvara la fuga, con el cuerpo medio devorado, después, aplicando sus trémulas manos a las horribles úlceras, con horrisonas voces llamaban al Orco, hasta que los feroces tormentos les quitaban la vida, sin auxilio, ignorando el remedio que pedían sus heridas.

Pero, en cambio, un solo día no entregaba a la muerte muchos millares de hombres, llevados bajo banderas, ni las turbulentas aguas del mar estrellaban contra los escollos a naves y a hombres, sino que las olas se enfurecían sin objeto, en vano, agitadas inútilmente, y poco a poco deponían sus vacías amenazas; y el traidor halago del plácido mar no podía atraer a nadie al engaño de sus ondas rientes; el arte funesto de la navegación yacía ignorado.

Entonces era la escasez de alimento lo que daba a la muerte los miembros languidecientes; ahora, en cambio, la abundancia los sumerge. A menudo, por ignorancia, se escanciaban a sí mismos un veneno; ahora, mejor instruidos, se lo dan a otros.

### La familia

Después, cuando supieron hacer chozas y servirse de pieles, y del fuego, y la mujer, compañera del hombre, pasó a ser propiedad de un solo marido, y conociéronse <las leyes del matrimonio>, y los padres vieron a la prole nacida de su sangre, entonces empezó la raza humana a suavizar sus costumbres. Pues el fuego hizo que sus cuerpos ateridos no pudiesen ya sufrir el frío bajo la bóveda celeste; Venus amenguó sus fuerzas, y a los hijos, con sus caricias, les fue fácil doblar el natural altivo de los padres.

### La vida social

Entonces también, vecinos unos de otros, empezaron a unirse en amistad, deseosos de no sufrir ni hacerse mutuamente violencias; y entre sí se recomendaron a sus niños y mujeres, indicando torpemente con sus voces y gestos ser de justicia que todos se apiadaran de los débiles. Así y todo, no podía ser general esta concordia; pero una buena parte de ellos observaba los pactos con escrúpulo; si no, ya entonces el género humano hubiera perecido por entero y su descendencia no hubiera podido propagarse hasta nosotros.

### Origen del lenguaje

Pero los variados sonidos de la lengua, la Naturaleza impulsó al hombre a emitirlos, y la necesidad formó los nombres de las cosas, por un instinto no muy diferente al que vemos que induce al niño, incapaz de hablar, a servirse del gesto y señalar con el dedo los objetos presentes. Pues cada ser tiene consciencia del uso que puede hacer de sus fuerzas: antes de que al novillo le apunten en la frente las astas, ataca con ellas airado y acomete con encono; los cachorros de panteras y leones se defienden ya con zarpazos y mordiscos antes casi de haberles nacido garras y colmillos. Vemos, además a las aves de toda especie fiarse de sus alas y pedir a las plumas una ayuda aún vacilante.

### No hubo un inventor del lenguaje

Así, pensar que un hombre asignó, en un momento dado, nombres a las cosas y que de él los demás aprendieron los primeros vocablos, es puro desvarío. Pues si uno fue capaz de designar con voces todos los objetos y emitir los variados sonidos de la lengua, ¿por qué no pensar que en el mismo tiempo pudieran hacer otros lo mismo? Además, si otros no hubieran usado entre sí también de las voces, ¿de dónde les hubiera venido la noción de su utilidad, y de dónde hubiera el primero sacado la facultad de saber lo que quería hacer y preverlo en su mente? Tampoco podía uno solo reducir a tantos y, venciendo su resistencia, forzarlos a querer aprender los nombres de las cosas; ni es fácil hallar un medio persuasivo de enseñar lo que conviene, cuando los hombres son sordos; pues no lo sufrirían, ni en manera alguna aguantarían que les machacasen los oídos por más tiempo con los vanos ruidos de una voz jamás escuchada.

En fin, ¿es acaso muy grande maravilla que el género humano, dotado de voz y de lengua, designe las cosas con sonidos variados, según sus variados sentimientos? Los mudos rebaños y hasta las especies salvajes suelen emitir voces varias y distintas, según les afecte el miedo o el dolor, o el placer los penetre, y esto es fácil de reconocer en hechos manifiestos.

Cuando los canes molosos están irritados, y regañan sus grandes y flácidos labios descubriendo sus dientes formidables, el gruñido con que amenazan sus fauces abiertas por la rabia difiere mucho del que emiten cuando con sus ladridos hacen retumbar los contornos. Y cuando con la lengua intentan blandamente lamer a sus cachorros, o los tiran de un lado a otro con sus patas y, amenazando morder, fingen con ternura querer devorarlos, pero sin apretar los dientes, sus acariciantes gruñidos son muy distintos de los ladridos que lanzan cuando los dejan solos en la casa, o los plañidos con que huyen de los golpes, el cuerpo a ras de tierra.

Además, ¿no te parecen distintos los relinchos cuando entre las yeguas se encabrita el potro de edad floreciente, herido por la espuela del alado amor, y cuando, presto al combate, ruge, dilatadas las narices, o cuando relincha por cualquier otra causa, temblándole los miembros?

Por último, la especie de las aves y los pintados pájaros, los gavilanes, los quebrantahuesos, los mergos que en las olas saladas del mar buscan su vida y sustento, lanzan, en cualquier otra ocasión, gritos muy diversos de cuando luchan por la comida y se disputan la presa. Otros aún cambian, según el tiempo, los cantos de su voz ronca, como la vetusta raza de las cornejas y las bandadas de cuervos, cuando, según dicen, piden agua y lluvias o cuando anuncian el viento y la tormenta.

Por tanto, si sentimientos diversos obligan a los animales, con todo y su mudez, a emitir diversas voces, ¡cuánto mas natural es que los

hombres de entonces hayan podido designar los distintos objetos con voces distintas!

#### Descubrimiento del fuego

El rayo -no fueras a hacerte calladamente esta pregunta- hizo descender a la tierra el primer fuego para los mortales; partiendo de él se extendió todo el ardor de las llamas. Muchos cuerpos vemos, en efecto, inflamarse al contacto de las llamas celestes, cuando el rayo del cielo les comunicó su calor. Sin embargo, cuando un árbol frondoso, balanceándose al impulso del viento, se agita y se recuesta contra las ramas de otro, la violencia del choque exprime el fuego de dentro, a veces estalla el férvido fulgor de la llama, mientras se frotan unos con otros troncos y rimas. Cualquiera de estas dos causas puede haber dado el fuego a los hombres. Después aprendieron del sol a cocer la comida y ablandarla al calor de la llama, al observar cómo muchos frutos del campo maduraban, vencidos por el azote de los rayos y los ardores del sol.

#### Fundación de ciudades. La realeza.

Y así, gracias al fuego y a nuevos inventos, los que sobresalían en ingenio y prudencia mostraban día tras día cómo podía mejorarse su vida anterior. Los reyes empezaron a fundar ciudades y a emplazar ciudadelas que les sirvieran de defensa y refugio; y procedieron después al reparto de ganados y tierras, según la belleza, fuerzas y talento de cada uno; pues mucho valía la belleza, y la fuerza tenía un gran prestigio. Se introdujo después la propiedad y se descubrió el oro, que fácilmente arrebató a la hermosura y la fuerza el honor de que gozaban; pues, por lo común, los más valientes y hermosos de cuerpo van a engrosar el séquito del más rico. Que si los hombres se rigieran por la verdadera doctrina, la mayor riqueza del hombre está en vivir parcamente, con ánimo sereno; pues jamás la penuria es despreciable.

Pero los hombres quisieron hacerse ilustres y poderosos, para asentar su fortuna en una sólida base y poder vivir plácidamente en la opulencia; todo en vano, pues en la contienda para escalar la cima del honor llenaron de peligros el camino; y aún, si llegan a encumbrarse, la envidia los derriba de un golpe, como un rayo, y los precipita ignominiosamente en el Tártaro espantoso; pues la envidia, como el rayo, abrasa con preferencia las cumbres y todo lo que se eleva por sobre lo demás; de modo que es mucho mejor obedecer tranquilamente que ambicionar el imperio y la posesión de un trono. Por tanto, déjales que se agoten y suden sangre en sus vanos forcejeos por el angosto camino de la ambición; pues sólo gustan por el paladar ajeno y se dirigen más por lo que oyen decir que por propia experiencia; y así sucede hoy como sucedió antes y sucedera en el futuro.

#### Caída de los reyes. Gobierno del pueblo

Con esto, después de asesinados los reyes, derribada yacía la primitiva majestad de los solios y los cetros soberbios, y la insignia brillante de la testa soberana lloraba de ver su gran honor bajo los pies del vulgo; pues la gente es ávida de pisotear lo que una vez temió demasiado. Así el poder cayó en manos de la hez del pueblo turbulento, y cada uno pretendía para sí el mando y el puesto más alto.

Entonces hubo quienes propugnaron elegir magistrados y fundar los principios del derecho, para inducirles a usar de las leyes. Pues el género humano, fatigado de vivir entre violencias, languidecía por efecto de las disensiones; razón de más para que se sometiera de buen grado a las leyes y al derecho estricto. En efecto, cada hombre, en su enojo, se preparaba a llevar su venganza más lejos de lo que ahora permiten las leyes equitativas, y he aquí por qué se hastiaron de pasar la vida en violencias.

Desde entonces el temor al castigo envenena los goces de la vida. Pues la violencia y el desafuero cogen entre sus mallas al que los comete, y por lo común recaen sobre aquél de quien han partido; y no le es fácil vivir con placidez y sosiego al que con sus actos viola el pacto de la paz social. Pues aunque escape a la vista de los dioses y los hombres, debe en secreto desconfiar de que así sea siempre; y de muchos se cuenta que hablando en sueños o en el delirio de una enfermedad han revelado y hecho patentes delitos que tuvieron ocultos.

### TEXTO 6: LAS EDADES DEL HOMBRE (OV., MET., I, 90 SS.)

La edad de oro fue la creada en primer lugar, edad que sin autoridad y sin ley, por propia iniciativa, cultivaba la lealtad y el bien. No existían el castigo ni el temor, no se fijaban, grabadas en bronce, palabras amenazadoras, ni las muchedumbres suplicantes escrutaban temblando el rostro de sus jueces, sino que sin autoridades vivían seguros. Ningún pino, cortado para visitar un mundo extranjero, había descendido aún de sus montañas a las límpidas aguas, y no conocían los mortales otras playas que las suyas. Todavía no estaban las ciudades ceñidas por fosos escarpados; no había trompetas rectas ni trompas curvas de bronce, ni cascos, ni espadas; sin necesidad de soldados los pueblos pasaban la vida tranquilos y en medio de suave calma. También la misma tierra, a quien nada se exigía, sin que la tocara el azadón ni la despedazara reja alguna, por sí misma lo daba todo; y los hombres, contentos con alimentos producidos sin que nadie los exigiera, cogían los frutos del madroño, las fresas de las montañas, las cerezas del cornejo, las moras que se apiñan

en los duros zarzales, y las bellotas que habían caído del copudo árbol de Júpiter.

Había una primavera eterna, y apacibles céfiros de tibia brisa acariciaban a flores nacidas sin simiente. Pero además la tierra, sin labrar, producía cereales, y el campo, sin que se le hubiera dejado en barbecho, emblanquecía de espigas cuajadas de grano. Corrían también ríos de leche, ríos de néctar, y rubias mieles goteaban de la encina verdeante.

Una vez que, después de haber sido Saturno precipitado al Tártaro tenebroso, el mundo estuvo sometido a Júpiter, llegó la generación de plata, peor que el oro, pero más valiosa que el rubicundo bronce. Júpiter empequeñeció la duración de la primavera antigua, haciendo que el año transcurriese, dividido en cuatro tramos, a través de inviernos, veranos, otoños inseguros y fugaces primaveras. Entonces por vez primera el aire, encendido por tórridos calores, se puso candente, y quedó colgante el hielo producido por los vientos. Entonces por vez primera penetraron los hombres bajo techado; sus casas fueron las cuevas, los espesos matorrales y las ramas entrelazadas con corteza de troncos. Entonces por vez primera fueron las semillas de Ceres enterradas en largos surcos y gimieron los novillos bajo la opresión del yugo.

Tras ésta apareció en tercer lugar la generación de bronce, más cruel de carácter y más inclinada a las armas salvajes, pero no por eso criminal. La última es de duro hierro, de repente irrumpió toda clase de perversidades en una edad de más vil metal; huyeron la honradez, la verdad, la buena fe, y en su lugar vinieron los engaños, las maquinaciones, las asechanzas, la violencia y la criminal pasión de poseer. Desplegaban las velas a los vientos, sin que el navegante los conociese aún apenas, y los maderos que por largo tiempo se habían erguido en las altas montañas saltaron en las olas desconocidas, y el precavido agrimensor señaló con largas líneas las divisiones de una tierra que antes era común como los rayos del sol y como los aires. Y no sólo se exigían a la tierra opulenta cosechas y alimentos que ella debía dar, sino que se penetró en las entrañas de la tierra y se excavaron los tesoros, estímulo de la depravación, que ella había escondido llevándolos junto a las sombras de la Estige. Y ya había aparecido el hierro dañino y el oro más dañino que el hierro; apareció la guerra, que combate valiéndose de ambos y con mano sangrienta blande las armas que tintinean. Se vive de la rapiña; ni un huésped puede tener seguridad de su huésped, ni un suegro de su yerno; incluso entre hermanos es rara la avenencia. El marido maquina la ruina de su esposa, y ésta la de su esposo. Madrastras horribles preparan los lívidos venenos del acónito; el hijo averigua antes de tiempo la edad de su padre.

La piedad yace derrotada, y la Virgen Astrea ha abandonado, última de las divinidades en hacerlo, esta tierra empapada en sangre. Y para que el cielo sublime no estuviese más libre de angustia que la tierra, dicen que los Gigantes aspiraron a poseer el reino celestial y que amontonaron las montañas levantándolas hasta los elevados astros. Entonces el padre todopoderoso lanzó su rayo, resquebrajó el Olimpo e hizo que el Pelio se desplomase rodando desde el Osa que lo sostenía. Mientras aquellos cuerpos feroces yacían aplastados por su propia mole, dicen que la Tierra, regada y empapada de la abundante sangre de sus hijos, dio vida a aquel líquido caliente y, para evitar que no subsistiera vestigio alguno de su stirpe, lo convirtió en figuras humanas. Pero también aquella raza despreció a los dioses y fue violenta y avidísima de crueles carnicerías; bien se reconocía que de sangre habían nacido.

### TEXTO 7: EL DELITO DE LICAÓN (OV., MET., I, 163 SS.)

Cuando esto vio desde su encumbrada fortaleza el padre Saturnio, profirió un gemido y recordando el infame convite de la mesa de Licaón, aún no divulgado por tratarse de un hecho reciente, concibe en su corazón una inmensa cólera, digna de Júpiter, y convoca la asamblea de los dioses; y a su llamamiento nada se hacen esperar. Hay un camino elevado que se divisa claramente en cielo diáfano; lácteo es su nombre, y se distingue por esa misma blancura resplandeciente. Por él marchan los divinos a la morada del gran Tronador, a su regia mansión. A derecha e izquierda están los atrios de los dioses ilustres, frecuentados y con las puertas abiertas. El vulgo habita en lugares aparté. Los poderosos y esclarecidos habitantes del cielo colocaron sus hogares en esta zona. Este lugar no dudaría yo, si se me concede esta osadía verbal, en llamarlo el Palatino del cielo inmenso. Pues bien, una vez que se sentaron los dioses en el mármoleo retiro, él, colocado a mayor altura y apoyándose en su cetro de marfil agitó tres o cuatro veces la terrible cabellera de su cabeza, con lo que hizo moverse a la vez el mar, la tierra y los astros. Por fin dejó que su boca indignada se expresase en los siguientes términos:

“No estuve yo más preocupado por mi reino sobre el mundo en aquella época en que cada uno de mis enemigos de patas de serpiente se disponía a arrojar sobre el cielo cautivo sus cien brazos. Pues aunque el enemigo era feroz, sin embargo aquella guerra procedía de un sólo ejército y de una sola causa. Ahora en cambio tengo que acabar con el género humano por dondequiera Nereo resuena abrazando al mundo entero. Lo juro por los ríos infernales que se deslizan bajo la tierra en el

sagrado bosque de la Estige; todo lo he intentado antes; lo que en un cuerpo es incurable hay que extirparlo con la espada para evitar que se vea contaminada la parte que aún está sana. Tengo yo semidioses, tengo divinidades campestres, Ninfas, Faunos, Sátiros y Silvanos que habitan los montes; puesto que a ellos todavía no les he concedido, el honor de residir en el cielo, permitámosles al menos habitar la tierra que sí les di. ¿Creéis, dioses, que van a estar ellos seguros, cuando a mí, que poseo el rayo, que os poseo y gobierno a vosotros, me ha preparado asechanzas Licaón, ya conocido por su ferocidad?"

Todos profirieron murmullos de indignación exigiendo, con exaltado ardor, el castigo de quien había osado tanto. Así, cuando una criminal facción se enfureció intentando aniquilar, con la sangre de César, el nombre de Roma, el género humano quedó horrorizado por tan espantoso suceso y repentina catástrofe, y el mundo entero quedó paralizado. Y no fue para ti menos grata la piedad de los tuyos, Augusto, que aquella otra para Júpiter. Cuando éste hubo acallado los rumores con su palabra y su ademán, todos guardaron silencio. Y tan pronto como los gritos cesaron, bajo el imperio majestuoso del soberano, Júpiter rompió de nuevo el silencio con estas palabras:

"Él desde luego ya ha pagado su merecido, no os preocupéis por eso. Y ahora os voy a comunicar cuál ha sido su crimen, y cuál su castigo. La mala fama de esta época había llegado a mis oídos; y deseando yo que fuese falsa descendí de la cumbre del Olimpo, y en mi divinidad, pero con figura de hombre, recorrí la tierra. Muy largo de referir sería la cantidad de delitos que he encontrado por todas partes; la mala fama era aún menor que la realidad misma. Había yo atravesado el Ménalo, temible por sus guaridas de fieras, y también el Cilene y los pinares del helado Liceo; allí estaba la morada del tirano arcadio, su mansión inhospitalaria; entré en el momento en que el crepúsculo tocando a su fin arrastraba ya a la noche.

Di la señal de haber llegado un dios y la gente había empezado a pronunciar plegarias. Licaón comenzó por reírse de las piadosas súplicas, y después dijo: "Voy a probar con un experimento paladino si éste es un dios o un mortal. La verdad no dejará lugar a dudas." Y maquinó darme muerte durante la noche mientras yo estuviera desprevenido y presa del sueño. Tal fue el experimento que decidió hacer para averiguar la verdad. Pero no se contentó con eso. A un rehén enviado por el pueblo de los Molosos le cortó el cuello con la espada, y de aquellos miembros moribundos unos los ablanda en agua hirviendo y otros los tuesta sobre el fuego. Tan pronto como los sirvió a la mesa, yo con mi llama vengadora hice que sobre su dueño se desplomara aquel hogar digno de él. Aterrorizado huyó, y alcanzando la soledad del campo emite alaridos y en vano trata de hablar. La rabia de su alma se acumula en su boca y ejerce

sobre el ganado su habitual avidez de matanza; aun ahora sigue gozándose en la sangre. Su ropa se transforma en pelo, en patas sus brazos; se convierte en lobo y conserva trazas de su antigua figura. Sigue teniendo el mismo pelaje canoso, el mismo aspecto de ferocidad; le brillan igual los ojos y sigue siendo la imagen del salvajismo. Una es la casa que ha caído; pero no es la única que merecía perecer; por donde se extiende la tierra reina una cruel Erinis; se diría que se han juramentado los hombres para cometer fechorías. Que todos sufran inmediatamente el castigo que tienen bien merecido: ésa es mi decisión".

### TEXTO 8: EL DILUVIO (OV., MET., I, 244 SS.)

Las palabras de Júpiter son acogidas con expresa aprobación por los unos, que añaden aún estímulos a su cólera, mientras los otros cumplen su misión por ademanes de asentimiento. Sin embargo todos ellos sienten la pérdida del género humano y le preguntan qué aspecto va a tener la tierra privada de mortales, quién va a llevar incienso a los altares, y si es que se propone entregar la tierra a las fieras para que la saqueen. A tales demandas el rey de los dioses responde que no tienen nada que temer, porque él se va ocupar de todo, y les promete una raza diferente de la gente anterior y que surgirá de un modo prodigioso. Se disponía ya a lanzar sus rayos sobre la tierra toda, cuando le sobrevino el temor de que quizá con tantos fuegos el divino éter se incendiase y ardiese en toda su longitud el eje del mundo. Se acordó a la vez de que estaba decretado por el destino que llegaría un tiempo en que el mar, la tierra y los alcázares celestes arderían, y en que las criaturas del mundo se verían acosadas y en grave situación. Guarda entonces sus proyectiles fabricados por las manos de los Cíclopes y decide aplicar un castigo diferente, a saber, destruir bajo las aguas al género humano y arrojar desde toda la superficie del cielo copiosa lluvia.

En el acto encierra en las cuevas de Eolo al Aquilón y a cuantos vientos hacen huir a las nubes acumuladas, y suelta al Noto. Se lanza a vuelo el Noto con sus alas húmedas y con el rostro terrible cubierto de negra oscuridad; tiene la barba cargada de lluvia, de sus blancos cabellos mana el agua, en su frente descansan nubes, y sus alas y atavío destilan humedad. Y tan pronto como con sus manos abraza y oprime los nubarrones suspendidos, se produce un retumbar, inmediatamente las densas nubes se deshacen en lluvia que cae del cielo. La mensajera de Juno, Iris, vestida de muchos colores, trae nuevas aguas y lleva alimento a las nubes. Las mieses quedan tendidas por tierra, yacen las lloradas ansias del labrador y perece el trabajo inútil de un largo año.

Pero no se contenta con el cielo que le pertenece la cólera de Júpiter, sino que también su azul hermano le ayuda con olas auxiliares. Convoca éste a los ríos; y cuando éstos entran en la mansión de su soberano les habla así: "No hay necesidad ahora de prolijas recomendaciones. Dad libre curso a vuestros ímpetus, eso es lo que hace falta. Abrid vuestras moradas, apartad los diques, y soltad todas las riendas a vuestras corrientes". Tan pronto les da esta orden, vuelven ellos, dejan expeditas las bocas de sus fuentes y se precipitan en dirección al mar en desenfundada y turbulenta carrera. Él por su parte golpeó con su tridente la tierra; se estremeció ésta y con sus sacudidas abrió paso a las aguas. Desbordados los ríos, invaden los campos descubiertos y se llevan consigo a la vez árboles, sembrados, animales, hombres, casas y capillas con sus sagrados objetos. Y si alguna morada queda en pie y ha podido resistir enhiesta a tan tremenda catástrofe, las aguas se elevan por encima de su tejado y sus torres quedan ocultas bajo la inundación. No había ya distinción entre mar y tierra; todo era ponto, y el mismo ponto carecía ya de riberas.

Uno alcanza una colina; sentado otro en encorvado esquife maneja los remos allí donde poco antes estaba arando. Aquél navega por encima de sus mieses o de los tejados de su granja sumergida; este otro agarra un pez en la copa de un olmo; alguna vez ocurre que el ancla queda enganchada en un verde prado o que las curvas quillas rozan los viñedos que han quedado debajo y donde poco antes pastaban hierba las cabras esbeltas apoyan ahora sus cuerpos sin gracia las focas.

Las Nereidas se admiran de los bosques, ciudades y casas que hay bajo el agua, las selvas están ocupadas por delfines que corretean dando saltos por entre las ramas altas y agitan los robles contra los que chocan. Nada el lobo entre las ovejas, transporta la ola rubios leones, transporta tigres; ni al jabalí sirve de nada su fulminante impulso, ni al ciervo arrastrado sus veloces patas, y el ave, después de buscar por largo tiempo una tierra donde poder posarse, agotadas sus alas por el recorrido interminable, cae al mar. La incontenible avalancha del océano había cubierto ya las colinas, y olas inéditas golpeaban las cimas de los montes. La mayor parte de los mortales fue arrebatada por las olas; aquéllos a quienes las olas perdonan perecen de inanición tras prolongado ayuno.

### TEXTO 9: DECAULIÓN Y PIRRA (OV., MET., I, 313 SS.)

La Fócide separa las campiñas aonias de las acteas, tierra feraz mientras era tierra, pero en aquel momento era una parte del mar, una

dilatada llanura de aguas repentinas. Un elevado monte se yergue allí hacia los astros en dos cimas; se llama el Parnaso y sus cumbres se levantan por encima de las nubes. Cuando a aquel paraje, único que las aguas no habían cubierto, arribó Deucalión, conducido, con la esposa que compartía su lecho, por una pequeña embarcación, ambos rindieron tributo de adoración a las ninfas corcidas, a las divinidades de la montaña y a la profética Temis que entonces se encargaba de los oráculos. No ha habido hombre más excelente ni más amante de la justicia que Deucalión, ni tampoco mujer alguna más temerosa de los dioses que la suya. Cuando Júpiter vio que el mundo estaba cubierto de una líquida sábana formando un inmenso estanque, y que un sólo varón quedaba de tantos miles y que una sólo mujer quedaba de tantos miles, inocentes ambos, adoradores de la divinidad ambos, dispersó los nubarrones, hizo, valiéndose del aquilón, que las lluvias cesasen, y mostró al cielo la tierra y el emperio a la tierra. No persiste tampoco la cólera del mar, y el soberano del piélago abandona su arma de tres puntas, apacigua las aguas, llama al azul Tritón, que se erguía sobre el abismo con los hombros cubiertos de su nativa púrpura, y le ordena que sople en su sonora concha y que haga retirarse, dando la oportuna señal, a las olas y a los ríos. Toma él entonces su hueca trompa, que en espiral va aumentando de tamaño conforme sube desde su voluta inferior, trompa que, cuando en mitad del ponto recibe el aéreo soplo, colma de su sonido las playas que se extienden bajo ambos soles. También entonces, tan pronto como tocó el rostro del dios, que chorreaba por su barba empapada, y emitió, al recibir el soplo, la señal de retirada conforme a lo ordenado, fue oída por todas las aguas de tierra y de mar, y a todas las aguas que la oyeron impuso su freno. Ya tiene ribera el mar, el cauce contiene toda su corriente, descenden los ríos y se advierte que van sobresaliendo las colinas; aparece la tierra, se van ensanchando los parajes al decrecer las aguas, y tras el largo lapso enseñan las selvas sus copas ya desnudas y sostienen el fango que ha quedado entre las hojas.

El mundo estaba restaurado; pero al verlo Deucalión vacío y al ver las tierras desoladas y sumidas en profundo silencio, habló así a Pirra con lágrimas en los ojos: "Oh hermana, oh esposa, oh mujer única superviviente, que, unida a mí por la consanguinidad, por el lazo de hermandad de nuestros padres, y después por el matrimonio, ahora lo estás por los peligros mismos; de toda la tierra que contemplan el ocaso y el orto nosotros dos somos la única población; todo lo demás está en poder del ponto. Incluso ahora no tenemos todavía suficiente seguridad ni garantía para nuestra vida; aún los nubarrones aterrorizan mi alma. ¿Cuál sería tu estado de ánimo ahora, infeliz, si hubieras sido arrancada a la muerte sin mí? ¿De qué modo hubieras podido soportar el miedo? ¿Quién proporcionaría consuelo a tu dolor? Porque yo mismo, créeme, si

a ti te poseyera también el ponto, yo te seguiría, esposa, y también a mí me poseería el ponto. ¡Ojalá pudiera yo restablecer la población del mundo con las facultades de mi padre y derramar vida en la tierra después de modelarla! Pero en nosotros dos está todo lo que queda de la estirpe mortal; así lo han decidido los dioses, y subsistimos como ejemplares únicos de humanidad”.

Acabó de hablar y ambos lloraban. Acordaron dirigir sus plegarias a los poderes celestiales y pedir auxilio valiéndose del oráculo sagrado. Sin la menor tardanza acuden juntos a las aguas de Cefiso, que si aún no estaban límpidas, al menos atravesaban ya sus habituales parajes. De allí tomaron unas gotas con las que rociaron sus ropas y cabezas, tras de lo cual encaminan sus pasos al santuario de la diosa augusta, cuyos tejados verdeaban cubiertos de sucio musgo y cuyos altares estaban desprovistos de fuego. Cuando alcanzaron las gradas del templo se prosternaron ambos en tierra y besaron, llenos de temor, la fría piedra; y hablaron así: “Si las deidades se ablandan, desarmadas por las preces de los justos, si se doblega la cólera de los dioses, di, Temis, por qué medios podría repararse la pérdida de nuestra raza, y, en tu extraordinaria clemencia, socorre a un mundo sumergido”. Conmovida la diosa dio esta respuesta: “Alejáos del templo, cubriós la cabeza, soltad los lazos que sujetan vuestras ropas, y arrojad a vuestra espalda los huesos de la gran madre.” Mucho tiempo quedaron confusos, hasta que fue Pírta la primera que rompió el silencio con su voz, rehusando obedecer las órdenes de la diosa; con palabras trémulas le pide perdón y se espanta ante la idea de ultrajar las sombras de su madre arrojando sus huesos. Mientras, vuelven a meditar sobre las palabras oscuras, de insoluble maraña, del oráculo de la diosa, y les dan vueltas y más vueltas. Hasta que el Prometida tranquiliza a la Epimétide con palabras reconfortantes diciéndole: “O me engaña mi inteligencia, o el oráculo es santo y no nos aconseja ningún crimen. La gran madre es la tierra; me parece que los huesos de que en él se habla son las piedras en el cuerpo de la tierra; éstas son las que se nos ordena arrojar a nuestras espaldas.”

Aunque esta interpretación de su esposo produjo impresión en la Titania, sus esperanzas, sin embargo, vacilan todavía; hasta ese punto desconfían ambos de las órdenes divinas; pero ¿qué mal habrá en probar? Se alejan, cubren sus cabezas, se desciñen las túnicas, y van tirando sobre sus huellas las piedras prescritas. Los pedruscos (¿quién lo creería si no lo atestiguara la antigua tradición?) empezaron a despojarse de su dureza y de su rigidez, a ablandarse conforme pasaba el tiempo, y, una vez ablandados, a tomar forma. Después, cuando crecieron y adquirieron una naturaleza más suave, podía ya parecer aquello un algo de figura humana, aunque todavía no resultaba evidente, sino que era como una obra empezada en mármol, no bien terminada aún y semejante a las estatuas a

medio hacer. Ahora bien, todo lo que en aquellas piedras había de húmedo o tenía algún jugo o era de tierra se convirtió en carne para formar el cuerpo; lo que había de sólido y que no podía doblarse se transformó en huesos; lo que era vena permaneció con el mismo nombre; y así en breve espacio, por voluntad de los dioses, los pedruscos lanzados por las manos del hombre cobraron aspecto de hombres, mientras la mujer fue recreada por las que la mujer arrojaba. Por eso somos una raza dura, que soporta penalidades, y exhibimos pruebas de cuál es el principio de que nacimos.

Los demás animales, con sus formas diversas, los produjo la tierra por sí misma, una vez que la humedad que aún conservaba se calentó con el ardor del sol, una vez que el cieno y las húmedas charcas se hincharon con el calor, y los gérmenes fecundos de la naturaleza, alimentados por un suelo vivificante, como en el seno de una madre, crecieron y tomaron con el tiempo alguna forma determinada. También de este modo, cuando el Nilo, el río de los siete desagües, abandona los campos empapados y devuelve a su antiguo cauce su caudalosa corriente, y el limo fresco se calienta bajo el astro celeste, son muchísimos los animales que encuentran los labradores al levantar los terrones; de entre aquellos hay unos que están apenas empezados puesto que están naciendo en aquel momento, otros se ven a medio hacer aún y desprovistos de sus órganos, y con frecuencia en un mismo cuerpo hay una parte que tiene ya vida, mientras otra es todavía tierra inerte. Y en efecto, tan pronto como la humedad y el calor se han mezclado en las debidas proporciones, dan lugar a la vida, y de estos dos elementos nace todo; y a pesar de ser el fuego enemigo del agua, es esta húmeda irradiación calorífica lo que produce todas las cosas, y esta discordia concordia resulta apropiada para la reproducción. De modo que cuando la tierra llena de lodo por el reciente diluvio se calentó con los ardores del celeste sol y de sus altos rayos, produjo especies innumerables, reiterando por una parte las formas antiguas y creando por otra criaturas nuevas.

## CUARTA PARTE: EDAD HEROICA

### 1.- LA ESTIRPE ARGIVA

#### Texto 1: Io y Zeus (Ov., met. I, 583 ss.)

El Ínaco era el único que faltaba; escondido en lo más profundo de su cueva, con sus lágrimas aumentaba su caudal, llorando el desdichado a su hija Io como si la hubiera perdido. Ignora si goza de la vida o si está entre los manes; pero, puesto que por ninguna parte la encuentra, cree que no está en ninguna parte y su corazón angustiado teme siempre algo peor. La había visto Júpiter cuando ella volvía de visitar al río su padre, y le había dicho: "Oh joven digna de Júpiter y que por tu lecho harás feliz a cualquiera, dirígete a las sombras de estos bosques profundos" (y le mostraba las sombras de los bosques) "mientras hace calor y el sol está en el punto más alto de su órbita. Y si temes entrar sólo en esos escondrijos de fieras, bajo la protección de un dios vas a penetrar segura hasta el corazón del bosque, y no de un dios vulgar, sino de mí que sostengo en mi mano poderosa el cetro del cielo y lanzo los rayos voladores. No huyas de mí." Huía ella en efecto; ya había dejado atrás los prados de Lerna y los campos del Lirceo cuajados de árboles, cuando el dios cubrió la tierra en densa y extensa neblina, detuvo a la fugitiva y le arrebató la virginidad.

Entretanto dirigió Juno su mirada por los campos y, asombrada de que unas nubes flotantes hubiesen producido la imagen de la noche en medio de un luminoso día, se dio cuenta de que no se trataba de vaho del río ni se desprendían de la tierra húmeda, y se puso a buscar a su esposo, conocedora, como era, de las trapisondas de su marido, tantas veces descubierto en flagrante delito. Y no encontrándolo en el cielo, dice: "me engaño, o me están ultrajando"; y dejándose caer desde lo más elevado del cielo, se detuvo en la tierra y ordenó a las nieblas disiparse. Él había advertido de antemano la llegada de su esposa y había transformado la figura de la Ináquide en una espléndida ternera. Incluso perteneciendo a la especie bovina seguía siendo hermosa; admira la Saturnia, aunque bien a disgusto, la belleza de aquella vaca, y no deja de inquirir, como si no supiera la verdad, de quién era, cuál su procedencia o a qué rebaño pertenecía. Júpiter asegura falsamente que ha nacido de la tierra, con objeto de poner límite a la investigación sobre su creador. La Saturnia se la pide como regalo. ¿Qué hacer? Es muy duro hacer entrega de su amor; pero no

darlo sería sospechoso. De una parte le aconseja hacerlo la dignidad; de otra el amor se opone. La dignidad habría sido vencida por el amor; pero si le hubiese rehusado a su compañera de sangre y de lecho un obsequio tan insignificante como una vaca, quizá no hubiera pasado por vaca. Una vez que le fue entregada su rival, no por eso perdió la diosa todo cuidado, sino que siguió temiendo a Júpiter y preocupándose por alguna nueva traición, hasta que se la confió para su custodia al Arestórida Argos.

De cien ojos tenía Argos rodeada la cabeza; de entre ellos, dos por turno se entregaban al sueño, mientras los demás vigilaban y permanecían en su puesto. Fuera cual fuera su postura, siempre estaba mirando a Io; aunque estuviera de espaldas, tenía a Io delante de sus ojos. Durante el día le permite pacer; cuando el sol está bajo la tierra profunda, la encierra y circunda su cuello de cadenas que ella no merece. Se alimenta ella de hojas de árbol y hierba amarga, y en vez de lecho se acuesta en tierra, no siempre provista de césped, y bebe en ríos cenagosos. Y cuando quería tender a Argos brazos suplicantes, no tenía brazos que tender a Argos; intentó lamentarse, pero sólo mugidos emitió de su boca y se asustó del sonido y se llenó de terror por su propia voz. También fue a las riberas donde había acostumbrado a jugar, a las riberas del Ínaco, y cuando vio en las aguas la novedad de sus cuernos, horrorizada y espantada huyó de sí misma. Ignoran las Náyades, ignora también el mismo Ínaco quién es ella; pero ella sigue a su padre y sigue a sus hermanas, se deja tocar y se ofrece a su admiración. El anciano Ínaco había cogido unas hierbas y se las alargaba; ella lame sus manos, le besa las palmas y no puede contener las lágrimas, e incluso, si las palabras le obedeciesen, le pediría auxilio y le contaría cuál es su nombre y su desgracia. En vez de palabras fueron unas letras que su pata trazó en el polvo las que dieron la triste noticia de su metamorfosis. “¡Ay de mí!” exclama su padre Ínaco, y, abrazado a los cuernos y a la cerviz de la blanca novilla que gime, repite: “¡Ay de mí! ¿Eres tú, hija, la que yo he buscado por la tierra toda? Menos doloroso era para mí no encontrarte que hallarte así. Callas y no respondes con palabras tuyas a las mías; sólo suspiros exhalas de lo más hondo de tu pecho, y haces lo único que puedes, muges en contestación a mis palabras. Y yo, sin saber nada, te preparaba el tálamo y las antorchas del matrimonio, y tuve la esperanza primero de un yerno y después de unos nietos. A un rebaño habrá de pertenecer ahora tu marido y a un rebaño tu hijo. Y no me está permitido dar fin con la muerte a tan acerbos dolores, porque me perjudica ser un dios, y las puertas de la muerte, cerradas para mí, prolongan mi duelo por toda una eternidad.” Mientras él se entregaba a estas lamentaciones, el estrellado Argos lo separa, y arrancando a la hija de los brazos de su padre se la lleva a pastizales más lejanos. Él por su parte se aparta, se coloca en una cima elevada de un monte y sentado allí vigila en todas direcciones.

### Texto 2: Io y Zeus (Ov., *met.*, I, 747 ss.)

Ahora es una diosa, veneradísima por las muchedumbres vestidas de lino; ahora por fin es tenido su hijo Épafo por vástago del gran Júpiter y posee en las ciudades templos en común con su madre. Igual a él en edad y en carácter fue el hijo del Sol, Faetón; un día en que éste se expresaba en términos altaneros como no inferior a él y orgulloso de tener por padre a Febo, no lo soportó el Ináquida y le dijo: “Cometes la insensatez de creer todo lo que te dice tu madre y te engrías por la idea de un progenitor que no es el tuyo.” Enrojeció Faetón, pero su misma vergüenza le hizo reprimir la cólera, y trasladó a su madre Clímene los insultos de Épafo. “Y lo que ha de ser aún más doloroso para ti, madre, yo, con toda mi fama de desenvuelto y orgulloso, me he callado; me avergüenzo tanto de que se me hayan podido decir tales ultrajes como de no haber podido desmentirlos. Pero, si es verdad que he sido engendrado de estirpe celeste, dame una prueba de mi elevada cuna y demuestra que pertenezco al cielo (...)

### Texto 3: Egíptidas y Danaides (Ov., *epist.*, XIV, 1 ss.)

La envía Hipermestra al único de tantos hermanos ha poco; todos los demás yacen muertos por el crimen de sus esposas.

Se me tiene encerrada en prisión y cargada de pesadas cadenas; la causa de mi suplicio es haber sido piadosa. Porque mi mano tuvo miedo de clavar la espada en tu garganta, soy rea; se me alabaría si hubiese osado el crimen.

Es preferible ser rea que agradar de ese modo a mi padre: no me arrepiento de tener las manos libres de una muerte. Puede mi padre quemarme con el fuego que no he violado, y volver contra mi rostro las antorchas que estaban presentes en el sacrificio, o abrir mi garganta con la espada que me entregó insensatamente para, recién casada, sucumbir yo a la muerte a la que no sucumbió mi esposo; sin embargo, no logrará que diga al morir “me arrepiento” mi boca; no es piadosa la que se avergüenza de serlo; que se arrepienta de su crimen Dánao y mis crueles hermanas; ésta suele ser la consecuencia de las acciones nefandas.

Mi corazón se estremece con el recuerdo de aquella noche mancillada por la sangre, y un súbito temblor atenaza los huesos de mi mano. La mano que se pensaría capaz de llevar a cabo el asesinato de su esposo, tiene miedo de escribir del asesinato que no cometió.

Sin embargo, lo intentaré; ya se había hecho el crepúsculo en la tierra, era el final del día y el principio de la noche; las ináquides somos conducidas al palacio del

opulento Pelasgo y el suegro en persona recibe a sus nueras armadas; por todos lados brillan las lámparas guarnecidas de oro; un incienso impío se ofrece a altares que lo rechazan. "Himen, Himeneo", grita la multitud; huye él de quienes le invocan. La misma esposa de Júpiter ha abandonado su ciudad.

Y he aquí que ellos, vacilantes por el vino, rodeados del clamor de sus muchos compañeros, ciñendo coronas de recién cortadas flores sus húmedas cabelleras, son conducidos alegres a los tálamos -a los tálamos, ¡sus sepulcros!- y oprimen con sus cuerpos las colchas dignas de un funeral. Llenos ya de comida, vino y sueño dormían, y había una profunda quietud en la tranquila Argos. A mi alrededor parecía oír los gemidos de moribundos y los oía, sí, y era lo que temía. Me quedo sin sangre; el calor abandona mi espíritu y mi cuerpo, y completamente helada permanecí tendida en mi nuevo lecho.

Como se agitan las gráciles espigas al soplo suave del Céfito, como una fría brisa mueve las cabelleras de los álamos, así, o incluso mucho más, me estremecí. Tú dormías y el vino que te habían dado era soporífero. Sacudieron mi miedo las órdenes de mi violento padre. Me levanto y cojo el arma con temblorosa mano; no digo mentiras; tres veces levantó mi mano la afilada espada, tres veces volvió a caer con la espada injustamente levantada. La acerqué a tu garganta (permite que te diga la verdad), acerqué a tu garganta el arma que me dio mi padre, pero el temor y la piedad se opuso a la cruel osadía, y mi casta diestra rehusó el trabajo encomendado.

Desgarré mi manto de púrpura, arranqué mis cabellos, y me dije en voz muy baja estas palabras: "Tienes un padre cruel, Hípermestra; cumple los mandatos de tu padre; sea ése compañero de sus hermanos. Soy mujer y virgen, dulce por naturaleza y por mis años; no convienen mis delicadas manos a las fieras armas; pero ve y, mientras duerme, imita a tus decididas hermanas; es seguro que todas han asesinado ya a sus esposos.

Si esta mano mía puede cometer algún asesinato, sería ensangrentada por la muerte de su dueña. ¿O han merecido la muerte por adueñarse del reino de su tío, que sin embargo habría de entregarse a unos yernos extraños? Imagina que estos hombres han merecido morir. ¿Qué hemos hecho nosotras? ¿Qué he cometido yo para que no me esté permitido ser piadosa? ¿Qué tengo que ver yo con la espada? ¿Qué le importan estas armas de guerra a una doncella? Más apropiados son a mis dedos la lana y el huso"

Digo esto y, mientras me quejo, las lágrimas siguen a sus palabras, y de mis ojos caen a tu cuerpo: y mientras buscas mis abrazos y mueves por el lecho tus brazos adormecidos, casi se hirió por la espada tu mano.

Y ya temía a mi padre y a los siervos de mi padre y a la luz del día; estas palabras mías te habían arrancado del sueño: "¡Ea! Levántate, nieto de Belo, el único

de tantos hermanos ha poco. Si no te das prisa, esta noche será para ti eterna". Aterrorizado te levantas: huye toda la inercia del sueño. Ves en mi tímida mano la vigorosa espada. Al preguntarme la causa dije: "Mientras la noche lo permite, huye". Mientras la oscuridad de la noche lo permite, tú huyes; yo me quedo.

Era de mañana y Dánao va contando a sus yernos que yacen asesinados. Nada más que tú faltas a la suma de su crimen. Ni en uno solo soporta la pérdida de la muerte de un yerno y lamenta que haya poca sangre derramada. Me arrancan de los pies de mi padre y tras arrastrarme por los cabellos (¿este premio mereció mi piedad?), una cárcel me tiene (...)

#### Texto 4: Dánae y Zeus (Apollod., II, 2, 4 ss.). Cf. pp. 9 ss.

#### Texto 5: Perseo y Andrómeda (Apollod., II, 4, 3)

Entonces Perseo metió en la "kibisis" la cabeza de la Górgona y emprendió el regreso, pero las Górgonas se despertaron de su sueño y emprendieron su persecución, sin embargo no podían verlo gracias al casco que lo ocultaba.

Al llegar a Etiopía, donde reinaba Cefeo, halló a la hija de éste abandonada como presa para un monstruo marino. Pues, Casiopea, la esposa de Cefeo, había competido en belleza con las Nereidas y se jactaba de ser superior a todas ellas. Por ello se habían encolerizado las Nereidas y Posidón, que compartía su indignación, envió una inundación y un monstruo contra la comarca. No obstante, Amón vaticinó que se verían libres de la calamidad si la hija de Casiopea, Andrómeda, era ofrecida como alimento para el monstruo; Cefeo fue obligado por los etíopes a hacerlo y encadenó a su hija a una roca. Al verla, Perseo se enamoró de ella y prometió a Cefeo que aniquilaría al monstruo si, una vez a salvo, se la daba como esposa. Habiéndose realizado los juramentos en estos términos, se enfrentó al monstruo, le dio muerte y liberó a Andrómeda. Entonces Fineo, que era hermano de Cefeo y estaba prometido con anterioridad a Andrómeda, tramó un complot contra él, pero cuando Perseo tuvo conocimiento del mismo, mostrando a éste y a los que con él participaban en la conjura a la Górgona, al punto los convirtió en piedra. Cuando llegó a Sérifos y se encontró con que su madre, en unión de Dictis, se había refugiado en los altares a causa de la violencia de Polidectes, penetró en el palacio donde Polidectes había convocado a sus fieles y, dándose la vuelta, les mostró la cabeza de la Górgona; en cuanto la miraron, quedaron petrificados, en la postura que cada cual tenía en ese momento. Tras poner a Dictis como rey de Sérifos, devolvió a Hermes las sandalias,

la "kíbisis" y el casco, pero la cabeza de la Górgona se la entregó a Atenea. Hermes devolvió lo antedicho a las ninfas, mientras que Atenea dispuso en el centro de su escudo la cabeza de la Górgona. Se cuenta por algunos que Medusa fue decapitada por causa de Atenea, y afirman también que la Górgona pretendió rivalizar con ella en belleza.

Perseo, en compañía de Dánae y Andrómeda, se dirigió apresuradamente hacia Argos para ver a Acrisio. Pero cuando éste se enteró, temeroso del oráculo, abandonó Argos y se encaminó al país pelásgico. Teutámidas, rey de Larisa, había organizado un certamen gimnástico en honor de su padre muerto (...)

### Texto 6: Anfitrión, Alcmena, Euristeo y Heracles (Apollod., II, 4, 5)

De Esténelo y Nicipe, la hija de Pélope, nacieron Alcione y Medusa, y posteriormente Euristeo, que también reinó en Micenas. Pues cuando Heracles estaba a punto de nacer, Zeus proclamó ante los dioses que aquel que de la estirpe de Perseo naciera en ese momento, reinaría sobre Micenas. Pero Hera por celos logró convencer a las Ilitías de que retuviesen el parto de Alcmena, e hizo que Euristeo, el hijo de Esténelo, naciera sietemesino.

### Texto 7: Euristeo y Heracles (Apollod., II, 4, 12)

Después del combate contra los minias, sucedió que por causa de los celos de Hera, se volvió loco y arrojó al fuego a sus propios hijos, que había tenido con Mégara, y a dos de los de Ificles. Por ello se condenó a sí mismo al exilio y, luego de ser purificado por Tespio, se llegó a Delfos y preguntó al dios dónde habría de establecerse. En aquella ocasión por primera vez le dio la Pitia el nombre de Heracles, hasta ese momento se le había denominado Alcides, y le dijo que viviera en Tirinto al servicio de Euristeo por espacio de doce años y que ejecutara los diez trabajos que le ordenara, y añadió que de esta forma, una vez realizados los trabajos, él sería inmortal.

Oído esto, Heracles se dirigió a Tirinto y cumplió lo que Euristeo le había ordenado. En primer lugar le encomendó traer la piel del león de Nemea, animal invulnerable éste, engendrado por Tifón. Durante su caminar en busca del león, llegó a Cleonas y se hospedó en casa del jornalero Molorco; cuando se proponía ofrecer un sacrificio, Heracles le dijo que aguardase treinta días y que, si regresaba sano y salvo de la cacería, ofreciera el sacrificio a Zeus Salvador, pero que, si moría se lo ofrendara a él mismo como héroe. En cuanto llegó a Nemea y siguió el rastro del

león, disparó sus flechas contra él y al percatarse de que era invulnerable, con la maza en alto emprendió su persecución (...)

### Texto 8: Atreo y Tiestes (Sen., Thy., 977 ss.)

ATREO. -Tus hijos están aquí, créelo, en el regazo de su padre. Aquí están y seguirán estando; ninguna parte de tu prole te será arrancada. Esos rostros que tanto ansías yo te los voy a dar y al padre voy a llenarlo por completo de la turba de los suyos. Quedarás satisfecho, no temas: ahora, mezclados con los míos, celebran los alegres ritos de un banquete juvenil. Pero se les llamará. Toma esta copa heredada de nuestros padres; hay vino en ella.

TIESTES. -Acepto el banquete con que me ha obsequiado mi hermano. Hagamos libación de este vino a los dioses paternos, luego lo beberemos...

Pero ¿qué es esto? No quieren mis manos obedecer, aumenta el peso y agobia mi diestra: en cuanto lo acerco, huye el vino de mis mismos labios y se derrama en torno a mi boca dejándola engañada. Hasta la misma mesa ha dado un salto al estremecerse el suelo.

Apenas alumbra el fuego; es más, el propio éter, pesado, desierto, se halla estancado entre el día y la noche.

¿Qué es esto? Se viene abajo la bóveda del cielo con más y más sacudidas. Entre las densas tinieblas se va formando una niebla aún más espesa y la noche se esconde dentro de la noche. Han huido todas las estrellas.

Sea lo que sea, ruego que no haga daño a mi hermano y a mis hijos, caiga toda la tempestad sobre esta vil cabeza...

¡Devuélveme ya a mis hijos!

ATREO. -Voy a devolvértelos, y no te los va a arrebatar ya ningún día.

TIESTES. - ¿Qué tumulto es éste que agita mis entrañas? ¿Qué es lo que se estremece dentro de mí? Siento una carga insoportable y mi pecho gime con un gemido que no es mío. Venid, hijos, vuestro padre os llama en su desdicha, venid. En cuanto os vea, se irá huyendo este dolor... ¿Desde dónde me hablan?

ATREO. -Disponte a abrazarlos, padre (*mostrándole las cabezas*). Ya han llegado. ¿Es que no reconoces a tus hijos?

TIESTES. -Reconozco a mi hermano. ¿Tienes fuerzas para llevar sobre ti una impiedad tan grande, Tierra? ¿No te sumerges a ti misma y a nosotros en la infernal Éstige y, abriendo una enorme entrada, arrastras al vacío del caos al reino junto con

su rey? ¿No pones boca abajo a Micenas arrancando desde sus cimientos todos los edificios?...

Estar debíamos ya uno y otro al lado de Tántalo. Destrozando por acá y por allá la estructuras, si hay algo más abajo del Tártaro y de nuestros abuelos, haz bajar hasta esa fosa descomunal tu hondonada y, una vez sepultados, cúbrenos con el Aqueronte entero.

Que las almas culpables vaguen sobre nuestras cabezas y que el ígneo Flegeton, arrastrando en su cauce de fuego todas las arenas, fluya impetuoso sobre nuestro destierro...

¿Sin inmutarte, tierra, te quedas postrada como una masa inerte? Han huido los dioses.

ÁTREO.-Recibe ya, mejor, con alegría a éstos, a los que tanto tiempo has deseado; no hay dificultad alguna por parte de tu hermano. Disfruta de ellos, bésalos, reparte los abrazos entre los tres.

TIESTES. - ¿Esta es la alianza? ¿Este es el perdón, ésta la lealtad de un hermano? ¿Así depones tus odios?

No te pido tener como padre a mis hijos sanos y salvos, lo que sin menoscabo de tu crimen y de tu odio puede ser concebido, eso es lo que de hermano a hermano te ruego: el poder darles sepultura. Devuélveme algo que vas a ver arder en seguida. Yo, como padre, no te pido nada con intención de tenerlo, sino dispuesto a perderlo.

ATREO. -Todo lo que de tus hijos ha quedado lo tienes tú y lo que no ha quedado lo tienes tú.

TIESTES. - ¿Acaso están echados como pasto para las aves crueles? ¿Se reservan para las bestias? ¿Son alimento de fieras?

ATREO. -Tú mismo te has comido a tus hijos en impío banquete.

TIESTES. - Esto es lo que causó vergüenza a los dioses, esto ha empujado al día a volver a su nacimiento... ¿Qué gritos daré yo, pobre de mí, qué quejas? ¿Qué palabras me van a ser suficientes?

Cortadas estoy viendo sus cabezas y arrancadas sus manos y desgarrados sus pies de las piernas, tras habérselas partido; esto es lo que, en su avidez, no ha podido tomar este padre.

Se me revuelven dentro las entrañas y, encerrada dentro de mí, mi impiedad, sin poder salir, lucha y busca una huida. Dame, hermano, la espada; ya tiene mucha sangre mía..., que el hierro abra camino a mis hijos.

¿Se me niega la espada? Que resuene mi pecho machacado por los golpes de mi duelo... Detén, desdichado, la mano; tengamos consideración con las sombras...

¿Quién ha visto una monstruosidad así? ¿Qué heníoco, habitante de las rocas abruptas del inhóspito Cáucaso, o qué Procrustes terror de las tierras de Cécrope?

Mirad, yo, el padre, a mis hijos oprimo y soy oprimido por mis hijos... El crimen tiene un límite.

ATREO. - Al crimen debe ponerse un límite cuando cometes un crimen, no cuando trates de devolverlo...

Esto incluso es demasiado poco para mí: desde la propia herida debí verter la sangre caliente sobre tu rostro para que la bebieras cuando aún estaban vivos.

Palabras es lo que he ofrecido a mi ira al darme prisa.

Yo les he abierto las heridas hundiéndoles el hierro, yo los he matado ante el altar, yo he aplacado con esta matanza votiva el fuego del hogar, y los miembros, amputando sus cuerpos sin vida, los he ido desmenuzando en pequeños trozos y sumergiéndolos en calderos de bronce hirviendo; otros he hecho que se derritan a fuego lento. Miembros y nervios los he arrancado aún con vida y he visto crujir sus entrañas atravesadas por los finos hierros del asador y he atizado yo mismo con mi propia mano las llamas.

Todo esto pudo hacerlo mejor el padre. Se ha perdido, sin provecho, el dolor: ha desgarrado a sus hijos con su impía boca, pero sin saberlo él, sin saberlo ellos.

TIESTES.- Mares encerrados entre costas mudables, escuchad; vosotros, escuchad también este crimen, dioses, adondequiera que hayáis huido; escuchad, infiernos; escuchad, tierras, y tú, Noche del Tártaro, angustiada y de negros nubarrones, atiende a mis gritos...

En tus manos me han dejado, sólo tú me ves en mi desdicha, tú también sin estrellas...

No voy a formular votos de maldad, para mí nada voy a pedir. ¿Qué puede haber ya para mí? Es por vosotros por quienes miran mis votos.

Tú, supremo rey del cielo, poderoso señor del etéreo palacio, envuelve al mundo entero en horripilantes nubes, provoca desde todas partes los combates de los vientos y truenos con violencia por doquier; y con tu mano, no esa mano con la que atacas con dardos más pequeños los techos y las casas sin valor, sino aquella bajo la que cayó la triple mole de las montañas y los Gigantes que se erguían a la altura de las montañas, con esa mano dispón tus armas y dispara tus fuegos.

Véngate de la pérdida del día, lanza llamas y suple con tus rayos la luz que se le ha arrebatado al firmamento.

Nuestra causa, no lo dudes más, la de los dos, dala por perdida; al menos, la mía: arremete contra mí, haz pasar a través de este pecho tu llameante antorcha de tres puntas.

Si a mis hijos, como padre, quiero enterrar y entregarlos al fuego postrero, tengo que ser quemado yo.

Si nada conmueve a los dioses y ninguna divinidad ataca con sus armas a los impíos, que permanezca por siempre esta noche y que cubra con sus prolongadas tinieblas la inmensidad de estos crímenes. No me quejo en absoluto, Titán, si te obstinas.

ATREO. -Ahora alabo mis manos, ahora he alcanzado la verdadera palma. Yo habría cometido en vano mi crimen si no fuese tan fuerte tu dolor. Ahora es cuando yo estoy seguro de que nacen hijos míos, ahora he recuperado la confianza en la castidad de mi lecho.

### Texto 9: Egisto y Clitemnestra (S. *El.*, 1411 ss.)

CLITEMESTRA

¡Ten piedad, hijo mío, de la que te dio el ser!

ELECTRA

Tampoco compasión de él has tenido tú ni de quien le engendrara..

CORO

*¡Ay, ciudad, ay, estirpe desdichada, eplípsase, palidece el destino que rige tus días!*

CLITEMESTRA

¡Oh, me han herido!

ELECTRA

¡Dale, si tienes fuerzas, otra!

CLITEMESTRA

¡Ay otra vez!

ELECTRA

¡Si a Egisto lo mismo le ocurriera!

CORO

*La maldición se cumple; los muertos reviven; las víctimas de antaño beben en represalia la sangre de sus asesinos.*

(Salen Orestes y Pílates con las manos manchadas de sangre.)

CORIFEO

Ya los tienes aquí; con las ofrendas de Ares su mano ensangrentaron, pero no les censuro.

ELECTRA

¿Orestes, dónde estáis?

ORESTES

La casa queda en orden, si que es un arreglo tal nos profetizó Apolo.

ELECTRA

¿Murió la miserable?

ORESTES

No temas ya que nunca te humille nuevamente la voluntad materna.

ELECTRA

<¡Ay, ay, ay! ¡Ay, casa en que los homicidas expiaron sus culpas!>

ORESTES

<Vengado Agamenón quedó ya por mi mano>

(El corifeo, que ha estado todo el tiempo vigilando como Electra, ve llegar desde lejos a Egisto).

CORO

*¡Deteneos, que veo claramente a Egisto!*

ELECTRA

¡Volved a entrar, muchachos!

ORESTES

¿Le veis venir? ¿Está a nuestro alcance?

ELECTRA

<Él solo camina hacia la trampa.> Vedle qué satisfecho llega del arrabal.

CORO

*Cuanto antes entrad en el atrio y así podréis también esto jugarlo bien.*

ORESTES

Descuida, que lo haremos.

ELECTRA

Corre, pero a tu modo.

ORESTES

Ya entré.

ELECTRA

De lo de aquí puedo ocuparme yo.

CORO

*Convendría decir al oído de este hombre unas palabras suaves por que no advierta que va a sufrir su juicio y castigo.*

(Orestes y Pilades entran en el palacio).

EGISTO

(Llegando del campo).

¿Quién de vosotras sabe dónde están los Foccos que al parecer vinieron a anunciarnos que Orestes pereció entre los restos de un destrozado carro?

(Dirigiéndose a Electra).

A ti, a ti te pregunto, la que hasta hoy tan altiva te mostrabas, pues creo que te interesa mucho y que eres quien mejor lo sabe y puede hablar.

ELECTRA

Sí, lo sé, ¿cómo no? Fuera yo en otro caso indiferente al hado de aquellos que más quiero.

EGISTO

Pero ¿y los extranjeros? Dime dónde se encuentran.

ELECTRA

Dentro; se las hubieron con una dueña amable.

EGISTO

¿Y verdaderamente refirieron su muerte?

ELECTRA

No, sino la probaron, no sólo con palabras.

EGISTO

¿Podré saber también yo que el suceso es cierto?

ELECTRA

Podrás y contemplar algo desagradable.

EGISTO

Me das una alegría, lo que en ti no es usual.

ELECTRA

Alégrate, si crees que ello te va a ser grato.

EGISTO

Mando callar a todos y que se abran las puertas para que puedan ver Miceneos y Argivos y, si hay alguno de ellos al que hasta hoy exaltaran las vanas ilusiones nacidas de éste, al verle muerto tasque su freno sin tener que alcanzar el uso de razón a fuerza de castigos.

ELECTRA

Lo mío ya hecho está, que he adquirido, aunque tarde, buen juicio que a ceder ante el fuerte me lleva.

(Se abre la puerta y se ve un cadáver tapado con un velo y a Orestes y Pilades junto a él).

EGISTO

(Acercándose al cadáver).

¡Oh, Zeus, algo hay de envidia divina en esta muerte! Mas no lo afirmaré por si yo también pecho.

(A Orestes).

Levantad de sus ojos el velo y que reciba al menos los lamentos que un pariente le debe.

ORESTES

Álzalo tú, que a ti te incumbe y a mí no el brindar a ese cuerpo tu amoroso saludo.

EGISTO

(Inclinándose para levantar el velo mientras da la orden a Electra).

Buen consejo me das; te haré caso; y tú llama a Clitemestra si anda por dentro del palacio.

ORESTES

Está cerca de ti, no la busques ya más.

(Egisto levanta el velo y comprueba que se trata de Clitemestra mientras Orestes y Pilades van saliendo del palacio con disimulo para cortarles la retirada).

EGISTO

¡Ay! ¿Qué veo?

ORESTES

¿A quién temes? ¿A quién ahí no encuentras?

EGISTO

¿En las redes de cuál de los hombres caí, pobre de mí?

ORESTES

¿No sabes que hace un momento estabas a los vivos hablando cual si se hallaran muertos?

EGISTO

¡Ay, comprendo tu frase! No cabe ya ninguna duda de que es Orestes quien me acomete ahora.

ORESTES

¿Y, siendo un adivino tan bueno, errabas antes?

EGISTO

¡Muerto estoy, desdichado! Mas permítame al menos que diga una palabra.

ELECTRA

Por los dioses, no dejes, hermano, que hable más ni empiece con discursos. Quien tiene que morir como autor de delitos, ¿por qué ha de conseguir prórroga de su vida? Mátales sin demora y, una vez muerto, quítale de mi vista y su cuerpo da a los enterradores que le cuadran; tan sólo con ello me podría yo librar de los males que desde antiguo sufro.

ORESTES

Pasa dentro en seguida, que no es éste certamen de palabras, mas lucha cuyo premio es tu vida.

EGISTO

¿Por qué me haces entrar? Si es decente tu hazaña, ¿a qué la oscuridad y el no matarme aquí?

ORESTES

No me des ya más órdenes; ve al lugar en que muerte diste a mi padre; allí perecerás también.

EGISTO

¿Preciso es que esta casa contemple el mal actual de la raza de Pélope, tras el que vendrán otros?

ORESTES

Los tuyos, sí: excelente profeta en ello soy.

EGISTO

Pues no es paterno el arte de que te estás jactando.

ORESTES

Demasiado contestas y se alarga el camino: anda, pues.

EGISTO

Guíame.

ORESTES

Delante debes ir.

EGISTO

¿Para que no me escape?

ORESTES

Porque no elijas modo de morir, sino pueda yo darte un fin amargo. Sería necesario que al punto una tal pena en todos recayera los que la ley violan, la de muerte; y así tanto bribón no habría.

(Entran en el palacio, él delante y ellos dos detrás. La puerta se cierra).

CORIFEO

¡Ay, semilla de Atreo, tras tantos trabajos y dolores al fin libertad te llegó coronada con esta labor!

### Texto 10: Anfiarao y Erifile (Stat., *Theb.*, II, 255 ss.)

Un escudo de oro, trofeo del arcadio Euhipo, desprendiéndose del frontón del templo, cae en las escaleras sobre las que subían a lo alto de la ciudadela, entierra las antorchas que abrían el cortejo, fuego solemne de las recién casadas, y al mismo tiempo el agudo sonido de una trompeta, que salía de lo más profundo del santuario, causa el pavor de los que todavía no se atrevían reanudar su camino. En el terror del primer momento, todos se volvieron al rey, después dicen que no oyeron nada; a todos, no obstante, les trastorna el presagio siniestro y, con murmuración de diverso tenor, acrecientan el miedo. No hay de qué admirarse: en efecto, en aquella ocasión tú, Argía, como regalo de tu marido, llevas puesta la infausta joya, el funesto collar de Harmonía. Larga es la historia, pero de los males contaré lo ya conocido, de dónde (recibió) un regalo sin precedente tan gran poder.

Según un testimonio antiguo, el Lemnio, muy dolido por el robo de Marte, como, una vez descubierto, no hay obstáculo para este amor y las cadenas vengadoras no sirvieron de castigo, había forjado este (collar) como regalo de boda para Harmonía en el día de sus nupcias. Aunque expertos en trabajos de más envergadura, los Cíclopes trabajan en él y con mano amiga los Telquines, famosos por su artesanía, con empeño lo ayudaron; pero el mayor esfuerzo fue el suyo. Lo revistió de esmeraldas centelleantes por un fuego misterioso, y de un diamante esculpido con figuras infaustas: los ojos de la Gorgona, y las cenizas del rayo último que quedaban en el yunque siciliano, y las crestas, que refulgían desde la frente, de verdes serpientes; aquí la llorosa fruta de las Hespérides y el funesto oro del vellón de Frixo; a continuación, entrelaza diversas pestes y el héroe víctima de la negra crin de Tisífone y la fuerza nefasta que despliega la faja; alrededor del (collar) (el dios), astuto, rocía espumas lunares y lo riega todo él de un veneno que arrebató. No lo tocaron Pasitea, la primera de las dulces hermanas, ni la Belleza, ni el niño idalio, sino el Luto y las Iras y el Dolor y, con toda su diestra, la Discordia. La primera prueba de esta obra artesanal fue Harmonía que, acompañando a un Cadmo que se arrastraba, con quejas que se habían transformado en terribles silbidos, surcaba con un pecho que se le había alargado los campos de Iliria. Después, la insaciable Sémele apenas se puso el pernicioso regalo en su cuello, y la mendaz Juno penetró en su habitación. También dicen que tú, infeliz Yocasta, poseíste la nefasta joya; con este aderezo adornabas tu rostro cuando, ¡ay!, ¡en qué lecho, ¡ay!, estabas a punto de dar placer! Viene a continuación una serie más larga. Ahora Argía está resplandeciente con el regalo y, engalanada con el oro de dioses, supera al adorno, más modesto, de su hermana. A éste lo había visto la esposa del vate que habría de morir y ante las aras y en medio del banquete alimentaba en secreto una envidia feroz por si algún día podría poseer esa malhadada alhaja, ¡en nada le ayudaron, ay, las profecías de su marido! ¡Qué gemidos anhela, cuánta muerte, impia, desea! Ciertamente ella lo merecía, pero ¿por qué merecieron estos furores las armas engañadas de su desgraciado marido, por qué los merecieron sus hijos inocentes?

## 2.- ESTIRPE TEBANA

### Texto 1: Cadmo y Harmonía (Stat., *Theb.*, I, 1 ss.)

El fuego del Pieris impulsa a mi espíritu a narrar unas luchas fraternas y unos reinos alternativos disputados con odios profanos y una Tebas culpable. ¿Desde dónde me mandáis empezar, diosas? ¿Acaso cantaré los orígenes de esta raza funesta, los raptos sidonios y el inexorable decreto de la ley de Agénor y a Cadmo escudriñando los mares? Demasiado extenso y remoto el relato si narro cómo el agricultor, temeroso de un Marte oculto, ara luchas con nefandos surcos y si voy más allá, con qué canto Anfión mandó que los montes tirios se acercasen, de dónde surgió la penosa cólera de Baco contra sus amadas murallas, cuál fue la acción de la cruel Juno, contra quién tensó su arco el infeliz Atamante y por qué la gran madre no tuvo temor del Jonio al arrojarse a él, arrastrando consigo a Palemón. Aquí y ahora permítaseme preterir precisamente los gemidos y venturas de Cadmo: sea el límite de mi canto la confusa casa de Edipo.

Texto 2: Sémele y Zeus (Apollod., III, 4, 2 ss. y *Ov. met.*, III, 279 ss.).  
Cf. pp. 13 ss.

Texto 3: Ino y Atamante (*Ov., met.*, IV, 416 ss.)

Entonces sí que era reconocida en toda Tebas la divinidad de Baco, cuya tía materna va contando por todas partes el inmenso poder del nuevo dios, y era, de entre tantas hermanas, la única que estaba libre de dolor, a no ser el que le causaron sus hermanas. Engreída y altanera por sus hijos, por el tálamo de Atamante y por haber criado a una divinidad, la ve Juno, que no lo soportó y se dijo: “¿Ha podido el hijo de mi rival transformar y sumergir en el océano a los marineros meonios, y hacer que una madre despedace las entrañas de su hijo, y envolver en alas insólitas a las tres Minieidas, y Juno no va a poder más que llorar sus afrentas no vengadas? ¿Y puedo conformarme con esto? ¿Es ése mi único poderio? Él me enseña lo que tengo que hacer; es lícito recibir enseñanzas de un enemigo; hasta dónde puede llegar la locura, me lo ha mostrado hasta la saciedad en la matanza de Penteo; ¿por qué no

habría Ino de sufrir los agujijones e imitar, impulsada por propia locura, los ejemplos de su familia?"

Hay un camino que desciende sombreado por mortíferos tejos; conduce a las moradas infernales a través de mudos silencios; la perezosa Estige exhala allí sus neblinas, y por allí bajan las sombras de los recién muertos y las visiones de los que han recibido los honores del sepulcro. La palidez y el frío ocupan en amplia extensión aquellos parajes escabrosos, y los nuevos manes no saben dónde está el camino, por dónde se va a la ciudad estigia y dónde se encuentra el temible palacio del negro Dis. La espaciosa ciudad tiene mil accesos y puertas abiertas por todas partes; y del mismo modo que el mar recibe los ríos de toda la tierra, así aquel lugar recibe todas las almas y no resulta pequeño para ninguna multitud ni se da cuenta de que se le añada una población. Vagan sin cuerpo y sin huesos las sombras exangües; unas llenan el foro, otras el palacio del soberano del abismo, otras practican diversos trabajos, imitación de su antigua vida, y hay otras que sufren su debido castigo.

Soporta ir allí, dejando su morada celeste, -tanto era lo que concedía a sus odios y a su rencor- la Saturnia Juno. Tan pronto como entró allí y rechinó el umbral bajo la presión del sagrado cuerpo, enderezó Cerbero sus tres bocas y profirió tres ladridos a la vez. Llama ella a las tres hermanas nacidas de la Noche, divinidades duras e implacables. Estaban sentadas delante de las cerradas puertas de acero de la prisión, y de sus cabelleras peinaban negras serpientes; tan pronto como la reconocieron entre las sombras de aquella espesa oscuridad, se levantaron las diosas. Morada Maldita se llama aquella; allí ofrecía Titio sus entrañas para que se las despedazasen y estaba tendido a lo largo de nueve yugadas; tú, Tántalo, ningún agua puedes coger, y huye de ti el árbol que está sobre tu cabeza; o vas en busca de la piedra o la empujas, Sísifo, aunque ha de volver; Ixión va dando vueltas y a la vez se persigue y se huye a sí mismo; y las Bélidas que se atrevieron a causar la muerte de sus primos vuelven a buscar incesantemente las aguas que deben perder.

Cuando con mirada ceñuda los vio a todos la Saturnia, y, más que a ninguno, a Ixión, aparta de éste la mirada para dirigirla de nuevo a Sísifo, y dice: "¿Por qué entre los hermanos es éste el que sufre un castigo eterno, y en cambio un rico palacio alberga al orgulloso Atamante que siempre, lo mismo que su esposa, me ha despreciado?" Y les manifiesta los motivos de su odio y de su viaje, y qué es lo que quiere; porque lo que quisiera es que no se alzara el palacio de Cadmo y que la locura arrastrase a Atamante a un crimen. Ordenes, promesas, súplicas, todo lo mezcla a la vez, y acosa a las diosas. Tras de hablar así Juno, Tisífone, conforme estaba con los blancos cabellos enmarañados, los sacudió, apartó de su boca las culebras que se la obstruían, y dijo estas palabras: "No hacen falta muchos rodeos; da por hecho todo lo que nos mandas. Abandona este reino odioso y reintégrate a los aires de un cielo

mejor". Alegre vuelve Juno, y al disponerse a entrar en el cielo la purificó con frescas aguas la Taumantíade Iris.

Y sin tardanza la dañina Tisífone coge una antorcha empapada en sangre, se pone un vestido rojo de sangre que chorrea, se ciñe con una serpiente que se le enrosca y sale de la casa. En su viaje la acompañan el Luto y el Pavor y el Terror y la Locura de rostro gesticulante. Se había detenido en el umbral; dicese que se estremecieron las puertas del Eolio, la palidez deslustró sus hojas de madera de arce y el sol huyó de aquel lugar. Ante tales prodigios quedó aterrada la esposa, y aterrorizado Atamante, y se preparaban para salir del palacio; la funesta Erinis les cerró el paso y bloqueó la entrada, y extendiendo los brazos entrelazados de víboras enroscadas sacudió la cabellera; al ser movidas sonaron las culebras, que, unas, le caen por los hombros, y otras, deslizándose alrededor del pecho, dan silbidos, vomitan sangre podrida y disparan sus lenguas. A continuación se arranca de en medio de sus cabellos dos serpientes y agarrándolas con su mano mortífera se las arroja; ellas recorren el regazo de Ino y el de Atamante y exhalan sobre ellos su aliento pestilencial; y no causan herida alguna a los miembros: es el alma la que sufre espantosas acometidas. Había traído consigo también prodigiosos venenos líquidos, espuma de la boca de Cérbero, tósigo de Equidna extrañas alucinaciones, olvido que ciega la razón, crimen, lágrimas, rabia y pasión de matanza, y todo ello, junto y triturado, mezclado con sangre reciente, lo había cocido en un hondo recipiente de bronce, agitándolo con una vara verde de cicuta; y mientras ellos están paralizados de espanto, vierte aquel veneno enloquecedor sobre el pecho de cada uno de ellos y perturba hasta lo más íntimo de sus corazones. Después agita su antorcha dándole muchas vueltas en un mismo círculo, y hace que el fuego siga al fuego en veloz movimiento. Vencedora así y con su misión cumplida, se vuelve al reino sin vida del gran Dis, y se despoja de la serpiente que se había puesto como cinturón.

Al instante el Eólida, enloquecido, grita en medio del palacio: "¡Eh, compañeros, tended las redes en estas selvas! Aquí acabo de ver a una leona con sus dos cachorros"; y fuera de sí va, como tras la fiera, tras las huellas de su esposa, arranca del seno de la madre a Learco que sonreía y le tendía sus bracitos, le hace dar en el aire dos o tres vueltas como una honda, y contra un áspero peñasco estrella sin piedad la cabeza de la criatura. La madre, por fin entonces alucinada, ya fuera efecto de su dolor, ya lo motivara el veneno al repartirse, profiere alaridos, huye demente con los cabellos sueltos, y llevándote a ti, pequeño Melicertes en sus brazos desnudos, va gritando: "Euhoe Baco"; al nombre de Baco se echó a reír Juno y dijo: "Que para eso te sirva el que tú criaste". Hay una roca que avanza sobre las aguas del mar; su parte inferior está ahuecada por las olas y protege de las lluvias a las ondas que alberga, mientras que la superior está erizada y alarga su parte frontal por encima del mar abierto. Ino la alcanza -el furor le había dado fuerzas- y, sin que temor alguno

la haga vacilar, se arroja con su carga al abismo; las olas, al choque, se emblanquecieron de espuma. Mas Venus, compadecida de los sufrimientos inmerecidos de su nieta, se dirige a su tío con estas palabras acariciantes: "Oh divinidad de las aguas, a quien correspondió el poderío que sigue al del cielo, Neptuno, mucho es lo que pido, pero ten piedad de los míos a quienes ves zarandeados en la inmensidad del Jónico y añádelos a tus dioses. También yo tengo algún derecho sobre el mar, si es verdad que un tiempo fui una masa de espuma en medio del abismo y el nombre griego que conservo me viene de ella". Acedió a sus súplicas Neptuno, les quitó lo que tenían de mortal, los dotó de augusta majestad, les cambió a la vez el nombre y la figura, y llamó a la madre Leucotea y Palemón al nuevo dios.

#### Texto 4: Dioniso y la locura de Ágave (E., Ba., 1042 ss.)

##### MENSAJERO SEGUNDO

Dejamos los poblados de esta tierra tebana, traspasamos el curso del Asopo y subíamos al monte Citerón, siguiendo sus laderas, Penteo, mi señor, y yo y el extranjero que guía estaba siendo de nuestra expedición. Primero detuvimos en un herboso valle ahogando los ruidos de nuestros pies y lenguas para que, sin ser vistos, ver nosotros pudiéramos. Había allí un barranco, regado por arroyos y sombreado por pinos, donde estaban las Ménades ocupando sus manos en amables fatigas. Las unas reparaban sus tirsos averiados reponiendo de nuevo sus melenas de yedra y otras, como potrillas escapadas al yugo, mutuamente los himnos báquicos se cantaban. Pero Penteo el pobre, no viendo el femenino grupo, dijo: "Extranjero, desde aquí donde estoy a esas bastardas Ménades no acierto a divisar: en esa altura, encima de aquel esbelto abeto, podré bien observar sus manejos infames". Y al extranjero entonces le vi hacer maravillas: el abeto agarró por su más alta rama y tiró y tiró de él hasta la negra tierra, como un arco encorvándolo del modo en que el carrero con compás a la llanta da forma circular. Así con ambas manos al suelo aproximaba la rama el extranjero con sobrehumana acción. Y a Penteo sentó después en el abeto y entre sus manos fue dejando enderezarse la rama lentamente, no le desazonara. Y cuando erguido el árbol se apoyaba en el éter llevando a mi señor jinete de sus lomos, fue visto por las Ménades, aunque él no las veía; y, en cuanto apareció sentado en las alturas, ya nadie supo dónde se hallaba el extranjero y una voz en el aire, que daba al parecer Dioniso, así gritaba: "Mozas, a aquel os traigo que burla de vosotras hacia y que de mí se mofaba y mis ritos; ahora, pues, castigadle". Y, cuando de tal modo se expresaba, la luz del venerable fuego recorrió cielo y tierra. Calló por fin el éter y en silencio quedó el follaje en el valle; ni una fiera se oía. Elías, que claramente no

oyeron la llamada, se pusieron de pie mirando a todas partes. Y él repitió el mensaje; y, al reconocer bien la firme orden de Baco, se lanzaron las hijas de Cadmo, tan veloces como raudas palomas, y las Bacantes todas, que, con furor que el dios inspiraba, saltaron el torrente y barranco. Y, al ver a mi señor posado allá en la copa, a tirarle empezaron grandes piedras desde una roca que, frente al árbol, de torre les servía, y a acribillarle con ramas de otros abetos y a tirar a Penteo, blanco desventurado, sus tirsos por los aires; pero lograban poco. Porque el infortunado, que nada hacer podía, más alto se encontraba de lo que ellas quisieran. Comenzaron después a desgajar ramaje de encina para usarlo como ígneas palancas que del árbol extirparan, mas, como ello era inútil, Ágave dijo: "¡Vamos, pongámonos en corro y tirad de este tronco, Ménades, capturemos la fiera trepadora para que no revele nuestras divinas danzas secretas!" E incontables manos desarraigaron el abeto del suelo; y Penteo, que estaba sentado arriba, a tierra de cabeza cayó dando gritos agudos, porque cuenta se dio de que el fin se acercaba. Principio al sacrificio como sacerdotisa dio su madre atacándole; y él la mitra quitóse, por que reconocerle pudiera y no matarle Ágave la infeliz, y así dijo, tocando sus mejillas: "Yo, madre, tu hijo Penteo soy, aquel a quien pariste para Equión en su casa. Ten compasión de mí, madre, y que mis errores no sean causa de que hoy a tu propio hijo mates". Pero ella, espumeante, revolviendo sus ojos extraviados, privada del necesario juicio, poseída por Baco, ningún caso le hacía y, es más, con sus dos manos le agarró de la izquierda y, haciendo fuerza con el pie en el costillar del desdichado, el brazo le arrancó desde el hombro con el fácil vigor que el dios le estaba dando. También Ino en el otro costado se esforzaba en desgarrar sus miembros, y Autónoe con el grupo báquico entero allí se presentó. Y todo eran clamores, y gemidos de él mientras tuvo aliento, y el alarido de ellas. Una iba con un brazo, otra llevaba un pie calzado; las costillas desnudas se veían; y todas, con sangrientas manos, se peloteaban las carnes de Penteo. Y allí quedó esparcido su cuerpo, por las rudas piedras o entre la espesa maleza de aquel bosque; y hallarlo no era fácil. La tétrica cabeza su madre la cogió con sus manos; clavóla en el tirso y paseábala por todo el Citerón, como si fueran restos de un león montaraz, dejando a sus hermanas con el coro de Ménades. Y ahí va, entusiasmada con su caza funesta, viniendo hacia estos muros y celebrando a Baco, compañero de caza que le ha dado el botín, vencedor en un triunfo que costará mil lágrimas. Yo de en medio me quito, siendo tales los hechos, antes de que en palacio vaya a aparecer Ágave. Es la moderación lo mejor y el honrar a los dioses; y pienso que no tienen los hombres un más rico tesoro de gran sabiduría.

**Texto 5: Edipo y Yocasta (S., OT, 1155 ss.)**

SIERVO

¡Pobre de mí! ¿Por qué? ¿Qué es lo que saber quieres?

EDIPO

¿Entregaste a éste el niño que ahora nos indicaba?

SIERVO

Se lo di y ojalá yo aquel día muriera.

EDIPO

Pues a ello llegarás si no eres razonable.

SIERVO

Pero aún más perdido si hablo me encontraré.

EDIPO

Parece que el amigo se pierde en dilaciones.

SIERVO

No, por cierto, ya he dicho que se lo entregué un día.

EDIPO

¿De dónde lo cogiste? ¿De casa o de otra parte?

SIERVO

No era mío, que de otras manos lo recibí.

EDIPO

¿De qué casa o de qué ciudadano te vino?

SIERVO

No, señor, por los dioses, no me interrogues más.

EDIPO

Muerto estás si otra vez tengo que preguntarte.

SIERVO

Era una criatura de la casa de Layo.

EDIPO

¿Esclavo o tal vez hijo legítimo de alguno?

SIERVO

Estoy, ¡ay de mí!, ante algo terrible de decir.

EDIPO

Y de oír para mí, mas tengo que escucharlo.

SIERVO

Pasaba por ser hijo de aquél, pero tu esposa, que está dentro, muy bien te lo podrá explicar.

EDIPO

¿Fue ella quien te dio el niño?

SIERVO

Ciertamente, señor.

EDIPO

¿Para qué?

SIERVO

Con idea de que le diera muerte.

EDIPO

¿Ella misma, infeliz?

SIERVO

Por temor a un oráculo.

EDIPO

¿Cuál?

SIERVO

Se decía que él mataría a sus padres.

EDIPO

Pero ¿cómo es que tú se lo diste a ese viejo?

SIERVO

Por compasión, señor; pensé que iba a llevárselo consigo hasta la tierra de donde él procedía; y con él te salvaste, pero para un gran mal, pues, si eres el que dice, tu sino es desdichado.

## ÉDIPO

¡Ay, ay! Todo está claro ya. ¡Véate yo ahora, luz, por última vez, pues resulto nacido de quienes no debí y he vivido con quienes no debí y maté a aquél que no debí matar!

(Entra desesperado en el palacio. Se van todos).

**Texto 6: Eteocles y Polinices. La campaña de los Siete contra Tebas (Stat., *Theb.*, I, 32ss.)**

Ahora tenso mi lira, es suficiente, para cantar armas aonias y un cetro fatal a dos tiranos y la no moderación de las furias tras la muerte y llamas que en su desunión se rebelan en la pira funeraria y cadáveres de reyes que carecen de honras fúnebres y ciudades exhaustas por las muertes de uno y otro bando, cuando la azul Dirce enrojeció con la sangre de Lerna y Tetis tembló ante el Ismeno que, acostumbrado a bañar áridas riberas, ahora venía con gran carga. ¿A cuál de los héroes, Clío, me ofreces en primer lugar?, ¿a Tideo, de desenfadada ira?, ¿acaso la súbita sima del laureado vate? Me apremia también Hipomedonte, de fuerza bruta, repeliendo con cadáveres el río enemigo, y el combate, digno de suscitar lágrimas, del impetuoso arcadio y Capaneo que ha de ser cantado con un sentimiento de horror distinto.

**Texto 7: Eteocles y Polinices. La campaña de los Siete contra Tebas (Stat., *Theb.*, I, 48 ss.)**

A pesar de que él se abandona a las tinieblas y de que, en la reclusión de lo profundo de su pälacio, custodia unos penates no vistos por el cielo ni por la luz, a su alrededor el humor cruel de su mente revolotea con pertinaz aleteo y en su pecho habitan las Furias de sus crímenes. Entonces muestra al cielo sus órbitas vacías, castigo, despiadado y deplorable, de su vida, y golpea con sus manos ensangrentadas el suelo insensible: "dioses que gobernáis sobre las almas culpables y sobre las regiones tartáreas, angostas a causa de los castigos, y tú, pálida Estige de umbríferas simas a quien yo tengo ante mis ojos, y tú, Tisífone, acostumbrada a ser objeto de mis plegarias, dame tu asentimiento y favorece mis votos perversos: si de algo fui merecedor, si a mí, cuando mi madre me parió, me acogiste en tu regazo y si, cuando estaba herido, me diste fuerza en los talones, si me dirigí a la fuente de Cirra que brota entre el monte de dos cumbres, cuando podría haber vivido contentándome con el falso Pólipo, y si en el corazón de la encrucijada de la Fócide trabé lucha con el anciano rey y, mientras busco a mi padre, seguí el rostro del sobrecogido viejo; si yo,

astuto por la presciencia que tú me diste, resolví los enigmas de la malvada Esfinge, si contento agoté las dulces furias y el aciago esponsal con mi madre y muchas veces consumé una noche nefanda y te dispuse, lo sabes bien, hijos, y si, después, ávido de castigo, con dedos que mutilan, por propia mano me herí y dejé mis ojos sobre mi desgraciada madre: escúchame, si es que pido cosas dignas y que tú misma inspirarías a un demente. A mí privado de vista, a mí que carezco de trono, aquéllos a los que engendré, cualquiera que haya sido el lecho en que lo hice, no hicieron ademán de ser mis guías o de consolarme con palabras en mi atribulación. Aún más, he aquí que, soberbios -¡ay dolor!- y reyes ya desde hace tiempo gracias a mi muerte, hacen escarnio de mis tinieblas y sienten aversión al llanto de su padre. ¿Acaso no voy a ser yo funesto para ellos? ¿Y sin inmutarse, ve esta situación el padre de los dioses? Por lo menos, tú, vengadora que estás en deuda conmigo, haz aquí acto de presencia y dispón el castigo contra todos mis descendientes. Ciñe la corona, que destila putrefacción, que yo arrebaté con garras ensangrentadas e, instigada por los votos paternos, entremétete entre los hermanos, ¡que los consanguíneos revienten bajo el hierro! Concédeme, reina de la sima tartárea, todo lo nefasto que yo deseo ver, y que la intención de los jóvenes te siga sin dilación; por ahora, ven digna de tí, conoces mis prendas".

Al que decía tales cosas, la cruel diosa dirigió su rostro inexorable. Por casualidad se encontraba sentada junto al espantoso Cocito y, tras soltar su cabello desde la coronilla, había permitido a sus serpientes lamer las aguas sulfurosas. Al punto más veloz que el rayo de Júpiter y que los astros en su caída salta de las tristes riberas: se aparta la muchedumbre vacía y se aterroriza ante el paso de su señora; ella, a través de las sombras y de los campos tenebrosos por el enjambre de almas, se dirige al umbral del Ténaro, puerta sin retorno. El Día siente que se acerca, la Noche, saliendo al encuentro con una nube negra como la pez, alborota los caballos de luz; a lo lejos se eriza el escarpado Atlante y con cerviz dubitante provoca que el cielo se mueva. Surgiendo del valle de Malea, sin dilación acomete el conocido camino de Tebas; y, ciertamente, no más rápida va y viene por otros caminos o prefiere las familiares regiones del Tártaro. Cien serpientes erizadas, amenazante turba de su terrible cabeza, daban sombra a su cara; en lo más recondito de sus ojos hundidos se asienta una luz ferruginosa, tal como, debido a las artes atracias, la fatiga de Febe enrojece a través de las nubes; su cutis, instilando veneno, se tensa y se acartona a causa de la sangre putrefacta; de su negra boca sale un aliento cadente, por cuya causa sobrevienen a todos los pueblos la sed insaciable y las enfermedades y el hambre y la muerte; su túnica se encrespa erizada en su espalda y negras sierpes se enredan en su pecho: Átropo y la propia Proserpina conocen estos mismos aderezos. Entonces blande con ira ambas manos: ésta refulge con la antorcha fúnebre, esta otra hiende el aire con una serpiente viva.

Cuando se detiene allí donde las más altas cumbres del Citerón con escarpada cima se acercan al cielo, redobla desde su crin, que verdea, los fieros silbidos, señal para las tierras, a consecuencia de los cuales resuenan a lo ancho toda la ribera del mar aqueo y los reinos de Pélope. Los escuchan tanto el Parnaso, en el medio del cielo, como el turbulento Eúrotas, y su fragor inclina hacia un lado al Eta, que en su cima duda, y con dificultad el Itsmo puede hacer de barrera a la doble corriente. La propia madre arranca de las bridas a su Palemón, que pasea en un curvo delfín, y lo oprime en su regazo.

Y tan pronto como aquélla, rauda, llega al palacio cadmeo e infecciona los penates con la miasma acostumbrada, al instante surge bajo el pecho de los hermanos una turbación delirante y se apodera de sus espíritus el furor de familia y la malsana envidia hacia los que son afortunados y el miedo, padre del odio, de donde surge el pernicioso afán de poder, y la ruptura de lo pactado, y la ambición que no tolera un segundo lugar, y el que resulte más dulce estar sólo uno en lugar supremo, y la discordia, inherente a reinos compartidos. Como cuando el campesino procura emparejar bajo el yugo del arado a juvencos elegidos entre los rebaños salvajes, y éstos, embravecidos, cuya altiva cerviz todavía no se humilla hacia los nervudos ijares debido al peso de la reja del arado, tiran en sentidos opuestos y relajan las ataduras con iguales fuerzas y desdibujan los surcos con trazado no uniforme: no de otro modo la turbulenta discordia exaspera a los hermanos indomables. Bajo el acuerdo de una año alterno, les parece bien cambiar reino por exilio. Así ordenan con ley ruin intercambiarse sus fortunas, de tal modo que al que ostenta el poder siempre un heredero inminente lo angustie en virtud de un pacto ineludible. Ésta era la piedad entre hermanos, ésta la única demora de su lucha, que no habría de durar hasta el segundo rey. Y eso que todavía no había artesonados, brillantes a causa del espeso metal, ni abundaban sobremanera los atrios apoyados en pilares griegos que diesen cabida suficiente a la multitud de clientes. No había dardos que custodiasen los sueños inquietos de los reyes, ni centinelas que protestasen con el relevo de la guardia, ni preocupación de que las piedras preciosas enturbiasen el vino y el oro ensuciasen las comidas: todo lo contrario, el poder desnudo armó a los hermanos, la lucha es por un reino pobre. Y mientras se decide cuál de los dos arará las escuálidas yugadas de la angosta Dirce o cuál, humilde en el trono de un exiliado tirio, sería objeto de ovación, perece el derecho humano y divino, y lo bueno y el respeto de la vida y de la muerte. ¿Hasta dónde lleváis vuestras iras, ¡ay, miserables!? ¿Qué sucedería si se condujese con tamaña impiedad uno y otro límite del cielo, aquél al que mira el Sol saliendo desde oriente, aquel al que mira al ponerse en su retiro íbero, las tierras a las que, desviado de su órbita, toca de lejos con su trayectoria oblicua, o las gélidas a causa del Boreas o las templadas por el furor del Noto húmedo? No, incluso si las riquezas de Frigia y Tiro quedasen en poder de uno solo. Lugares

terribles y fortalezas nefandas fueron suficientes para el odio, y se compró a precio de locuras atroces el sentarse en el sitial de Edipo.

### 3.- LA ESTIRPE TESALIA

#### Texto 1: Inicio de la expedición de los Argonautas (Apollod. I, 9, 16)

De Esón, hijo de Creteo, y de Polímede, hija de Autólico, era hijo Jasón; habitaba en Yolco, donde tras Creteo reinaba Pelias. Cuando éste consultó al oráculo respecto a su reino, el dios le vaticinó que se cuidara del que portase una sola sandalia. Al principio no comprendió el oráculo, pero más tarde sí que lo hizo. Pues, cuando realizaba a orillas del mar un sacrificio en honor de Posidón, hizo venir entre otros muchos para participar en él a Jasón. Éste, que por afición a la agricultura vivía en el campo, se apresuró a acudir al sacrificio pero, al atravesar el río Anauro, salió de él con una sola sandalia por haber perdido la otra dentro de la corriente. En cuanto Pelias lo vio, comprendió el oráculo y, acercándosele, le preguntó qué haría él, si teniendo el poder, se le hubiera vaticinado que iba a ser asesinado por alguno de los ciudadanos. Entonces Jasón, bien por casualidad, bien instigado por la cólera de Hera para que Medea llegara para desgracia de Pelias, ya que éste no la había venerado, respondió: "Le ordenaría que trajera el vellocino de oro". Tan pronto como Pelias escuchó esto, le ordenó que fuera en busca del vellocino. Éste se hallaba en la Cólquide, en el bosque de Ares, colgado en una encina y lo guardaba un dragón que jamás dormía.

Enviado a buscarlo, Jasón llamó en su ayuda a Argos, hijo de Frixo, quien bajo las instrucciones de Atenea construyó una nave de cincuenta remos, llamada Argo en honor de su constructor. En la proa Atenea dispuso un madero parlante, procedente de la encina de Dodona. Cuando la nave estuvo lista, Jasón consultó al oráculo y el dios le ordenó zarpar en cuanto hubiera reunido a los más valientes de la Hélade. Los que se reunieron fueron éstos: Tifis, hijo de Hagnias, que pilotaba la nave; Orfeo, hijo de Eagro; Zetes y Calais, hijos de Bóreas; Cástor y Pólux, hijos de Zeus; Telamón y Peleo, hijos de Éaco; Heracles, hijo de Zeus; Teseo, hijo de Egeo; Idas y Linceo, hijos de Afareo; Anfiarao, hijo de Oicles; Ceneo, hijo de Corono; Palemón, hijo de Hefesto o de Etolo; Cefeo, hijo de Áleo; Laertes, hijo de Arcisio; Autólico, hijo de Hermes; Atalanta, hija de Esqueneo; Menecio, hijo de Áctor; Áctor, hijo de Hípasos; Admeto, hijo de Feres; Acasto, hijo de Pelias; Éurito, hijo de Hermes; Meleagro, hijo de Eneo; Anceo, hijo de Licurgo; Eufemo, hijo de Posidón; Peante, hijo de Taúmaco; Butes, hijo de Teleonte; Fano y Estáfilo, hijos de Dioniso; Ergino, hijo de Posidón; Periclímeneo, hijo de Neleo; Augías, hijo de Helios; Ificlo, hijo de Testio; Argos, hijo de Frixo; Euríalo, hijo de Mecisteo; Penéleo, hijo de Hipalmo;

Leito, hijo de Aléctor; Ífito, hijo de Náubolo; Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares; Asterio, hijo de Cometes; Polifemo, hijo de Élato.

#### Texto 2: Inicio de la navegación (Catull, 64, 1-50)

En otro tiempo, pinos nacidos en la cumbre del Pelion nadaron, se dice, a través de las límpidas olas de Neptuno, hasta las aguas del Fasis y el reino de Eetes, cuando unos muchachos escogidos, flor de la juventud argiva, ansiosos de arrebatar a la Cólquida la piel de oro, osaron lanzar por los salobres mares su navío veloz y barrer la llanura azul con sus remos de abeto. La diosa que protege las fortalezas en las alturas de las ciudades les construyó ella misma este carro que volaba al soplo del viento, formando con trabazón de pino el combado buque: éste, el primero, inició a Anfítrite aún inexperta en tales carreras. Apenas su espolón hubo hendido el llano batido por los vientos y la ola volteada por sus remos brilló blanca de espuma, surgieron del deslumbrante abismo indómitos rostros, las Nereidas marinas, asombradas de aquel prodigio. Este día, otro, y otro todavía, vieron los mortales con sus ojos a las Ninfas del mar, de cuerpo desnudo, elevarse hasta los senos sobre el abismo argénteo. Fue entonces cuando Peleo se abrasó, dicen, en el amor de Tetis, cuando Tetis no desdeñó la boda con un hombre, cuando Tetis obtuvo del mismo padre de los dioses el consentimiento para unirse con Peleo. ¡Oh vosotros, nacidos en unos tiempos demasiado felices, héroes, salud, retoños de los dioses! ¡Oh hijos que sois la honra de vuestras madres, salud una y otra vez! A todos yo os invocaré a menudo, os invocaré en mi canto, a ti sobre todo que debes a unas felices nupcias tu gloria sin par, columna de Tesalia, Peleo, a quien el mismo Júpiter, sí, el mismo padre de los dioses, concedió el objeto de su amor. ¿No es a ti a quien recibió en sus brazos la bellísima Tetis, hija de Nereo? ¿No es a ti a quien Tetis aceptó como marido de su nieta, así como Océano, cuyas aguas abrazan el orbe entero?

Apenas llegaron, en el término convenido, los días tan anhelados por Peleo, Tesalia entera confluye reunida en su casa, el palacio rebosa de regocijada multitud; todos traen consigo presentes, la alegría resplandece en sus rostros (...).

#### Texto 3: Sucesos en Lemnos (A.R., I, 607 ss.)

Muy de mañana, siguiendo su marcha, surgió ante ellos Atos, la montaña de Tracia, que a la isla de Lemnos, que dista de ella el trecho que una nave de carga bien equipada podría surcar hasta mediodía, con su altísima cumbre la cubre de sombra hasta la ciudad de Mirina. Aquel día, y hasta que se hizo de noche, soplóles el viento

a favor y muy fuertemente; con su empuje tensas quedaban todas las velas de la nave. Mas con los rayos del sol, dejóles el soplo del viento y, a golpe de remo, llegaron a Lemnos, la rocosa isla de los Sintios. Allí toda la población masculina a la vez, por la mano criminal de las mujeres, había perecido sin piedad en el año que había transcurrido. Los hombres habían repudiado, en efecto, a sus mujeres legítimas; las odiaban, y los dominaba una salvaje pasión por sus esclavas, las que ellos mismos se traían del otro lado del mar, botín de sus saqueos en Tracia. Pues les seguía la cólera cruel de Cipris, al haberla privado mucho tiempo de las honras debidas. ¡Ah, desgraciadas! ¡condenadas a unos celos insaciables para su ruina! No sólo a sus esposos mataron juntamente con ellas en el lecho conyugal, sino a toda la familia masculina, para que así no tuvieran más tarde que pagar pena alguna por un crimen terrible. Sola entre todas perdonó a su anciano padre la vida Hipsípila, la hija de Toante, que entonces gobernaba aquel pueblo. En un cofre vacío lo arrojó a la deriva a las aguas del mar, por ver si podía escapar. Unos pescadores lo arrastraron a la isla que antes llamaban Enea y que fue llamada más tarde isla de Sícinio, por el nombre del Sícinio aquel a quien la Náyade Enea, la Ninfa, dio a luz después de yacer con Toante. A aquellas el pastoreo de bueyes, el vestir de las bronceas armas y roturar fértiles tierras productoras de trigo, a todas les era más fácil que las labores de Atenea, en las que antes se ocupaban sin cesar. Sin embargo, pese a todo, con frecuencia lanzaban inquietas miradas con sus ojos al mar anchuroso, con un miedo terrible, pensando en el día que llegaran los tracios. Por ello también, cuando vieron navegar a la Argo con los remos cercana a la isla, enseguida en tropel, fuera de las puertas de Mirina, vestidas con las armas de guerra, se lanzaron a la orilla del mar, semejantes a Tíades que comen cruda la carne, pues decían que estaban llegando, sin duda, los Tracios. Junto con ellas la Toántide Hipsípila revistióse con las armas de su padre. Y sin saber bien qué hacer, en silencio, corrían: tal era el pavor que se cernía sobre ellas. Por su parte, entre tanto, los héroes hicieron partir de la nave a Etálida, el rápido heraldo, al que ellos justamente confiaban el cuidado de embajadas y el cetro de Hermes, su padre, el que habíale otorgado el recuerdo imborrable de todas las cosas. Ni ahora siquiera, que ha partido ya a los remolinos invisibles del Aqueronte, ha invadido su alma el olvido, al contrario, tiene ésta asignada por el destino una siempre constante alternancia, unas veces contándose entre los que están bajo tierra, y otras veces regresando a los rayos de sol, con los hombres que viven. Pero ¿a que tengo yo que contar tan extenso las leyendas de Etálida? Él entonces persuadió con sus palabras a Hipsípila de que acogiese durante la noche a los que llegaban, pues ya el día declinaba. Mas tampoco soltaron ellos las amarras de la nave al alba por los soplos de Bóreas. Las mujeres de Lemnos, subiendo por la ciudad, fueron a sentarse en asamblea, pues así lo había indicado la propia Hipsípila. Y cuando ya todas sin

falta estuvieron reunidas, en medio de ellas, enseguida, exhortándolas les habló en estos términos:

“¡Ea, amigas! Llevemosles regalos agradables al ánimo a esos hombres, cuales conviene que tengan y se lleven en su nave, provisiones y vino de grato sabor, a fin de que se sequen sin moverse mas allá de las torres, no sea que por verse obligados a venir a nosotras, sepan todo con certeza y llegue muy lejos una fama funesta; pues cometimos una acción grave, y no será esta en absoluto agradable tampoco para ellos, si llegaran a saberlo. Este es nuestro plan, tal como ahora nos ha venido a la mente; mas si alguna de vosotras concibe palabras más adecuadas, que se alce, que justo por eso os he hecho venir hasta aquí”.

Así dijo ella, y se sentó en el asiento de piedra de su padre. Y después se levantó su nodriza Polixo, ya vacilante, por la edad avanzada, sobre sus pies descarnados, apoyada en un baston, pero ardía en deseos de dirigirles la palabra. Muy cerca de ella estaban sentadas también cuatro virgenes no casadas, cubiertas sus cabezas de blancos cabellos. Se levantó, pues, en medio de la asamblea, elevó su cuello a duras penas un poco por encima de sus hombros curvados, y así les habló: “Regalos, tal como place a la propia Hipsípila, llevémosles a esos forasteros, pues, además, es mejor entregárselos. Pero vosotras, ¿qué plan tenéis para poder procuraros medios de vida si sobre vosotras cayese un ejército Tracio o algún otro enemigo, pues entre los hombres muchas cosas de estas ocurren, como ahora también ese grupo de hombres llegó de improviso? Y si alguno, por suerte, de los dioses felices nos alejara este mal, otros dolores sin cuento, peores aún que la guerra, nos aguardan más tarde. Cuando ya las mujeres de edad avanzada perezcan y vosotras, las jóvenes, sin hijos lleguéis a la odiosa vejez, ¿cómo entonces podríais vivir, desgraciadas? ¿Acaso ellos solos los bueyes, uncidos a los yugos en las tierras profundas, a través del barbecho os tirarán del arado que hiende la tierra, y nada mas que el año se cumpla cosecharán las espigas? Bien segura estoy yo, -aunque hasta ahora todavía ante mí se horrorizan las Ceres-, de que en el curso del año que viene seré ya entregada, sin duda, a la tierra, habiendo recibido la parte que me toca en las honras fúnebres en la forma debida, antes que me acerque a ese desastre. Pero a vosotras, las jóvenes, os incito a pensaros muy bien estas cosas, pues ahora, sin duda, a los pies tenéis un medio de escape eficaz, si a esos hombres extraños confiáis el cuidado de vuestras casas, todos vuestros bienes y también vuestra gloriosa ciudad”.

Así habló, y la asamblea se llenó de clamor, pues les habían gustado sus palabras. Y al punto tras ella levantóse de nuevo Hipsípila, y replicándole, pronunció las siguientes palabras: “Si es éste, en efecto, el modo de pensar que a todas agrada, dispuesta estoy yo también a enviar ahora mismo a un mensajero a la nave”. Así hizo y la asamblea se llenó de clamor, pues estaba allí cerca: “Ifinoe, levántate y vete al encuentro de ese hombre, quienquiera que sea el que manda la tropa, y dile que venga

a nuestra casa, que quiero decirle la palabra del pueblo, que habrá de agradarle. E invita a los hombres también, si así lo quisieran, a entrar en esta tierra y ciudad sin temor y en son de amistad”.

Dijo así, y disolvió la asamblea. Levantóse después para ir a su casa. De este modo, Ifínoe también llegó hasta los Minias. Ellos le hacían preguntas queriendo saber con qué planes había llegado hasta allí. Ella, sin tardar, de una vez respondió a sus preguntas con estas palabras: “Sabedlo: me ha hecho venir hasta aquí la joven Toántide, Hipsípila, a llamar al que manda la nave, quienquiera que sea, que quiere decirle la palabra del pueblo, que habrá de agradarle. Y a vosotros también, si así lo queréis, a entrar os invita ahora mismo en nuestra tierra y ciudad en son de amistad”. Así dijo, y a todos agradó su discurso, lleno de augurio feliz; pensaban que Hipsípila, hija sola y querida, era reina, después de haber muerto Toante. Y rápidamente a Jasón lo enviaron, que fuera delante, y aprestáronse a ir ellos también. Él, entonces, se abrochó alrededor de los hombros el manto doble de púrpura, obra de la diosa Itónide, que Palas había dado al comenzar a tender las vigas de roble que ensamblaban la nave Argo y enseñarle a medir con escuadras las traviesas que forman los bancos. Más fácilmente podrías dirigir tus dos ojos al sol ascendiente, que poder contemplar aquel rojo brillante del manto. Pues estaba hecho, en efecto, de un rojo brillante en su centro, mas su parte exterior era del todo púrpura. Y en cada uno de los bordes estaban bordadas con claridad y finura muchas obras de arte. Los Cíclopes estaban allí, sujetos a su eterno trabajo, forjando con sudores un rayo a Zeus soberano. En aquel momento ya estaba prácticamente acabado, todo brillante; únicamente aún le faltaba un sólo destello que los Cíclopes trataban de arrancar con sus mazas de hierro, sopló hirviente de fuego abrasador. Estaban también los dos hijos de Antíope, la hija de Asopo, Zeto y Anfión. Aún sin su corona de torres, Tebas estaba a su lado, y ellos acababan de echar sus cimientos, llenos de afán. Zeto encima de sus hombros transportaba la cumbre de un monte inaccesible y tenía el aspecto de un hombre que sufre un duro trabajo. Anfión, a su vez, haciendo sonar agudamente su lira de oro, iba tras él, y una piedra dos veces tan grande iba siguiendo sus pasos. Enseguida estaba representada Cíterea, con sus rizos espesos, sosteniendo el escudo ligero de Ares. De su hombro sobre el codo izquierdo había resbalado el broche de su túnica descansando debajo del pecho, y así, colocada de frente su figura aparecía perfecta a la vista en el escudo de bronce. Y allí había un prado de bueyes, de hierba abundante; por los bueyes aquellos habían entablado una lucha los Teléboes y los hijos de Electrion, defendiéndose éstos, mas aquéllos, piratas de Tafos, queriendo robárselos. La pradera, cubierta de rocío, se empapaba con su sangre, y la multitud de atacantes se imponía a los pastores escasos. Había a continuación, finamente trabajados, dos carros luchando por el premio. Al que iba delante Pélope lo iba guiando, sacudiendo las riendas, e Hipodamia estaba a su lado a bordo del carro. Tras

él, persiguiéndolo, Mírtilo había agujado sus caballos, y Enómao con él, que sujetaba en la mano la lanza tendida hacia adelante, al romperse el eje del carro en mitad de los cubos, caía de costado cuando se lanzaba con furia a traspasar la espalda de Pélope. Febo Apolo también estaba allí trabajado disparando sus dardos, (un muchacho aún no muy crecido), contra Ticio, el gigante, que arrastraba con furia a su Madre del velo. A este Ticio lo había alumbrado la divina Élara. Pero lo había criado y parido de nuevo la Tierra. Allí estaba también Frixo el Minio; parecía, en verdad, que estuviese oyendo al carnero y éste, a su vez, tenía el aspecto de alguien que habla. Al verlos podrías quedarte sin habla y sufrir un engaño en tu ánimo esperando escuchar de sus labios algún sabio dicho, y mientras tanto, en la espera, también largo tiempo podrías gozar con la vista. Tal era el regalo que había hecho Atenea, la diosa Itónide. Tomó Jasón en su diestra la lanza que hiere de lejos, aquella que un día en el Ménalo como ofrenda de huésped le había regalado Atalanta saliendo con gozo a su encuentro. Ardía, en efecto, en deseos de seguirlo en el viaje; pero él, por propia voluntad, apartó a la joven, pues temió las terribles disputas que pueden nacer del amor. Echó a andar camino de la ciudad parecido a una estrella brillante, aquella que, encerradas tras los nuevos cortinajes nupciales, contemplan arrobadas las novias mientras se eleva por encima de su casa; a través de los aires sombríos encanta sus ojos la estrella con su hermoso destello rojizo; rebosa de gozo la virgen, pues la inunda el deseo del joven aquel que se halla entre hombres extraños, a quien también se la guardan como prometida sus padres. Semejante a esa estrella iba el héroe siguiendo a la mujer mensajera. Cuando ya franquearon las torres y entraron en la ciudad, las mujeres del pueblo se lanzaban detrás empujándose, gozosas de acoger a aquel extranjero, en tanto, bajando los ojos a tierra, siguió hacia adelante tranquilo, hasta llegar a la ilustre mansión de Hipsípila. Cuando allí apareció, las criadas le abrieron las puertas de doble hoja, ajustadas por bien construidos batientes. Entonces Ifínoe lo llevó a toda prisa a través del hermoso vestíbulo y lo hizo sentarse en un brillantísimo asiento enfrente de su dueña. Ella echó a un lado sus ojos, y cubrió de rubor sus mejillas de virgen. Sin embargo, a pesar del pudor, díjole así, con seductoras palabras: “Extranjero, ¿por qué más allá de las torres largo tiempo esperando estáis de ese modo? Pues esta ciudad no se halla habitada por hombres, que no hace mucho emigraron a la tierra firme de Tracia, al cultivo de campos que abundan en trigo. Todos nuestros males te voy a contar sin engaño, para que así vosotros también los sepáis. En el tiempo que era Toante, mi padre, rey de los ciudadanos, por entonces la gente de mi pueblo, saliendo de sus naves, solía destruir los asientos de las gentes que habitan en Tracia, en frente de nosotros, y un inmenso botín, incluidas también jóvenes muchachas, se traían hasta aquí. Cumplíase el designio de una diosa funesta, de Cipris, que habíales infundido una ceguera que destruye el corazón. Aborrecieron, en efecto, a sus esposas legítimas, y de sus casas,

cediendo al impulso de su vana locura, expulsaron a sus mujeres, mientras ellos dormían con aquellas muchachas, fruto de botín, ganadas con la lanza, ¡miserables! Largo tiempo, en verdad, soportamos aquello, por si otra vez, por tarde que fuese, cambiaban de idea, mas sin cesar, redoblado, aquel funesto dolor seguía adelante. Deshonraban a los hijos legítimos dentro de sus casas y una prole oscura iniciaba su ascenso. Y así, las jóvenes aún no casadas y tras ellas las madres viudas por la ciudad andaban errantes, dejadas de la mano. El padre tampoco tenía el más mínimo cuidado de su hija ni aunque viese que era maltratada hasta la muerte ante sus ojos a manos de una madre advenediza, loca e insensata. Tampoco, como antes, salvaban los hijos a su madre del ultraje vergonzoso, ni la hermana traía preocupado el corazón de sus hermanos, sino sólo contaban para ellos las jóvenes cautivas en sus casas, en las danzas de los coros, y en la plaza y los banquetes. Así hasta que un dios infundiónos un valor irresistible: nunca más acogerlos dentro de las torres al venir de vuelta de los Tracios, a ver si así asentaban su mente en lo debido, o a alguna otra parte, yéndose lejos, se marchaban, llevándose con ellos sus cautivas. Ellos entonces, reclamando el linaje de sus hijos, todos los hombres que quedaban en la ciudad, marcháronse de nuevo, aún ahora allí habitan, en Tracia, las tierras de labor, cubiertas por la nieve. Por eso vosotros quedaos a vivir con nosotras, que si tú ahora mismo quisieras y a ti te agradara vivir con nosotras, te aseguro que entonces podrías tener el honor de mi Padre Toante. Y no creo que tú a esta tierra pudieras reprocharle alguna cosa, pues en ricas cosechas supera a las demás islas, cuantas en el mar Egeo se asientan. ¡Ea pues! Vete ahora de regreso a tu navío y relátales a tus compañeros nuestras palabras y no te quedes fuera de la ciudad”.

Dijo así, ocultando la consumación de su crimen, cómo se había perpetrado contra los hombres. Y él, a su vez, le dijo replicándole: “Hipsípila, con gusto aceptaríamos ese muy halagador servicio que nos haces, pues tenemos buena falta de ti. Vendré de vuelta otra vez a la ciudad cuando les haya relatado en orden cada cosa con todos los detalles. Del poder ocúpate tú misma, y de la isla, que yo, no por menosprecio lo rehúso, antes bien, pruebas penosas me llaman con urgencia”. Dijo, y le tocó la mano derecha. Rápidamente volvió a ponerse en camino. En torno a él, saliendo por doquier, un sinnúmero de jóvenes muchachas formaban con gozo remolinos hasta que hubo franqueado las puertas. Más tarde, subidas en carros dotados de ruedas llegaron a la costa llevando multitud de regalos de hospitalidad, cuando él ya les había contado, punto por punto, todo el discurso que Hipsípila le había referido después de llamarlo. Y a los héroes los llevaban a sus casas a hospedarse sin esfuerzo, pues un dulce deseo Cipris les había infundido gracias a Hefesto, el de los muchos ardides, a fin de que Lemnos, sin mancha, se poblase de hombres otra vez en el futuro.

Entonces, el hijo de Esón dirigióse al palacio real de Hipsípila; los demás al lugar que a cada uno tocábale en suerte, salvo Heracles, pues éste se había quedado, en efecto, al pie de la nave, él mismo por propio deseo y unos pocos compañeros que no quisieron sumarse. Al punto se llenó la ciudad de alegría, con coros de danza y festines, por doquier inundada del humo de las carnes asadas. Por encima de los otros inmortales imploraron el favor del hijo ilustre de Hera y también el de la propia Cipris, con sacrificios y cantos. Diferíase empero sin cesar, de un día para otro, la partida de la nave, e inactivos largo tiempo allí habrían esperado de no ser porque Heracles convocó a los compañeros lejos de las mujeres y díjoles en medio de encolerizados reproches: “¡Desgraciados! ¿Nos tiene, acaso, alejados de la patria la sangre de un hermano? ¿O nos hemos venido desde allí hasta acá por estar faltos de bodas, insultando a las mujeres de nuestras ciudades? ¿Aquí nos plugo quedarnos a vivir y abrir surcos en la tierra fecunda de Lemnos? De seguro que encerrados tanto tiempo de este modo con mujeres extranjeras no seremos muy famosos, ni tampoco dios alguno irá a buscar y nos dará por nuestros ruegos un vellocino que se mueva por sí solo. Volvamos cada uno a lo suyo, y a él en la cama de Hipsípila dejadlo que se pase todo el día, hasta que pueble a Lemnos de varones con sus hijos y así alcance una gran fama”. Tales eran los reproches que al grupo lanzaba. Mas ninguno se atrevió en aquel momento a levantarle los ojos a la cara y replicarle, antes bien, sin más, disolviendo la asamblea, dispusiéronse a partir a toda prisa. Las mujeres al saberlo corrieron hacia ellos. Como en esos momentos en que zumban las abejas en torno a los lirios hermosos, saliendo de la piedra que les sirve de colmena; toda alrededor se llena de alegría una pradera cuajada de rocío, y ellas vuelan por doquier y recogen ora este, ora aquel fruto dulcísimo, de ese modo las mujeres derramábanse con ansia rodeando a los hombres con gemidos y hacíanles señales despidiendo a cada uno con su manos y sus voces, rogando a los dioses felices les otorgasen un regreso libre de desgracias. Así también Hipsípila rogó cogiéndole las manos al Esónida, y sus lágrimas corrieron por la falta del héroe que partía: “Vete, y que los dioses te devuelvan otra vez con tus compañeros sanos y salvos trayéndole al rey el vellocino de oro, así como deseas y te resulta querido. Esta isla, sin embargo, y el cetro de mi padre aquí estarán esperando, por si quieres llegarte otra vez hasta aquí cuando vuelvas de regreso algún día. Fácil sería para ti y bien podrías juntar una incontable multitud de otras ciudades. ¡Ah! Pero seguro que no es ese el plan que tú tendras, ni yo misma preveo que pueda al fin cumplirse. Acuérdate, eso sí, sin embargo, lo mismo cuando lejos estés ya de vuelta, de Hipsípila, pero déjanos una palabra de encargo que yo trataré de cumplir de buena gana, por si acaso los dioses me concedieran alumbrar algún hijo”.

Embargado por la emoción, contestóle a su vez el Esónida: “¡Hipsípila! ojalá todo este augurio feliz pudiera así cumplirse de parte de los dioses felices, pero tú ten

respecto a mí un corazón más generoso, que a mí me es más que suficiente, consintiéndolo Pelias, habitar en mi Patria. ¡Que sólo los dioses me libren de mis pruebas! Mas si está para mí predestinado que no vuelva a la tierra de Grecia navegando tan lejos de la patria, y tú alumbras un hijo varón, envíalo en su juventud a Yolco, en la Pelásgide, que sea consuelo en la aflicción de mi padre y de mi madre, si es que acaso aún vivos los encuentra, y a fin de que lejos del rey se vean atendidos al calor del hogar en su casa”.

Así dijo, y embarcó el primero en la nave. Del mismo modo también embarcaron los héroes restantes. Cogieron los remos con las manos tras sentarse uno tras otro; Argos les desató las amarras de la roca bañada por el mar, y ellos entonces golpearon el agua fuertemente con los remos alargados. Ya de noche, siguiendo los mandatos de Orfeo (...)

#### Texto 4: Sucesos en la Cólquide (Val. Fl., VII)

##### Libro VII.

También a ti, virginal joven, la lenta llegada del atardecer te separa del huésped tesalio y tu alegría va desapareciendo al caer la noche trayendo consigo preocupaciones para un solo enamorado. Pues tan pronto como con pasos vacilantes, ya en el último umbral de su aposento, llegó triste al lecho y en la oscuridad se llenó de excitación su mente, comenzó entonces, sin poder dormir, a dar vueltas a toda clase de lamentos sin saber de qué mal se consumía. Finalmente se atrevió a admitir la verdadera causa y en medio del dolor se expresó en estos términos: “¿Por qué contratiempo o por qué error estoy sin poder dormir cuando yo así lo he querido? En verdad no eran así mis noches antes de conocerte, valerosísimo joven. ¿Por qué te recuerdo una y otra vez, insensata de mí, cuando un mar tan grande nos separa? ¿Por qué mi corazón se ha prendado sólo de un extranjero? Que coja ya el vellocino de su pariente Frixo que es lo único que busca y el único motivo de toda esta empresa. Pues, ¿cuándo volverá él a ver este lugar?, o ¿cuándo va a ir mi padre hasta las ciudades hemonias? Dichosos los que osaron hacerse a la mar sin temer tan largo viaje y acompañaron hasta aquí a un héroe como éste: pero por ser así, que pueda marcharse”.

Mientras se mueve desasosegada dando vueltas en todo el lecho ve que el umbral de la puerta se va clareando con la llegada del alba. Y la luz del día dio nuevas fuerzas también al enamorado insomne, no menos que cuando la ligera lluvia levanta las lánguidas espigas y una agradable brisa llega a los remeros cuando ya están cansados.

Pero la preocupación por tan largo viaje hace recapacitar a los Minias, y en el momento mismo de la alegría y de obtener la recompensa en vano se dirigen al rey. Además, Jasón, permitiéndole que cumpla primero con sus obligaciones para con los dioses y prenda fuego al botín cogido al enemigo, da unos pasos hacia adelante y mira a lo lejos por si el vellocino de oro y el vestíbulo empezaban a resplandecer porque el rey le trajera el vellocino para entregárselo.

El monarca sin embargo cuando ve que Jasón, a juzgar por la expresión de su rostro, está a punto de decirle algo, se le anticipa y rompiendo el silencio espeta en la mismísima cara del héroe estas palabras llenas de ira: “Habiendo por medio tan grandes mares, ¿que locura os ha traído a estas tierras a vosotros, hijos de otro mundo y que tenéis ya vuestros reinos y vuestras propias costas? ¿O qué deseo tan grande tenéis de lo que me pertenece? ¡Tú, Frixo, yerno mío, tú eres la causa primera de mis males! ¡Tú que no desapareciste bajo el mismo mar que tu hermana! ¡Qué feliz sería si no hubiese conocido a nadie de los llamados griegos! ¿Quién es el rey Pelias, quién Tesalo, o quién Grecia? ¿Qué raza de hombres tengo ante mis ojos? ¿O dónde están las Rocas Cianeas? Lo único que veo delante de mí es un extranjero que ha llegado a las costas escitas. ¿Con cincuenta proscritos (¡qué vergüenza!) habrá podido Jasón penetrar en Asia? ¿Una nave, una única nave, se ha reído de este modo de mí más que de nadie para llevarse los despojos de un rey mientras está vivo? ¿Y va a obligarme a que se los ofrezca yo mismo y lo deje entrar en mis bosques y hacerse acreedor a tal dignidad sin vencer antes en ninguna guerra? Pirata, ¿por que no te viene en gana robar de todos los templos los objetos sagrados y arrancarnos del pecho a nuestras mismas hijas? ¿Debo pensar que vosotros tenéis un hogar y unos padres, vosotros a los que una sola nave y una cruel tempestad os ha mantenido a salvo con pillajes inenarrables y que, dando crédito a lo que nos habéis contado, vuestro propio rey os echó a la mar y os prohibió retornar? ¿Tal vez para apoderarse del oro del carnero eolio? Antes se hará a la mar el Cáucaso con todos sus árboles convertidos en barcos y volverá a traer sobre las aguas del mar los despojos hemonios. O antes veré retornar viva del mar a Hele, cuya imagen, adornada con fúnebres guirnaldas, yo mismo ordené levantar. Ahora bien, si persistes en no marcharte de estas tierras porque te preocupa el bochorno de volver de vacío y si se esconde alguna otra cosa en esa nave, no seré yo quien le dé largas a lo que pedís; pero antes has de realizar lo que te ordene.

“Delante de la ciudad, y baldío desde hace muchos años, se encuentra el Campo de Marte, también unos toros fogosos, remolones a veces en reconocerme incluso a mí cuando tiraban de la reja del arado bien hincada en el suelo. Éstos se han ido haciendo cada vez más indómitos y salvajes debido a mi vejez y una llama mas grande de lo habitual sale rugiendo por sus bocas. Secunda mi gloria, valiente extranjero, y vuelve a cultivar nuestros campos. No te van a faltar la simiente con que

yo mismo sembraba antes, ni las cosechas a las que yo era el único en enfrentarme: te doy una sola noche para que te lo pienses, medítate bien mis órdenes incluso con tus dioses; y si hay algo en ese casco de madera, vendrás al campo a realizar el trabajo del que te he hablado. Yo mismo por el momento no estoy seguro de si preferiría que estuvieses permanentemente envuelto en aquellas llamas y oscuridad, o por el contrario, que sufrieras un poco hasta que esparcieras la simiente en el campo tras haberlo arado, y surgieran de los dientes de la hidra de Cadmo soldados y brotasen del barbecho jóvenes armados”.

Su hija quedó perpleja al oír las palabras del cruel tirano y pálida dirigió su mirada hacia el joven; un profundo temor la embargaba: temía que el extranjero, sin saberlo, osase intentarlo y creyera que podía hacerlo. También él había quedado horriblemente sobrecogido y permanecía inmóvil incubando una cólera siniestra. No queda así de estupefacto el capitán de un barco tirreno o jonio que, cuando ve ya próximas tus aguas, Tiber, y la luz nítida de un faro en el cielo sereno, de repente es llevado lejos y ya no ve en parte alguna ni los puertos ni las tierras ausonias, sino que las temibles Sirtes están cada vez más cerca.

Recapacita entonces la respuesta que ha de dar al infame tirano y finalmente, tras medir bien sus palabras, le dice: “No fue éste el pago, Eetes, no fue ésta la esperanza que tú ofreciste a los Minias cuando ante tus murallas vestimos los primeros las armas. ¿Adónde ha ido a parar tu credibilidad? ¿Qué engaños hay detrás de vuestras órdenes? He aquí que estoy viendo un nuevo Pelias y de nuevo otros mares. ¡Ea!, tiranos todos, venid y descargad vuestro odio y poder sobre esta cabeza; nunca me han de faltar fuerzas ni confianza; estoy acostumbrado a padecer órdenes y a no ceder ante las dificultades. Sólo pido una cosa: si a mí esa famosa cosecha me abate con sus lanzas, o si mañana el fuego de esas bocas haciéndome frente me consume, que sea enviado desde aquí un mensajero comunicando a los oídos del cruel Pelias que aquí perecieron mis héroes y que yo pude haber vuelto a mi patria si vuestra lealtad hubiese valido algo”.

Con estas palabras deja atónitos al padre y a la hija y sale a toda prisa del pérfido palacio. Pero la joven Medea, temblorosa y abandonada entre sus padres, guarda silencio; y no pudo mantener por algún tiempo sus ojos clavados en el suelo sin dejar de girar su cara, sino que, llena de tristeza, volvió a mirar de nuevo las puertas y todavía pudo ver a Jasón en el momento mismo que salía. Entonces, ¡ay!, en el momento de partir el extranjero, a la desdichada enamorada le pareció aun mas hermoso; tal era el porte y la figura que dejaba tras él.

De buena gana hubiese salido un poco del vestíbulo y del palacio mismo, pero contiene el impulso de sus pasos sin cruzar el umbral. De igual manera que lo cuando andaba errante se da cuenta de que por fin pisa arena, pero no se atreve a caminar, y

tan pronto echa el pie hacia adelante como lo recoge, lo, a la que una Erinia obligó a cruzar un mar agitado y las madres de Faros la llaman al otro lado del mar, así también deambula Medea y se asoma por las puertas abiertas por si tal vez su padre, con mejor talante, hace volver a los Minias.

Buscando en vano la presencia del extranjero, tan pronto se queda triste, totalmente abatida, en su dormitorio, como viene al regazo de su hermana y vuelve a marcharse, pues, aun deseando hablar, guarda silencio. Regresando de nuevo, trata de saber cómo el extranjero Frixo llegó hasta las costas de Oriente y cómo unas serpientes aladas raptaron a Circe. Entonces la muy desdichada disfruta de la presencia de sus compañeras, pero no puede quedar satisfecha y de repente se agarra a sus padres con ternura besuqueando la diestra de su progenitor. Como una perrita faldera acostumbrada a los cojines y a la mesa de su amo cuando, débil por un nuevo mal y la rabia próxima, antes de huir va recorriendo toda la casa gimoteando.

Finalmente con un enfado todavía ligero se lanza reproches a sí misma de esta manera: “Insensata, continúa todavía atormentándote su recuerdo y la suerte que ha de correr, él que tal vez esté ya en altamar huyendo a bordo de su nave y que ni siquiera llevará mi nombre a las ciudades de su patria. ¿Por qué me preocupo tanto de él, si va a superar las pruebas o sucumbir y si Grecia se verá consternada con tan gran dolor? Al menos, si le ha llegado la hora, mejor ha sido ir obligado a un rey desconocido. ¡Ojalá que no se detuviera en esta ciudad! Pues se dice que desciende de la misma sangre divina que nuestro Frixo y yo misma he visto cómo lamentaba la suerte de mi hermana; dice además, pobre de él, que le ordenaron ir por estos mares. Pero que pueda regresar como sea y que nunca sepa que yo hago estas plegarias, y que no odie él a mi padre”.

Esto dijo, y cansada se tumbó sobre el lecho por si el reconfortante descanso acudía a su cuerpo; pero no fue así, sino que el mismo sueño la turba causándole mayor inquietud aún: por un lado está el extranjero implorando su ayuda, por el otro su padre. Víctima de un nuevo temor se despierta sobresaltada en el lecho; reconoce a sus sirvientas y a sus queridos penates, raptada poco antes sobre las ciudades tesalias; como cuando Orestes, transformado por las Furias y ciegos temores, coge la espada y da muerte a los soldados de su cruel madre. Las serpientes y también la ira del flagelo de horrendo sonido lo atormentan y de nuevo cree en su fantasía que es perseguido por las Furias a causa de la muerte de la incestuosa Laconia, y cansado retorna de la imaginaria matanza de diosas cobijándose en el regazo de su desgraciada hermana.

Cuando Juno ve a Medea inmersa en vanas preocupaciones y sin someterse aún completamente a la fuerza de la pasión, ya no adopta por más tiempo el aspecto y la voz de Calcíope. Y puesto que su pasión va decayendo y su voluntad resistente al mal

está mas proxima al pudor, se eleva a las tenues regiones celestes y busca a Venus por el rubicundo Olimpo. "No se me olvida que tú has compartido conmigo esta empresa; pero la joven permanece demasiado firme y otra vez airada y furiosa está dolida; incluso se ha ido de mi lado sin dejarse engañar. Te pido, pues, que vayas tú y hagas triunfar ese amor del que se ha burlado a costa mía para que finalmente se atreva a salir sin recato alguno de la casa de sus padres y libre a mi Esónida de todo percance. Más aún, que también engañe y adormezca, valiéndose del mayor veneno en que ella confía, la serpiente aquella que permanece en guardia todas las noches y que ocupa todo su bosque y el vellocino de oro (velo allí) enroscada con sus anillos. Ésta es tu misión: el resto corre de cuenta de las Furias y de ella misma".

Por su parte la Madre de los alados Amores le responde de este modo: "No te dejé sola cuando intentaste cambiar los primeros sentimientos de la joven y tantear su ánimo con una turbación que ella desconocía hasta ese momento; más aún, sólo a ti te entregué sin dilacion mi cinturón gracias al cual ella comenzó a vacilar y ceder. Pero esto no basta, es preciso que yo misma intervenga puesto que todos los corazones que titubean y el pudor cuando vacila precisan de mi presencia: voy a hacer que ella misma busque la unión con el caudillo hemonio y no quiera demora alguna. Tú procura que venga cuanto antes al santuario de Diana, la de brillante luz, donde acostumbra la joven encender las sagradas antorchas y seguir a su señora acompañada de sus iguales. No tengas miedo ahora de Hécate, ni temas que vaya a oponerse a mis proyectos. Es más, deseo que colabore: enseguida se despertará en ella el amor y la obligaré a amansar con su triple canto los fogosos toros y a que consienta el abrazo de Jasón".

Juno ve a la voladora Iris y le ordena obedecer inmediatamente el encargo de Dione y llevar al joven Esónida al bosque antes mencionado. Al punto llega Iris junto a los Minias y Venus junto a Medea; Juno volvió a situarse en la cima del Cáucaso, bien atenta, poniendo sus ojos en las murallas de Eea con esperanza y a la vez con temor, sin saber todavía lo que iba a pasar.

Apenas divisó Venus desde su escondite el perfil de la ciudad, una nueva inquietud comenzó a fraguarse en el ánimo de la joven. Se incrementa su pasión y bullen otra vez los lamentos. De nuevo, pues, fluctuando en los más variados sentimientos hacia el extranjero, se entristece, y en vano dirige estas palabras al ausente: "¡Ay si pudiera ahora tu madre y tu esposa, en caso de que la tengas, ayudarte con los venenos tesalios! ¿Qué puede hacer una joven doncella sino llorar tu infortunio? ¡Ay de mí! Que no me vea obligada también a contemplar tu suerte final y correr la misma suerte que mi desgraciada hermana. Ahora él piensa que nadie se preocupa de su suerte y nadie piensa en él, y puesto que a todos odia, a mí también. Pero si alguna vez tengo ocasión de hacerlo, las cenizas que reposarán finalmente en estos crueles campos y los huesos que no hayan sido maltratados por los toros y el

fuego voraz, los reuniré y les daré sepultura. Entonces me será lícito amar sus despojos y pagar mi deuda a su sepulcro".

Esto dijo. Y he aquí que Venus de pronto se sentó sobre su lecho, cambiado que hubo su aspecto de diosa y adoptando la figura de Circe, la Titánida, con sus bordados vestidos y su vara mágica. Medea, como quien es engañada por la imagen de un sueño perezoso, mantiene sus ojos perplejos y poco a poco va creyendo que es la ilustre hermana de su padre; llena de alegría entonces, entre sollozos, da un salto y besa con toda espontaneidad a la cruel diosa dirigiéndole estas palabras: "Por fin, aunque tarde, por fin vuelves, cruel Circe, a los tuyos. ¿Qué razón te hizo huir de aquí en un carro de aladas serpientes? ¿Qué estancia te ha resultado más grata que la tierra de tus padres? Una nave tesalia ha llegado hasta el Fasis y el infeliz Jasón ha venido inútilmente por tantos mares antes que a ti te haya movido la añoranza de tu patria".

Entonces Venus la interrumpe y le replica: "Tú eres ahora la única causa de mi regreso; vengo sabedora ya hace tiempo de tu juventud; ahórrate las quejas y no me reproches que yo haya seguido mejor suerte. En verdad (para hacer una valoración exacta de los dones de los dioses), sábetes que este mundo es común a todos los seres vivos y comunes también los dioses. Por lo tanto, has de llamar patria todo lo que el sol recorre desde su salida hasta el ocaso y no nos obligues a estar encerradas siempre, querida hija, exclusivamente en esta fría región. Me está legalmente permitido, y también a ti, dejar a estos colcos nada cómodos. Ahora yo soy la esposa real del ausonio Pico y allí no me causan ningún temor los campos con flamígeros toros; es más, estás viendo en mí a la señora del mar de Toscana.

"En cuanto a ti, desdichada, ¿qué clase de pretendientes son para ti los Saurómatas? ¿De qué Híbero (¡ay de mí!) o de qué fiero Gelono vas a ser esposa, y además no única?"

Al punto Medea desdeña las palabras de la diosa: "No soy tan desmemoriada, le dice, como para, olvidándome de la gran Perseida, irme a casar, infeliz, con ese tipo de gente. Por lo tanto, no temas por mí. Pero, puesto que puedes, líbrame de estas preocupaciones que me acarrear miedo y turbación, madre, y una fiera pasión que vengo padeciendo desde hace tiempo en mi mente perpleja. No hay descanso para mi ánimo, ni puedo dormir, mi lengua está seca. Por todo ello, vuelve a dar descanso a mis males, tranquiliza mi mente, devuélveme el día y la noche con esa vara mágica, haz que pueda dormir y dar descanso a mis ojos. Tú también, madre, en nada me ayudas; antes, yo sola, fui más valiente. Veo un tálamo nupcial envuelto en tristeza y que todo me resulta hostil, a ti misma se te erizan las serpientes del cabello".

Esto dice Medea, y cobijándose en el seno de la cruel Venus rompe a llorar dando rienda suelta a la pasión escondida en la médula de sus huesos y al fuego de lo

más profundo de su corazón. La rodea Venus con sus brazos y llenándola de besos turbadores le insufla amor mezclado con odio.

Mientras la va captando con variada conversación y la mantiene pensando en otras cosas, le dice: "Escucha esto y levanta tus mejillas", y prosigue después entre lágrimas: "Cuando hace poco venía volando hacia ti desde las costas de Hesperia, por azar distingo una nave a punto de zarpar del borde de la costa, una nave tal que mi isla, que detiene hasta ahora a todos los navegantes, nunca querría dejar zarpar de su puerto. Allí, uno que a mí me pareció más hermoso que los otros (hasta yo misma de lejos estaba admirando al capitán) se me acerca y, pensando que yo era una de tus compañeras, me dice: "Si tienes algún respeto a quien ha de morir pronto y que ves que va a enfrentarse a unos horrores totalmente inmerecidos, te suplico que hagas llegar esto a oídos de tu virginal señora y le muestres mi pesar; a ella dirijo estas palabras por el medio que se me da y desde la costa le tiendo mis manos suplicantes de la manera que puedo. Las mismas diosas que traje conmigo arrojando mil peligros ahora me han dado la espalda; sólo me queda una esperanza y una forma de salvarme, la que ella pueda darme, si es que me la da. Que no desoiga mis súplicas; dile, te lo ruego, que preste su ayuda a unos hombres tales cuales jamás habrá de ver, y que preserve estos nombres. ¡Ay de mí, porque aquí no puedo pagarle su gratitud! Sin embargo, que sepa que este cuerpo salvado de una cruel muerte y esta alma son tuyas. ¿Tendrá compasión, pues? Dile -añade- o mejor..." Y estaba dispuesto a arrojarse sobre su espada desnuda. Se lo prometí; por favor, no le falles. Y aunque yo misma quedé conmovida por las palabras y la suerte del héroe, accedí mejor a hacerte oír sus súplicas; tú eres más merecedora de una nueva gloria, de un digno suplicante; yo ya he conseguido suficiente fama con mis venenos. Si antes Hipodamía coadyuvó en la dura prueba de Pélope y mientras contemplaba las cabezas de tantos pretendientes expuestas al público sintió finalmente el horror del eje del carro de su padre, si la misma hija de Minos entregó a su hermano a la muerte, ¿por qué no va a ser lícito que también tú socorras a tan dignos extranjeros y ordenes que los campos de Eea se vuelvan más apacibles? Que la simiente de Cadmo se sumerja por fin en una muerte eterna y con ella los toros que resoplan fuego cuando hayan visto al extranjero".

Desde hacía tiempo había vuelto Medea los ojos con expresión amenazadora conteniendo a duras penas el ánimo y las manos, como que estaba a punto de lanzarse a la cara de la diosa que le hablaba; con tanta ira se acalora el pudor. Y ya la infeliz hunde en el lecho sus oídos atónitos guardándose de lo que oye; el horror había penetrado en sus frágiles miembros. Atrapada, no ve dónde poder huir ni a qué lugar escapar; desea de buen grado que la tierra se hunda y se la trague y verse así libre de aquellas espantosas palabras.

Venus ordena que le siga y la espera en la misma puerta. Como cuando Baco lleno de cólera abandona a Penteo en el atrio de Equión con sus ínfulas manchadas por el sudor de los cuernos, cuando estaba él poseído del dios, y desdichado coge el pudoroso vestido de su madre, el timbal y el tirso; no de otro modo al quedar sola Medea se llena de miedo y mira a su alrededor por todas partes negándose a salir de su aposento.

Pero le angustian una cruel pasión y Jasón que va a morir; además se avivan en su corazón las palabras que acaba de oír a la diosa. ¿Qué hacer, pues? Ella se ve engañando cruelmente a su padre por un extranjero, ella misma prevé la fama de sus crímenes; a base de lamentos atosiga a los dioses del cielo y al Tártaro; golpea el suelo y con las manos crispadas murmura invocando a Dite y a la Reina de la Noche, por si finalmente quieren socorrerle con la muerte y a la vez enviar también a la muerte a aquél por cuyo amor enloquece; ahora, furiosísima, increpa al ausente Pelias por descargar tanta ira sobre el joven héroe. Tan pronto está decidida a hacer valer sus artes en favor del desdichado extranjero como rehúsa hacerlo y decide que es mejor perecer con él; proclama que jamás cederá a un amor tan vergonzoso ni prestará ayuda ni colaboración a un desconocido. Permanece tendida en el lecho, cuando de nuevo le pareció que la llamaban al crujir las puertas girando sobre sus goznes. Por fin, cuando se da cuenta de que es vencida por no sé qué fuerza divina y desaparece el recato al que antes la obligaba el pudor, se dirige a lo más recóndito de su estancia buscando la mayor ayuda posible de cuantas conoce para socorrer al capitán de la nave hemonia. Y así que se abrieron los aposentos exhalando a lo lejos mágicos venenos y las siniestras puertas dejaron ver todo lo que ella había sacado del mar y de los sepulcros y lo que había arrancado de la sangrienta cara de la luna, se dice a sí misma: "¿Vas a seguir o tolerarás algo deshonesto cuando tienes tantas muertes y tantos medios para escapar con rapidez de una acción tan execrable?" Y en diciendo esto busca con la mirada, inútilmente, el más rápido de los venenos; vacila y hace acopio de todo su ardor dispuesta a morir.

¡Oh luz del día demasiado hermosa, y sobre todo en el momento de la muerte! Se detuvo y sintió espanto de su propia ofuscación. "¿Vas a morir, ay, en la flor de la juventud (¿tienes valor?) se dice y no vas a ver las alegrías de la vida y la juventud, ni el tierno crecer de tu hermano? ¿No ves, cruel, que también éste, Jasón, siendo como es, va a morir con tu muerte? Él, que ahora sólo habla de ti, y te llama, y al que yo ví la primera en nuestra costa. ¿Por qué quisiste, padre mío, sellar con él una falsa alianza entonces y no lo entregaste desde el primer momento a los toros salvajes? Yo misma también entonces, lo confieso, quería eso mismo. Querida Circe, hija de Titán, pongo por testigo tus palabras, te sigo a donde tú me lleves; tus consejos de persona mayor me abruma y como menor cedo ante ellos".

Cuando dijo esto vuelve nuevamente a poner toda su atención y temores en el joven hemonio; sólo por él siente deseos de vivir o morir, desee lo que desee invoca los más poderosos encantos y pide a Hécate que le dé mas fuerzas, pues no estaba satisfecha con los venenos que conocía.

Se ciñe después la cintura y toma la flor en cuyos poderes más confiaba, la flor y las hierbas alimentadas con la sangre de Prometeo y los vientos del Cáucaso, que aquella sagrada sangre las hace crecer y mantenerse entre las nieves y las duras escarchas cuando el buitre, tras haber devorado las entrañas de Prometeo, se eleva sobre las rocas y gotea por su pico abierto.

Esta flor no languidece ni siquiera con el transcurrir de una larga vida, permanece siempre fresca, resiste incluso el rayo y echa hojas en medio de las llamas. Hécate fue la primera que tomando una hoz endurecida en las fuentes estigias cortó sus robustos tallos de las rocas; después se la mostró a su sierva y ésta el décimo día de cada mes tras la Luna Nueva recoge la cosecha del monte dañando con saña los restos todos de una sangre divina. En vano gime él nada más ver la cara de la joven cólquida; el dolor le hace contraer sus miembros en todo el monte y hasta las cadenas tiemblan todas ellas bajo el golpe de la hoz.

Con venenos tales la desdichada se arma contra su patria y camina temblorosa en las tinieblas de la noche. Venus le tiende su mano, le habla con suaves palabras, y caminando a su lado la lleva por la ciudad. Cual madre temblorosa que saca a volar por vez primera desde un elevado nido sus tiernos polluelos y les dice que la sigan remontando el vuelo con sus pequeñas alas, el destello del azulado cielo los hace temblar enseguida y piden regresar ya y volver a su árbol, no de otro modo desfallece Medea al caminar entre los muros de la ciudad a oscuras, asustada por el silencio de las casas. Se detuvo entonces en el umbral de la última puerta en vano y de nuevo asoman las lágrimas y se le desgarran el alma. Volvió los ojos hacia la diosa y se detuvo un instante murmurando estas palabras: "¿Es cierto que él me llama?, ¿me implora?, ¿no se esconde aquí algún error?, ¿no se deshonra mi pudor?, ¿no es amor?, ¿no es vergonzoso ceder ante un hombre que suplica?" La diosa no le contesta, sino que interrumpe sus vanas palabras.

Y ya la joven colquidia había comenzado a caminar en medio del denso silencio al son de mágicos conjuros, las divinidades del monte a ocultar sus rostros y los ríos con sus colinas a cambiar de sitio; ya un temblor recorría establos y rebaños y las tumbas se llenaban de tumulto. La noche misma se sobrecoge avanzando más lentamente con su densa sombra; incluso Venus, temblorosa, la sigue de lejos.

Cuando llegaron a la frondosa espesura bajo la sombra de la diosa de tres caras, aquí, de repente, ante sus propios ojos, sin que lo esperaran, apareció radiante Jasón;

y lo vio primero la joven totalmente aturdida. Entonces la Taumantia partió veloz agitando sus alas y Venus se soltó de la mano de Medea.

No de otro modo que bien entrada la noche el pánico se apodera de pastores y rebaños, o cuales sombras ciegas y silenciosas se encuentran en la profundidad del Caos, así, en medio de las tinieblas de la noche y del bosque, se encontraron ambos, y caminaban juntos semejantes a silenciosos abetos o rígidos cipreses cuyas ramas aún no ha juntado el huracanado Austro.

Como quiera que uno y otra permanecían inmóviles en silencio mientras la noche seguía su curso, Medea deseaba ardientemente que el Esónida levantara la vista y fuera el primero en hablar. Cuando el héroe la vio temblar de miedo entre lágrimas con las mejillas sonrojadas de un pudor lastimero, rompió por fin el silencio y consoló a la joven enamorada: "¿Traes alguna esperanza de salvación? -le dice-. ¿Vienes a lamentar mi desgracia? O por el contrario, ¿también tú te alegras de mi muerte? No te comportes, te lo suplico, como tu infame padre, la falta de compasión no dice bien de un semblante como el tuyo. ¿Por ventura conviene ahora conceder este favor y esta ayuda tan ansiada? ¿Es lícito, joven, que yo me marche estando tú presente? Presta oídos a mis justas quejas.

"¿Por qué quiere tu padre que me enfrente a tan grandes monstruos (¿qué he merecido?) o qué deuda debo pagar yo ahora? ¿Acaso porque yace muerto mi Canto por una lanza extranjera? ¿O es tal vez porque mi Ifis cayó combatiendo delante de vuestros muros? ¿O es porque ha caído tan gran número de escitas? Ojalá el muy pérfido hubiese ordenado que yo me marchara y abandonara su reino nada más llegar.

"Ya ves por medio de qué peligros y bajo qué condiciones va a darme lo que me prometió. Puedo morir y esto es lo que he decidido antes queirme sin afrontar las órdenes de tu padre cualesquiera que sean; jamás regresaré de aquí sin el vellocino y no has de ser tú la primera que me vea como un hombre indigno".

Esto dice. Temblorosa ella, al observar que la boca del suplicante héroe guardaba silencio y esperaba una respuesta, no ve cómo empezar, ni en que orden, ni hasta dónde seguir, sino que el pudor no le deja proferir siquiera las primeras palabras, llena de temor como está.

Se queda dudando y por fin, levantando los ojos, responde: "¿Por qué has venido, tesalio, a nuestras tierras? Responde, por favor, ¿a qué se debe tu confianza en mí?, ¿por que no afrontaste tantos riesgos confiando exclusivamente en tu valor? En realidad si yo hubiese tenido miedo a salir del palacio de mi padre, habrías muerto y ya sólo aguardaría a este alma la parte triste del funeral. ¿Dónde está ahora Juno, dónde la virginal Tritonia, puesto que en una situación tan comprometida yo soy la única que está presente, yo, la princesa de un pueblo extranjero? Tú mismo te lo preguntas con extrañeza, creo yo, y ni siquiera las selvas le dan respuesta a la hija de

Eetes. Pero soy presa de tu destino; acepta el favor que ahora te ofrezco; y si de nuevo Pelias tiene intención de acabar contigo y te envía a otros riesgos y a otras ciudades, ¡ay!, no confíes en tu belleza”.

Había empezado ya a sacar de su regazo las hierbas del Titánida y los poderes de Hécate cuando de nuevo se dirige a Jasón con estas palabras: “Si tienes alguna esperanza en esos dioses tuyos y tu valor te puede hacer salir de la suerte presente, también ahora te pido, extranjero, que me dejes y me devuelvas sin daño al lado de mi desdichado padre”.

Así dijo, y al punto (pues ya declinaban las estrellas y el Boyero había girado en la punta del cielo) con un gemido y abundante llanto le ofreció al joven el veneno como si con él le ofreciera su patria, su fama y su decoro. Lo toma él en sus manos y se apodera de toda su fuerza.

A continuación, una vez que tuvo conciencia de su culpabilidad y que ya no podía dar marcha atrás, se borró de sus mejillas el pudor y quedó toda ella poseída de las Erinias; llena de hechizos todos los miembros del Esónida, da siete vueltas en torno al escudo recitando su encantamiento y transforma la lanza del héroe en más mortífera; y ya el fuego que sale de los toros se hace más tenue. “Ahora toma también, le dice, este yelmo y el escudo que hasta hace poco tuvo la Discordia en su funesta diestra. Arrójalo entre las mieses que nazcan cuando hayas arado el campo; al punto toda la falange peleará entre sí enfurecida, y mi padre quedará asombrado y tal vez ponga su mirada en mí”.

Después de hablar así, cada vez más y más iba poniendo su pensamiento en los profundos mares y se imaginaba a los Minias desplegando velas sin ella. Sacudida entonces de un agudo dolor cogió a Jasón por la mano y en actitud humilde le dice: “Acuérdate de mí, te lo suplico; yo por mi parte te tendré siempre presente en mi memoria, créeme. Cuando te marches de aquí dime, por favor, qué lado del cielo debo mirar; pero también tú preocúpate de mí allí donde te encuentres y en cualquier momento de tu vida; procura acordarte de cómo estás ahora y confiesa que soy yo quien te hice este favor. Y no te avergüences de haberte salvado gracias a las artes de una joven. ¡Ay de mí! ¿Por qué tus ojos no derraman siquiera una lágrima? ¿Acaso ocultas que me espera después la muerte a manos de la ira bien merecida de mi padre? A ti te esperan el reino feliz de tu pueblo, tu esposa y tus hijos; yo en cambio pereceré por haber cometido traición. Pero no lo lamento, incluso moriré de buen grado por haberte ayudado”.

Inmediatamente le responde el extranjero (pues con mágicos hechizos lo había hecho cambiar y le había insuflado un amor semejante): “¿Crees acaso que el Esónida quiere algo si no estás tú a su lado y que puede sobrellevar un lugar sin ti? Mejor será que me entregues al tirano y vuelvas a coger y llevarte estos ingratos

hechizos. ¿Qué ganas me quedan ya de vivir? ¿Por qué voy a desear mejor la patria si mi padre Esón no es el primero en darte un abrazo y si toda Grecia, feliz, no aguarda verte resplandeciente de lejos con tu vellocino y reunirse contigo al borde mismo del mar? Considera bien estas palabras y ya como esposa dame tu asentimiento. Por ti que eres más poderosa que los dioses del cielo y del infierno, por estas estrellas que obedecen a tu señal, por estas horas críticas que pasamos, te lo juro: Si alguna vez me olvido de esta noche y de tu ayuda, si alguna vez me adviertes que me olvido de que has abandonado trono, hogar y padres y que ya no observo estas promesas, entonces que no pueda escapar de los toros y de los fieros hijos de la tierra, que tu llama y tus artes me atormenten en mi propio hogar; que nadie pueda ayudarme por haber sido ingrato; y si hay algo aún más cruel que todo esto, añádelo y abandóname en medio del terror”.

Al tiempo que ella, también lo oyó la Erinia que siempre garantiza el castigo merecido por los perjuros y venga las quejas de los enamorados.

Cuando hubo dicho esto, persisten sin embargo uno y otro con la mirada en el suelo y ora levantan sus ojos alegres con juvenil audacia, hurtando otras tantas veces sus ojos de la dulce mirada del otro, ora el pudor angustioso les hace bajar la mirada y el silencio vuelve a sus labios. Pero al fin la joven se dirige a Jasón: “Escucha qué peligros te aguardan aún tras vencer a los toros y qué guardián te espera junto al vellocino eolio; todavía no he terminado mis promesas, te lo aseguro. En el enorme árbol consagrado a Marte queda, créeme, una prueba aún más dura, que... ojalá tengas tanta confianza en mí y en Hécate, la diosa de la noche y de nuestro poder”.

Dijo, y para enseñarle al héroe qué monstruos le aguardan, al punto provoca a una serpiente de enormes anillos que estaba dormida y súbitamente ataca la sombra del caudillo hemonio. La serpiente, cosa que nunca había hecho, se pone erguida y hace girar sus lenguas silbantes; enroscándose más tarde alarmada en torno al vellocino y tras quedar todo el árbol erizado con sus anillos, empieza después a buscar de un lado a otro, y con sus fauces abiertas se enfurece en el aire. “Que ruido es éste? Díme, joven, ¿a qué viene un estrépito tan grande?” Exclama el Esónida, frío de pánico, blandiendo su espada a pie firme.

Ella, riéndose, lo aparta y finalmente, una vez que hizo retroceder la serpiente, le dice: “Esta última prueba es la que te tiene reservada la ira de mi padre. ¡Ay, desdichado, condenado otra vez a tantos peligros! ¡Ojalá pueda verte subir al árbol rugoso de cerúleos anillos sin ningún contratiempo y pisar el cuerpo mismo del monstruo siempre en vela; después ya no me importa morir!” Y en habiendo dicho esto desapareció y volvió a la ciudad al amparo de las últimas sombras de la noche.

Con el despuntar del alba una vana esperanza había hecho salir al rey deseando saber cuánto mar había puesto por medio el Esónida en una sola noche, si ya estaba

libre la superficie del mar y todas las aguas en silencio como antes. Y cuando se dispone a comprobarlo viene a su encuentro el arcadio Equión diciéndole que Jasón se encuentra ya en los campos circeos de Marte dispuesto a hacer frente a los toros de broncíneos cascos. "Acudo a vosotros porque así lo quiero", dijo el rey y la esperanza le dio alas. "Vosotros, toros, aradme ahora por vez primera el campo en llamas, respirad ahora y soltad todos vuestros regüellos. Que brote la mies que el agricultor hemonio no olvidará jamás; y tú, hija, dispón para tu padre en contra de los griegos el dragón que obedece tus órdenes. Que muera en presencia del vellocino mismo y que yo pueda ver sus propias espaldas impregnadas de sangre". Dice, y ordena dejar libre la llanura a los toros sueltos.

Unos sirvientes traen las enormes semillas, los dientes de Equión, otros cargan con el cruel arado de gran peso. Sin embargo, en el bando opuesto los jóvenes de Págasas acompañan a su magnánimo caudillo apiñados a su alrededor; todos después le dan las mayores palabras de aliento y se retiran lejos del terrorífico campo.

Había él detenido sus pasos y permanecía completamente solo de entre todo el grupo, cual pájaro abandonado por los últimos de su bando al que el día ya en su declive y las arenas del abrasador Austro, o al que subsistiendo en las cimas del Rifeo, la nieve y el estremecedor frío del cerúleo Bóreas separaron. Cuando de repente las lejanas aguas del atónito Fasis, los bosques del Cáucaso y la tierra toda de Eetes se llenaron de resplandor y los establos emitieron ardientes tinieblas. Y como cuando en ciertas ocasiones Júpiter Tonante arroja lleno de ira dos rayos iguales sobre los mortales, o cuando dos vientos se desencadenan a la par y escapan con fuerza, así salieron entonces los dos toros de su encierro y uno y otro furiosos exhalaban un descomunal torbellino de llamas que hace rodar negras olas de fuego.

Quedó horrorizada la tripulación de la nave Argo, quedó horrorizado el aguerrido Idas que bien poco antes había lamentado seguir con vida gracias a los hechizos de una mujer y miró despectivamente a la Cólquida. No pudo contenerse Jasón por más tiempo y se lanzó sobre ellos nada más verlos venir; blande su amenazador escudo y con la diestra, saliéndoles al paso, reta el fuego que pasa de lado. Cuando por fin se detuvo uno de los toros y giró la cabeza con ojos amenazadores, el que vio primero las armas de Jason frente a él, tras detenerse un momento, embiste de repente. No se lanzan así con tanta furia las olas del mar embravecido contra los escollos ni retroceden al romper. Por dos veces con sus resuellos de fuego carga contra el héroe y lo deja envuelto en una humareda; pero Medea no le permite respirar las llamas y el fuego se enfría al chocar con el escudo palideciendo las llamas nada más ver el veneno. Saca su diestra el Esónida y agarra los ardientes cuernos del toro; después, colgándose de él, lo sujeta con todas sus fuerzas. El animal, forcejeando con el héroe y también contigo, Medea, da sacudidas y sin que de nada le sirva lleva con todas sus fuerzas al que lo sujeta sobre los

cuernos. Finalmente, tras pararse, comienza a mugir con dificultad y a inclinar la cabeza con los cuernos cansados, abatido él. Jasón busca entonces con la mirada a sus compañeros pidiendo una gran cuerda, lo sujeta por la boca y unas veces lo arrastra y otras es arrastrado hasta que, apoyándose en la rodilla, lo vence y le obliga a poner bajo el yugo de bronce su tembloroso cuello.

Al otro toro entonces Medea alarmada lo desarma y se lo ofrece amansado, apenas embistiendo ya, y al acercarse a Jasón lo rodea de una espesa nube; fatigado el animal cae sobre su cabeza y su cuello por la misma fuerza de su peso y su bravura. Jasón entonces se lanza sobre él haciéndole frente y lo sujeta debajo cuando ya está agotado por sus propios resuellos.

Después que los unció al yugo y los sujetó al robusto arado, con la rodilla hace que se levanten y los agujonea con su lacerante pica, no de otro modo que cuando Lapita apareció en la cima del Osa y refrenó con bridas el primer relincho y la grupa del caballo recién salido de la tierra. Jasón, como si hendiera las llanuras libias y los feraces campos del fertilizante Nilo, así, a manos llenas, disfruta sembrando los campos y llena de guerra el terreno recién labrado.

Entonces, por vez primera, del arado mismo salió por tres veces el sonido de trompeta de Marte y por todo el surco se oyeron los cuernos de guerra; entonces se mueve el suelo que da paso a la guerra y a la vez nace y se cubre de armas la falange que surge por todo el campo. El héroe se apartó y se retiró un momento al lado de sus compañeros aguardando a ver dónde hacía brotar la tierra los primeros guerreros. Y tan pronto como vio que el suelo dejaba asomar los penachos de los yelmos y se movía al salir éstos, se lanza sobre ellos, y por la parte baja del cuello, sin que los hombros vieran aún la luz, con su espada, cual si de una hoz se tratara, cercena el tronco de los guerreros al ras mismo del suelo. La rutilante coraza de los que salen o las primeras manos que brotan de su madre (la tierra), también él las ataca antes de que ellas puedan hacerle frente. Y ante tantos millares y millares como nacen no se basta por sí solo más que el Tirintio cuando en la contienda con las huestes de la cruel hidra, ya cansado, pensó en el fuego de Palas.

De nuevo se vale de las artes de su aliada Cólquida y suelta los broches que le sujetan el yelmo por abajo; duda sin embargo y desea de buen grado hacer frente a toda la formación; pero no le da tiempo. Por todas partes cierran filas los hijos de la tierra a la llamada de las trompetas. Ya todos ponen sus ojos en el héroe y todas las armas vuelan sobre él. Pero entonces Medea, irritada por una situación tan injusta, arroja en medio de ellos el yelmo que poco antes había impregnado con veneno del Tártaro; hacia él apuntan entonces las armas.

Como cuando la ira de Cibeles, presa de aflicción, se desencadena sobre los frigios una vez por año, o como cuando Belona lacera a los eunucos de larga

cabellera, de igual modo Medea embrolla las cohortes airadas y hace combatir entre sí a los desdichados hermanos. Allí todos creen que es el Esónida a quien derriban, tal era la ira que todos abrigaban. Queda estupefacto Eetes y él mismo en su interior desea hacer volver a aquellos locos, pero ya todos yacían por tierra, que ni hubo primero para escapar ni último para quedarse: la tierra engulló el cadáver de sus propios hijos.

Inmediatamente el Esónida con sus armas ensangrentadas se introduce raudo en el río, cual entra Marte con sus caballos al regreso de la guerra de los Getas y calienta las aguas del Hebro cargándolas de sudor; o cual Cíclope cuando huye tizado de las cavernas y de las quemaduras del rutilante rayo y toma aliento en el mar de Sicilia. Regresa finalmente y abraza a sus compañeros que lo aclaman, sin dignarse ya volver a pedir lo prometido al mendaz rey; y ni aun en el caso que impusiera sobre sus hombros el vellocino, porque así lo pactó, querría volver a tener con él una pacífica amistad. Uno y otro se rejiraron violentamente, uno y otro amenazantes.

### Texto 5: Viaje de regreso a Iolco (*Argonáuticas órficas*, 1037 ss.)<sup>1</sup>

Oh soberano que reinas en Pito<sup>2</sup>, flechador, adivino, que obtuviste en suerte la parnasia roca de elevada cima, celebro con mis cantos tu valor. Por tu parte, ojalá me concedas noble fama. Envía a mi alma una voz veraz, para que yo proclame a los mortales dispersos un canto sonoro, de acuerdo con los mandatos de la Musa y la ayuda de mi sólida lira (...)

(...) Cuando penetraron en el interior de la nave, y, de ambos costados, cortaron las amarras de la orilla y, al impulso de los rápidos remos, recorrieron la mayor parte del río presurosamente, no nos dirigimos directamente al Ponto rico en peces, a través de la anchura desembocadura del río Fasis, sino que por error fuimos empujados muy atrás, remontando la corriente continuamente. Atrás les quedaban, a los atolondrados minias, las ciudades de los colcos, y una sombría obscuridad los envolvió.

De prisa corríamos sobre la corriente, con insensatez, por medio de una llanura, en torno a la cual habitan seres mortales: los gimnos, los buónomos y los rústicos arcies; la tribu de los cércetas y de los arrogantes sindos<sup>3</sup>, que se hallan en medio de los valles de los carandeos, junto a la cumbre del Cáucaso, a través del estrecho de

<sup>1</sup> Sigo la traducción de M. Periago Lorente, *Vida de Pitágoras. Argonáuticas órficas. Himnos órficos*, Gredos, Madrid, 1987. En la versión de los alumnos, sólo tienen el viaje de regreso, es decir desde vv. 1037 ss., pp. 132-147

<sup>2</sup> Nombre antiguo de Delfos.

<sup>3</sup> Pueblos desconocidos.

Eritia. Pero, cuando apareció por Oriente la aurora que alegra a los mortales, arribamos a una isla cubierta de hierba. Allí separan sus aguas, en cursos no navegables, el ancho Fasis y el Sarange de silenciosas aguas, al que el Meótide<sup>4</sup>, desbordándolo sobre la tierra, lo envía al mar con estruendo, a través de maleza pantanosa. Navegamos entonces, a remo, durante una noche y un día, y, en dos jornadas de tres cuartos de día, llegamos al Bósforo en medio de una laguna, en donde un Titán, ladrón de bueyes, antaño, subido en un robusto toro, trazó el paso del estanque. Y, por supuesto, penando durante todo el día con los remos, alcanzamos, en primer lugar, a los habitantes del Meótide, que visten delicadas túnicas, y después, al pueblo de los gelones, a las tribus inmensas de los cabellos largos, a los saurómatas, a los getas, a los gimneos, a los cécrifos, a los arimaspos, de mirar torvo, en cuya tierra razas muy desdichadas de pueblos habitan en torno a la laguna Meótide.

Pero, una vez que los inmortales nos impusieron esa amarga aflicción, atravesamos la extremidad del abismo de las aguas (en los bajíos de la orilla, la agitación que producen las aguas vomita una muerte perniciosa; resuena el inmenso bosque que se extiende desde los confines del Septentrión hasta el Océano); metida en estas aguas la Argo atravesó la embocadura. Fatigándonos durante nueve noches y nueve días, dejamos aquí y allá tribus de hombres crueles: la raza de los pactos, de los arctios, de los arrogantes lelios, y los escitas, armados de arco, fieles servidores de Ares; los antropófagos<sup>5</sup> tauros que ofrecen a Muniquí<sup>6</sup> víctimas que no sonríen y la crátera se empapa de sangre humana; y, más arriba, los hiperbóreos, los nómadas y el pueblo caspio.

Pero, cuando apareció la décima aurora que ilumina a los mortales, arribamos a los valles Ripeos<sup>7</sup> y desde allí, rápidamente, la Argo avanzó impulsando su carrera a través de un cauce estrecho, y cayó al océano que los mortales hiperbóreos llaman Ponto Cronio y Mar Muerto. Y no creíamos escapar ya a una muerte miserable, si Anceo no hubiera impulsado la nave, que se movía por una fuerza poderosa, a dirigirse a la orilla derecha, poniendo su confianza en el pulido timón, y la nave saltó, forzada por las dos manos. Pero, como estábamos dominados por la pesadez de los remos, y las manos ya no aguantaban, afligidos en su corazón, doblaron los codos y apoyaron su frente sobre ellos, tratando de secarse el sudor; y su corazón se consumía de hambre. Saltó Anceo y excitó a todos los héroes, exhortándolos con suaves palabras. Ellos, entonces, con cables que los enlazaban bien, superaron el bordo de la

<sup>4</sup> El lago Meótide; hoy, mar de Azof. A partir de aquí, la confusión del poeta con los lugares geográficos es enorme.

<sup>5</sup> Esta condición de los tauros la refiere también HERÓDOTO, IV 107.

<sup>6</sup> Otro nombre de Ártemis.

<sup>7</sup> En los montes Ripeos (o Rifeos), cadena montañosa imaginaria, en la región hiperbórea. Cf., entre otros, ARISTÓTELES, *M4W*. 1 13, 19.

nave y metieron sus delicados tobillos en el bajo fondo marino; acto seguido, Argos y Anceo, desde el extremo de la popa, ajustaron a los cables que los enlazaban una larga cuerda y la arrojaron para que sujetaran el cabo. Rápidamente, parte de los héroes, corriendo por la orilla, tiraban a prisa de ella, y la nave surcadora del ponto los seguía, trazando húmedos caminos entre los guijarros pulidos, pues a este mar no lo movía una sonora brisa, al impulso de corrientes de vientos mugidores, sino que yacía en silencio allí donde están las últimas aguas de la Osa Mayor y de Tetis.

Pero, cuando se presentó la sexta aurora que ilumina a los mortales, llegamos al pueblo próspero y rico de los macrobios que viven muchos años: doce millares de meses de cien años, en luna llena, al margen de toda calamidad; mas, tras haber completado el mes asignado por el destino, alcanzan, bajo el influjo de un dulce sueño, el término de la muerte. No les preocupa a éstos un método de vida ni los trabajos de los hombres; en medio de yerbales tascan plantas dulces como la miel, recogen bebida divina en el inmortal rocío y todos, por igual, traslucen una grata camaradería. Una dulce calma se manifiesta constantemente en sus cejas, en hijos y padres, y la sensatez de su mente se refleja en hacer buenas obras y en hablar con prudencia.

Dejamos atrás estas poblaciones, y hacia el mar nos encaminamos a pie. A continuación, impulsando nuestro ágil navío llegamos a los cimerios, que son los únicos, como se sabe, privados del resplandor del sol de estremecedor fuego, pues el monte Ripeo y el desfiladero de Calpis lo cierran al Levante, y se reclina el monstruoso Flegre<sup>8</sup> sobre el cielo de mediodía, echándoles su sombra de cerca; los puntiagudos Alpes ocultan a estos mortales la luz del atardecer, y la oscuridad se cierne sobre ellos sin cesar. Saliendo por allí llegamos a pie, a toda prisa, a un recodo áspero y a una costa sin vientos, donde, brotando en profundos remolinos, fluye el río Aqueronte<sup>9</sup> de aureas corrientes, a través de un helado paraje, esparciendo su agua semejante a la plata; un sombrío pantano la recibe. Y en las orillas del río, de cerca, se entrechocan con estrépito árboles poderosos a los que el fruto carga día y noche de una manera continua. En su entorno, la baja y rica en pastos Hermionia<sup>10</sup> se sustenta con sus murallas entre avenidas bien trazadas. Viven en ella las especies de hombres más justos para los que una sola nave es suficiente, cuando mueren, y las almas se trasladan al Aqueronte desde la cóncava nave. Cerca tienen ciudades, las

<sup>8</sup> Nombre antiguo de la península de Palene, próxima a Macedonia, lugar de residencia de los Gigantes, aunque puede tratarse también del nombre que se le dio a la llanura de Campania.

<sup>9</sup> El río infernal, por lo que más adelante refiere el poeta.

<sup>10</sup> Parece Orfeo tener aquí presente la Hermíone de la Argólide, donde los antiguos situaban una entrada del Hades. Hay una gran confusión, por parte del poeta, con los lugares por los que pasan los argonautas y una incoherencia continua, porque lo mismo se encuentran al Oeste (Alpes, p. ej.) que los sitúa al Este, como en el caso presente. Claro que también puede estar pensando en los hermiones, último pueblo germano, al Norte.

infranqueables puertas del Hades y el pueblo de los Sueños. Pero, cuando pasamos por la ciudad y las mansiones de estos pueblos, tras haber colmado, para nuestra desgracia, un pesado infortunio, vino entonces Anceo de la nave y ordenó a sus cansados compañeros que todos a la vez embarcaran de prisa y les habló con dulces palabras:

“Soportad, amigos, esta fatiga, pues no espero que se presente nada peor; en efecto, observo que ya se estremece un céfiro de potente soplo, y no es imprevisible que el agua del océano corra ruidosamente en la arena. Levantad, pues, rápidamente el mástil en su asiento, desliad las velas de sus cordajes; dejad caer los aparejos y atadlos bien, una vez que los hayáis echado a cada costado”.

Se esforzaron así en hacer cada una de estas operaciones, y de la cóncava nave, bramando, la encina de Tómaro, a la que, antaño, Palas había ajustado a las cuernas de la Argo, gritó. Y así habló (a todas las mentes les llegó el asombro):

“¡Ay de mí, debí perecer destrozada por las rocas Cianeas en el oleaje inhospitalario! ¡Ahora, ciertamente, no divulgaría una ignominia debida a la imprudencia de los reyes! Pues ahora la Erinis nos persigue sin cesar por la muerte de Apsirto, que es de su misma sangre, y el infortunio se complace en el infortunio. En efecto, en estos momentos me las veré con un mal penoso e inútil, si me acerco a las naves de la venganza, porque si, una vez que hayáis doblado el golfo, entre los promontorios sagrados, llegáis al interior de la tierra y el mar infatigable, al punto me iré en derrota por el Atlántico, por el exterior”.

Habiendo hablado así, contuvo su voz. Y en su interior, a los minias, como era de esperar, se les encogió su ánimo completamente, por temor a que fueran a tener una muerte lamentable por culpa de los amores de Jasón. Y muchas cosas meditaban en su mente, o bien le daban muerte y como pasto la arrojaban a los peces, a Medea de funesto lecho, y apartaban a la Erinis.... Así habría ocurrido, si el ilustre hijo de Esón no hubiera reflexionado con agudeza y, con súplicas, hubiera contenido la irritación de cada uno. Pero, puesto que habían escuchado el verídico oráculo de la Argo, se habían sentado rápidamente junto a los escálamos y cogían los remos. Y Anceo gobernaba el timón diestramente y pasó a lo largo de la isla de Yerne<sup>11</sup>. Y por detrás se presentó violentamente una sombría tempestad, atronadora, que hinchó las velas. La nave corría de prisa por las ondulantes aguas y nadie, de nuevo, esperaba respirar a salvo de la muerte, pues ya sobrevenía la duodécima aurora. Y ninguno hubiera sabido en dónde estábamos, si Linceo, en los confines de Océano de plácido curso, no hubiera divisado (pues veía de lejos) una isla cubierta de pinos y el espacioso palacio de la soberana Deméter, al que coronaba una enorme nube.

<sup>11</sup> Hibernia, la Irlanda actual.

De este tema, prudente Museo, has oído todo lo que se ha dicho: cómo, en una ocasión, sus hermanas engañaron a Perséfone, cuando recogía tiernas flores con sus manos, en un ancho y grandioso bosque<sup>12</sup>; y cómo después Plutón, tras uncir sus caballos de azuladas crines, atacó a la muchacha, de acuerdo con la decisión de la divinidad, la arrebató y se la llevó entre las olas estériles. Entonces yo, naturalmente, le prohibí navegar junto a los rompientes de la isla y las brillantes mansiones donde ningún mortal había estado con su nave. Pues no tiene un puerto a modo de refugio de las bamboleantes naves, sino que en todo el entorno hay altas y escarpadas rocas, donde crecen bellos y copiosos dones de la naturaleza. Y, entonces, Anceo, el piloto de la nave de azulada proa, obedeció, como era de esperar, y rápidamente se echó atrás de un salto, inclinando la barra a la izquierda; indujo entonces a la embarcación a no seguir una trayectoria recta y cortó, además, su marcha a la derecha.

Al tercer día llegamos a la mansión de Circe<sup>13</sup>, a la tierra baldía de Linceo<sup>14</sup> y a las viviendas cercadas por el mar. Arribamos, pues, a la costa y, con el corazón afligido, amarramos los cables a las rocas. A continuación, Jasón envió a sus fieles compañeros a que salieran (tratando de saber si algún mortal habitaba en el inmenso territorio) y conocieran la ciudad y modo de vida de sus gentes. Y, al ponerse en marcha, inmediatamente les salió de frente la doncella, hija del Sol, de la misma raza que el magnánimo Eetes. Circe la llaman su madre Astérope e Hiperión el que ve de lejos<sup>15</sup>. Rápidamente se acercó a la nave y todos se asombraron, como era de esperar, al contemplarla, pues desde su cabeza sus cabellos flotaban semejantes a rayos de fuego, brillaba su hermoso rostro y un hálito de fuego resplandecía de su persona. Pero, cuando Circe contempló con sus ojos a Medea (cubierta con un velo, se había tapado, por pudor, las mejillas con su vestido, pues el pálido dolor oprimía su corazón), compadeciéndose de ella, la interpeló y le dijo:

“Oh desdichada, ¿por qué te ha impuesto Cipris tal sino? Pues, sin duda, no os habéis olvidado de los desatinos que habéis cometido, antes de llegar a mi isla, respecto a tu anciano padre y a tu hermano, al que disteis espantosa muerte. Porque si os mantenéis indiferentes ante vuestras maldades sin purificar, no creo que os acerquéis a vuestra patria, hasta que lavéis vuestro crimen con las divinas y puras prácticas de Orfeo, en las riberas de Málea<sup>16</sup>. Pues la ley de mi casa no permite que

<sup>12</sup> El rapto de Perséfone por Plutón (Hades) tiene lugar en el llano de Enna, Sicilia, con la complicidad de Zeus; las hermanas que la engañaron son Afrodita, Atenea y Ártemis. Cf. CLAUDIANO, *De rap. Proser.* I 212 ss.

<sup>13</sup> Que APOLONIO (IV 660) sitúa en el mar Tirreno.

<sup>14</sup> No se sabe a qué se refiere. Otras variantes ilustran bien poco. Lo que sí se sabe es que, tanto en Apolonio como en Orfeo, los argonautas llegan a la isla de Circe, cuyo nombre es Ea, razón esta por la que HERMANN plantea la conjetura Ajafón, esto es, de Ea.

<sup>15</sup> Sólo aquí aparece Astérope como madre de Circe; en cuanto a Hiperión, padre del Sol, se aplica a veces a éste mismo la denominación del padre.

<sup>16</sup> El conocido cabo del Peloponeso, en Laconia; hoy, Malia.

lleguen a ella personas pendientes de una expiación. Sin duda vosotros estáis contaminados por una mancha que impone esa exigencia. Mas, al punto, propicia, os enviaré como presentes de hospitalidad, para vuestra provision, alimentos, vino dulce y abundante carne, además”.

Así habló y se retiró volando, y en medio de la nave se hallaban preparadas vasijas de comida y bebida. Y mientras nos dábamos prisa, un viento agudo y propicio se extendió. Entonces, soltando amarras de esta isla, llegamos, a través de las olas, a la embocadura del Tarteso y arribamos a las columnas de Hércules. Y, en torno a los sagrados promontorios<sup>17</sup> del soberano Dioniso, permanecemos al atardecer, pues nuestro ánimo necesitaba comida. Y, cuando el resplandor que trae la luz se despertó por oriente, hendimos con nuestros remos la azulada agua del mar, desde el alba, y llegamos al abismo de los sardos, a los golfos de los latinos, a las islas de Ausonia<sup>18</sup> y a las costas tirrenas. Pero cuando nos encontramos en el resonante estrecho de Lilibeo<sup>19</sup> y alcanzamos la isla Trigloquina<sup>20</sup>, la llama etnea de Encélado<sup>21</sup> contuvo nuestras ansias. Entonces, por encima de la proa, viniendo del fondo, una funesta ola borboteaba y, desde la más remota profundidad, resonó ruidosamente Caribdis<sup>22</sup> con sus aguas burbujeantes y alcanzó la extremidad del mástil. Y, como era de esperar, la corriente retuvo allí mismo a la nave y no le permitió progresar, ni retroceder, sino que en giros continuos erraba en la funesta profundidad. Y a punto estaba quizá de sumergirse la Argo en el abismo, si la hija mayor del anciano del mar<sup>23</sup> no hubiera deseado ver a su robusto esposo Peleo. Propicia surgió de la profundidad, libró de la destrucción a la embarcación Argo y la salvó del fango. Entonces, navegando, llegamos, a no mucha distancia, a un promontorio rocoso: una escarpada roca, que se extiende por encima, y con una concavidad lisa, ejerce su presión sobre el mar, hacia adentro, y el agua azulada resuena en su interior. Sentadas allí unas muchachas dejan oír su voz sonora y seducen a los hombres, que les prestan oídos, haciéndoles olvidarse de su regreso. Agradó, pues, entonces a los minias la indagación del canto de las Sirenas; no tenían intención de sobrepasar la pernicioso voz y escaparon los remos de sus manos, y

<sup>17</sup> Conjetura de ESCHENBACH, frente al extraño Pernesos (lejana ciudad de Pisidia) de la mayoría de los códices, y en discrepancia también con otras lecciones propuestas por otros filólogos. Para ello se basó en la descripción que de este río hace PAUSANIAS (I, 6).

<sup>18</sup> Antiguo nombre de Italia.

<sup>19</sup> Promontorio al SO. de Sicilia; hoy, cabo Boeo o Marsala.

<sup>20</sup> Es decir, «de las tres puntas», Sicilia.

<sup>21</sup> Gigante de cien brazos, a quien dio muerte la diosa Atenea, echándole la isla de Sicilia encima y quedando su cuerpo justamente debajo del volcán Etna. De ahí que aliente fuego. Cf. VIRGILIO, *En.*, III, 578 y ss.

<sup>22</sup> En APOLONIO, IV 922, Escila y Caribdis aparecen después de la bla de las Sirenas.

<sup>23</sup> Tetis, hija de Nereo. En APOLONIO, IV 930, son sus hermanas, las Nereidas, las que salvan la nave Argo, aunque dirigidas por Tetis.

Anceo conducía hacia la escarpada colina, sí yo no aderezo, tensando la forminge con mis manos, la grata composición de un canto de mi madre.

Con sonoros gritos entonaba un canto maravilloso, que expresaba cómo, en una ocasión, disputaron por unos caballos, rápidos como la tempestad, Zeus que atrona en las alturas y el marino sacudidor de la tierra. Y el de la negra cabellera<sup>24</sup>, irritándose contra el padre Zeus, golpeó con su tridente de oro la tierra lictonia<sup>25</sup> y, súbitamente, la dispersó por el ponto infinito para formar islas marinas, a las que dieron por nombre Cerdeña, Eubea y Chipre azotada por los vientos. Entonces, pues, mientras seguía tocando mi forminge, desde lo alto del nevado escollo las Sirenas se asombraron y cesaron en su canto: la una dejó caer de sus manos su lira, la otra su citara. Gimieron terriblemente, porque el triste destino de una muerte falsa había venido. Y desde lo alto de la escarpada cima se lanzaron a las profundidades del estruendoso mar y su cuerpo y su arrogante figura se transformaron en rocas.

Y, después que en su carrera la Argo eludió este destino, llegó a las aguas profundas del golfo y, henchida de vientos rápidos en sus cordajes, arribó a la muy divina Corcira, que habitaban, expertos en los remos y en los viajes marítimos, los feacios. Y Alcínoo, el más justo de los reyes, como es sabido, les hacía cumplir con su autoridad las leyes. Atamos amarras y nos dispusimos a celebrar sacrificios en honor de Zeus que todo lo vaticina y de Apolo ribereño.

Mas, en ese momento, dándose prisa con los remos, se lanzaron con sus innumerables naves las poderosas tropas de Eetes, de los colcos, de los eranos, de los carandeos y de los sólimos, en su intento de alcanzar a los minias, para llevar a Medea a presencia de su padre Eetes y que pagara en compensación la muerte de su hermano, debida a su maldad temeraria. Y, cuando llegaron al refugio de la ensenada, junto al fondeadero, rápidamente, como era de esperar, los heraldos marcharon al palacio de Alcínoo, y las rodillas de Medea se aflojaron y el temor volvió pálidas sus mejillas, ante la idea de que la enviara a la fuerza a su casa el rey de los feacios y sus hechos no fueran divulgados. Pero el destino que cumple sus proyectos no lo consintió, hasta que Jasón hubiera forjado, en el palacio de Pelias, para perdición funesta, un fatal sino al propio soberano. Mas, cuando escucharon la voz del cruel rey Arete, la de rosados brazos, y el deiforme Alcínoo, rápidamente ordenó éste a los heraldos que trajeran a la muchacha, objeto de la disputa, de la protectora nave, y pagara a su padre por su crimen, pero la ilustrísima soberana Arete se compadeció de ella y, dirigiéndose con suavidad a su esposo, le habló de esta manera:

<sup>24</sup> Epíteto del dios Posidón, como el anterior de «sacudidor de tierra».

<sup>25</sup> No se sabe a qué región o comarca se refiere. Se ha pensado que pudiera querer decir «licaonia», referente a una comarca del Asia Menor. Cf., al respecto, n. ad loc. en la ed. HERMANN. También CRIBELO traduce «Lycaniam terram».

“No es grato apartarse del esposo, privarse del lecho y extinguir la antorcha del amor. Pues Afrodita Dionea mucho se irrita contra los hombres y mujeres que maquinen estos actos. Pero si es una doncella y llega inmaculada, que se vaya a la casa de su padre y a las mansiones de los colcos; en cambio, si se ha prestado a cumplir sus funciones de compañera conyugal en el lecho, que se la lleve su esposo”.

Así habló y sus palabras llegaron al corazón de Alcínoo. Y, naturalmente, todo ello iba a tener su final. Pero la intención no les pasó desapercibida a los minias; rápidamente, pues, Hera, en apariencia de esclava, saltando sobre la nave, contó al punto y confirmó lo que tramaban los soberanos. Se preparó, entonces, Medea un lecho nupcial en lo alto de la popa; extendieron un jergón, y en torno a aquél desplegaron el vellocino de oro. Y, una vez que suspendieron pieles de buey y armaduras de sus lanzas y así ocultaban la respetable obra nupcial, entonces en plena juventud la flor de su virginidad perdió Medea, la de funesto matrimonio, con su boda de aciaga fama. Pero, cuando llegaron a presencia del irreprochable rey los colcos y los minias, y habló cada uno de ellos, el Esónida obtuvo de Alcínoo a Medea como esposa para llevársela. Rápidamente soltaron las amarras de la nave y, entonces, al impulso de los remos, la parlera Argo corría a través de las rutas del golfo de Ambracia.

En este punto, ¿qué te diré a ti, Museo, hijo de una diosa<sup>26</sup> de todo cuanto padecí, al igual que los minias, a consecuencia de los vendavales junto a la Sirte, o bien de qué modo se salvaron de su errante viaje por el mar, y también de cuántos padecimientos sufrieron en Creta, oteando, a dondequiera que llegáramos, al triple gigante de bronce<sup>27</sup> que, como es sabido, no permitía acercarnos al interior de los puertos?. Y, de este modo, encontrándonos agobiados por las resonantes aguas del mar y vivamente abrumados por las negras nubes, esperábamos que la rápida nave diera en los escollos Negros<sup>28</sup>. Pero el flechador Peán, desde cerca, desde la rocosa Delos, lanzó un dardo y descubrió una isla en medio de las Espóradas, a la que, en lo sucesivo, todos los habitantes del entorno llaman Cránae<sup>29</sup>.

Pero no estaba permitido apartar enteramente al Esónida del mar, pues llevaba sobre sí un objeto expiatorio y el Destino funesto saltó tras él, pues Hiperión guardaba cuidadosamente su rencor. Pero, cuando, al impulso de los remos, llegamos

<sup>26</sup> Museo, el mítico poeta, pasa por ser discípulo o maestro de Orfeo; su madre fue la diosa Selene, según la mayoría de los mitógrafos.

<sup>27</sup> Se trata del gigante Talo, guardián de Creta. APOLONIO (IV, 1638-1693) narra la historia de este gigante, en relación con los argonautas, y su muerte, motivada por la astucia de Medea.

<sup>28</sup> *Melaineioisin*, en el texto griego. Puede referirse a un promontorio de Bitinia o, todavía menos probable, a una ciudad de la India. De ahí que se haya propuesto (por el filólogo SCHRAEDER) la conjetura *Melanteioisin*, lo que parecería más congruente, ya que puede tratarse de unos escollos del mar Egeo, cerca de la isla de Tera, que, por otra parte, aparece en APOLONIO, IV 1707.

<sup>29</sup> Isla de la costa de Laconia. Respecto a Peán, se trata de Apolo; cf. supra, v. 175.

al cabo Málea, teníamos que rechazar, por consejo de Circe, las imprecaciones de Eetes y a la Erinis que impone su castigo. Entonces, pues, para los minias, hice sacrificios expiatorios como purificaciones, y supliqué al sostenedor y sacudidor de la tierra que les concediera, en su apresuramiento, el regreso y sus dulces padres.

Entonces dirigieron con ímpetu su rumbo hacia Yolco la bien construida. Por mi parte, me encaminé al Ténaro azotado por los vientos, para hacer sacrificios a los ilustrísimos soberanos que poseen el control de las simas infernales. Partiendo de allí, salí presuroso a la nevada Tracia, al territorio de los libetrios, a mi tierra patria, y me introduje en la renombrada cueva, donde me engendró mi madre en el lecho del magnánimo Eagro.

### Texto 6: Medea en Iolco (Ov., *met.*, VII, 149 ss.)

Aún queda adormecer con las hierbas al dragón siempre en vela que, señalado por su cresta y por sus tres lenguas y erizado de ganchudos dientes, era el guardián del árbol de oro. Una vez que el héroe lo regó con un tallo de jugo leteo y que por tres veces pronunció palabras productoras de plácido sueño y que detienen el mar alborotado y los ríos impetuosos, vino el sueño a aquellos ojos que éste no conocía, y el héroe esonio se apodera del oro, y orgulloso de su botín, y llevando consigo a la donadora del trofeo, la que era su segundo botín, tocó victorioso, en compañía de su esposa, el puerto de Iolco.

Las madres hemonias llevan sus dones por haber recuperado a sus hijos, y también los ancianos padres, y derriten al fuego montones de incienso, y una víctima con los cuernos recubiertos de oro cumple el voto ofrecido. Pero entre los que así daban el parabién no se encuentra Esón, cercano ya a la muerte y agotado por los años de la vejez, y entonces habló así el Esónida: "Oh esposa a quien confieso que debo mi vida, aunque todo me lo has dado y la suma de tus servicios ha sobrepasado toda esperanza, sin embargo, si también esto pueden (pues ¿qué no pueden los hechizos?), quita algunos años a los míos y añádeselos a mi padre". Y no contuvo las lágrimas: se conmovió ella por el amor filial de quien así rogaba, y en su alma, tan distinta, se hizo, presente el recuerdo de Eetes abandonado. Pero ella no confiesa esos sentimientos y dice: "¿Qué atrocidad se ha escapado de tu boca, esposo? ¿De manera que te parece que yo puedo trasladar a alguien un trecho de tu vida? Ni Hécate lo permitiría ni es justo lo que tú pides; pero un don mayor que el que tú pides voy a intentar otorgarte, Jasón. Con mi arte probaré a rejuvenecer la avanzada edad de mi suegro, y no con tus años, con tal de que me ayude la diosa triforme y con su favor me asista en la ardua empresa".

Tres noches faltaban para que los cuernos se juntaran por entero y completaron el disco; cuando en su máxima plenitud brilló la luna y contempló la tierra con su figura cabal, sale Medea de la mansión, vestida con una ropa flotante, con los pies desnudos y cayéndole por los hombros los cabellos desnudos, y a través del mudo silencio de la noche cerrada lleva, sin compañía sus pasos errantes. Un sueño profundo había relajado a hombres y pájaros y fieras; sin el más leve rumor se desliza ella, como sonámbula; sin el más leve rumor están los cercados, y silenciosas las hojas inmóviles, y silencioso el aire húmedo. Sólo los astros centellean; a ellos tendió los brazos volviéndose tres veces, y tres veces vertió sobre su cabello agua cogida de la corriente del río, y un triple alarido deja escapar de su boca, y con la rodilla apoyada en la dura tierra dijo: "Oh noche, fidelísima depositaria de misterios, y vosotros, dorados astros que a la vez que la luna sucedéis a los fuegos del día, y tú, Hécate, la de las tres cabezas, que concedora de nuestras actividades vienes como auxiliadora, y vosotros, encantamientos y artes de los magos, y tú, tierra, que provees a los magos de hierbas energicas, y vosotros, brisas y vientos y montes y ríos y lagos, y dioses todos de los bosques y dioses todos de la noche, venid a mí. Con vuestra ayuda, cuando yo he querido, los ríos han remontado hasta sus manantiales, ante la admiración de sus orillas, y calmo los mares alborotados y con mis encantamientos los alboroto cuando están en calma, desalojo a las nubes y hago venir a las nubes, y disperso a los vientos y los llamo, rompo con mis palabras y conjuros las fauces de las víboras, y muevo la roca viva y los robles, arrancándolos de su propio suelo, y las selvas, y mando a los montes temblar y a la tierra mugir y a los manes salir de sus sepulcros. También a ti, Luna, te arrastro, aun cuando los bronces de Témesa alivien tus angustias; a mis conjuros palidece también tu carro, palidece la Aurora por mis drogas. Vosotros me hicisteis el servicio de amortiguar las llamas de los toros y de oprimir con el corvo arado sus cuellos que no habían soportado peso alguno, vosotros provocasteis en los nacidos de la serpiente una feroz guerra entre ellos, y adormecisteis al guardián desconocedor del sueño, y engañando a su defensor enviasteis el oro a las ciudades helénicas: ahora se necesitan unos jugos gracias a los cuales una vejez restaurada vuelva a la flor y recupere sus años primeros; y vosotros me los vais a dar. Porque ni en vano han centelleado las estrellas ni en vano está aquí mi carro, tirado por las cervices de voladores dragones". Y allí estaba el carro, descendido del cielo. Tan pronto como subió a él y dio unas suaves palmadas a los embridados cuellos de los dragones y sacudió en sus manos las ligeras riendas, es arrebatada a las alturas y divisa allá abajo el tesalio Tempe y dirige sus serpientes hacia regiones bien determinadas; y va reconociendo las hierbas que produce el Osa y las que produce el alto Pelio, el Otris y el Pindo y el Olimpo mayor que el Pindo, y, de las que estima útiles, unas las arranca de raíz y otras la corta con la curva hoja de una hoz de bronce. También escogió muchos céspedes de las riberas del Apídano, y

muchos también del Anfriso y tampoco tú, Enipeo, dejaste de contribuir; como también el Peneo y también las ondas del Esperquío aportaron algo, y lo mismo las orillas, abundantes en juncos, del Bebe; cogió además en la eubea Antédone el vivaz tallo que todavía no era célebre por la transformación del cuerpo de Glauco. Y ya ocho días y ocho noches la habían visto recorriendo los campos llevada por su carro y por las alas de los dragones, cuando volvió; los mismos dragones no tuvieron más contacto con las hierbas que el olor, aun así se desprendieron de su piel de añosa vejez.

Al llegar se detuvo antes de trasponer el umbral de la puerta, y sólo el cielo es su techumbre y evita los abrazos de su marido, y levanta dos altares de césped, a la derecha el de Hécate mientras a la izquierda el de la Juventud. Cuando los hubo ceñido de verbena y de ramaje de la selva, en dos losas que abre sacando tierra no lejos de allí celebra sus ritos, y clava el cuchillo en una garganta de negros vellones e inunda de sangre las amplias zanjas: vertiendo después encima jarras de fluido vino y vertiendo además jarras de tibia leche, profirió al mismo tiempo sus palabras mágicas y aplaca a las divinidades de la tierra, y pide al rey de las sombras y a su esposa raptada que no se apresuren a privar de vida a los miembros del anciano. Cuando los hubo aplacado con sus plegarias y prolijos murmullos, ordenó que fuese sacado a la intemperie el cuerpo agotado de Esón, y, después de relajado en profundo sueño por sus hechizos, como un cadáver lo extendió en un lecho de hierba. Ordena que se aleje de allí el Esónida y que se alejen los ayudantes, y les advierte que deben apartar de los misterios sus ojos profanos. Se alejan conforme a lo ordenado; Medea, con los cabellos sueltos a la manera de las bacantes, circula alrededor de los altares en llamas, y empapa en la negra losa llena de sangre antorchas de múltiples hendiduras, y una vez empapadas las enciende en los altares gemelos, y por tres veces purifica al anciano con llamas, por tres veces con agua, por tres veces con azufre. Entretanto se ha dispuesto un caldero en el que el enérgico bebedizo hierve y chisporrotea y blanquea de espumas burbujeantes. Allí cuece Medea las raíces que ha cortado en el valle tesalio, y semillas y flores y jugos poderosos; añade piedras traídas del extremo Oriente, y las arenas que lavan las mareas del Océano; agrega también escarcha recogida a la luz de la luna llena, y las alas malditas de un vampiro, así como sus carnes, y las entrañas de un supuesto lobo que acostumbraba a cambiar en hombre su figura de fiera. Y no dejó de añadirse la membrana escamosa de una delgada serpiente de agua del país de los Cínifes, y el hijo de un longevo ciervo; y a todo ello agrega todavía pico y cabeza de una corneja que ha resistido nueve generaciones. Una vez que, con estas cosas y con otras mil sin nombre, dispuso la bárbara su operación más que mortal, con una rama desde mucho antes seca de un fructuoso olivo las agitó todas mezclando las de abajo con las de arriba. Y he aquí que el viejo leño, removido en el hirviente caldero, se torna verde primero y no mucho después se

viste de hojas y de repente se carga de gruesas aceitunas; pero es más, por dondequiera que el fuego hizo rebosar la espuma del hueco caldero, y cayeron al suelo las gotas calientes, la tierra toma un aspecto primaveral y en ella aparecen flores y tiernas hierbas. Al ver esto Medea empuña la espada y abre el cuello del anciano, y dejando que salga la sangre vieja lo rellena con sus jugos; cuando Esón se empapó de ellos, que penetraban, ya por la boca, ya por la herida, su barba y sus cabellos se despojaron de la canicie y tomaron rápidamente un color negro, su demacración es eliminada y desaparece, se le van la palidez y la decrepitud, se le llenan las profundas arrugas con carne nueva, y sus miembros se presentan florecientes: se maravilla Esón y se acuerda de que así era él en otro tiempo, cuarenta años antes.

Desde lo alto había visto Liber el prodigio de tan extraordinaria mutación, y advertido así de que era posible devolver a sus nodrizas los años de la juventud, recibe de la joven Cólquide este obsequio.

Y para no poner fin a sus mañas, simula la Fasiade un falso disgusto con su esposo, y suplicante se refugia en la casa de Pelias; la reciben las hijas, pues él está agobiado de vejez; en poco tiempo la astuta Cólquide las engañó con apariencias de mentida amistad, y al referirles, entre las más destacadas de sus realizaciones, que había eliminado la decrepitud de Esón, y demorándose en este punto, penetró en las jóvenes hijas de Pelias la esperanza de que por arte semejante pudiera su padre reverdecir, y así se lo piden, y le instan que fije ella el precio, sin límite alguno. Medea permanece callada por breve tiempo y parece dudar, y con su fingida indecisión tiene en suspenso aquellas almas que le suplican. Cuando al fin prometió hacerlo, dijo: "Para que sea mayor vuestra confianza en este remedio, el carnero de más edad que acaudille vuestro rebaño de ovejas se convertirá en corderito por mi droga". Al punto es traído un lanígero agotado por años innúmeros y con los cuernos arrollados alrededor de las hundidas sienes; cuando Medea le atravesó con su cuchillo hemonio la demacrada garganta y apenas manchó el hierro con la poca sangre, introduce la hechicera en hueco bronce a la vez los miembros del animal y los poderosos jugos; aquello hace disminuir el tamaño de los miembros, consume los cuernos y también, a la vez que los cuernos, los años, y en mitad del caldero se oye un tierno balido. Y en el acto, y mientras se asombran del balido, salta un corderito que huye retozando y busca unas ubres que le den leche.

Quedaron maravilladas las hijas de Pelias, y una vez que las promesas había presentado pruebas, entonces fue cuando apremiaron con más insistencia. Tres veces había Febo quitado el yugo a sus caballos después de sumergirse éstos en el río de Ibería, y por cuarta noche centelleaban las estrellas, cuando la pérfida Eetiade coloca sobre un fuego poderoso agua pura y hierbas sin efecto. Y ya el sueño, semejante a la muerte, poseía al rey, y a la vez que al rey, a sus guardianes, sueño producido por

encantamientos y por el poder de palabras mágicas; habían entrado en la habitación, siguiendo instrucciones y en compañía de la Cólquide, las hijas de Pelias y habían rodeado el lecho; les decía Medea: "¿Por qué dudáis ahora, cobardes? Empuñad las espadas y sacad la sangre vieja para que rellene yo de sangre joven las venas vacías. En vuestras manos está la vida y la edad de vuestro padre: si tenéis algún amor filial y no alimentáis vanas esperanzas, cumplid este deber para con vuestro padre y eliminad con las armas su ancianidad, y haced salir su sangre decrepita con el golpe del hierro". Con estas incitaciones cada una de ellas, si se distingue por su amor filial, es la primera en hacerse malvada, y para no ser criminal comete un crimen; no puede ninguna, sin embargo, contemplar sus propios golpes, y apartan sus ojos, y vueltas de espaldas dan ciegos mandobles con manos feroces. El padre, inundado en sangre, se incorpora sin embargo sobre el codo, y medio destrozado intenta levantarse del lecho, y tendiendo sus manos exangües en medio de tantas espadas les dice: "¿Qué hacéis, hijas? ¿Qué es lo que os arma para dar muerte a vuestro padre?" Se les cayó a las hijas el valor y las manos; se disponía él a seguir hablando, cuando la Cólquide le cortó la garganta a la vez que las palabras y sumergió su cuerpo mutilado en las calientes aguas. Y no se hubiera librado del castigo si no hubiese partido por los aires conducida por sus serpientes aladas. Huye por las alturas, por encima del umbroso Pelio, morada del Filireo, y por encima del Otris y de los parajes conocidos por el antiguo Cerambo. Éste, remontándose en el aire sobre unas alas con ayuda de las Ninfas, en la época en que la masa de la tierra estaba anegada por el mar que la había invadido, escapó sin ahogarse a las aguas de Deucalión. Deja Medea a la izquierda la eolia Pítane y la figura, hecha de piedra, de un enorme dragón, y el bosque del Ida en el que Líber ocultó, bajo la imagen de un falso ciervo, un novillo robado por su hijo, y la región en la cual fue enterrado en una exigua faja de arena el padre de Córito y los campos que aterrorizó Mera con sus inauditos ladridos, y la ciudad de Eurípilo, en la que las madres de Cos llevaron cuernos en la época en que se alejaba el ejército de Hércules, y a Rodas la de Febo, y a los Telquines de Iáliso, cuyos ojos, que todo lo dañaban con sola su mirada, Júpiter irritado hundió bajo las olas de su hermano; pasó de largo también las murallas cartreas de la antigua Cea, en la que un padre, Alcidamente, iba a asombrarse un día de que del cuerpo de su hija hubiera podido nacer una pacífica paloma. Ve a continuación el lago de Hirie y la Tempe de Cicno, hecha célebre por un cisne repentino; pues Filio, por orden del muchacho, había domado y llevado allí unas aves y un feroz león; también se le había ordenado vencer a un toro y lo había vencido, y, furioso por ver tantas veces oprimido su amor, rehusaba entregar al peticionario aquel último botín, el toro; indignado el otro dijo: "desearás dármelo", y se arrojó desde una elevada roca; todos creían que había caído; convertido en cisne se sostenía en el aire con sus alas; pero su madre Hirie, que ignoraba que estaba a salvo, a fuerza de llorar se licuó y produjo un

estanque con sus propio nombre. Junto a estos parajes está Pleurón, en donde la Ofiade Combe escapó, gracias a sus alas veloces, de los golpes de sus hijos. A continuación divisa los campos de la Letoide Calarea, que son testigos de la transformación de un rey en ave, junto con su esposa. A la derecha está el Cilene, en el cual Menefrón iba a acostarse con su madre a la manera de las fieras salvajes. Lejos de aquí contempla al Cefiso, llorando la pérdida de su nieto, convertido por Apolo en una voluminosa foca, y también la casa de Eumelo que se lamentaba de que su hijo estuviera en el aire. Por fin alcanzó, gracias a las alas viperinas, Éfira la Pirénide. Los antiguos solían decir que allí, en los primeros tiempos, de hongos formados por la lluvia surgieron cuerpos humanos. Pero una vez que la recién casada ardió por los hechizos colcos, y Medea contempló ferozmente cómo ardía el palacio del rey, su impía espada se bañó en la sangre de sus dos hijos, y, una vez conseguida la atroz venganza, la madre escapó a las armas de Jasón. Partiendo de allí y llevada por los dragones titánicos entra en la fortaleza de Palas, que te vio a ti, justísima Fene, y también a ti, anciano Périfas, volando juntos, así como a la nieta de Polipemon apoyada sobre alas insólitas. Acoge a Medea Egeo, única acción por la que se le puede censurar; y no le basta con la hospitalidad: la une a sí en matrimonial alianza.

#### 4.- LA ESTIRPE ETOLIA

##### Texto 1: el jabalí de Calidón (Ov., met., VIII, 260 ss.)

Y ya la tierra del Etna había recibido al fatigado Dédalo, y Cócalo, habiendo tomado las armas en favor del suplicante, pasaba por hombre bondadoso; ya había dejado Atenas, gracias a la hazaña de Teseo, de pagar el luctuoso tributo: los templos reciben coronas votivas, la gente invoca a la batalladora Minerva a la vez que a Júpiter y a otros dioses, a quienes honran con la sangre prometida, con la ofrenda de presentes y con cajas de incienso; la volandera fama había divulgado el nombre de Teseo por las ciudades argólicas, y los pueblos que comprendía la rica Aquea imploraron su auxilio en los momentos de gran peligro; también Calidón, aunque tenía a Meleagro, pidió con angustiadas súplicas el auxilio de Teseo: el motivo de la petición era un jabalí, siervo y vengador de Diana irritada violentamente. Dicen, en efecto, que Eneo ofrendó a Ceres, en agradecimiento por la prosperidad de un año de abundancia, las primicias de sus cosechas, a Lieo sus vinos, y a la rubia Minerva el líquido de Palas; a todos los dioses, empezando por los del campo, llegaron los honores a que ellos aspiran: sólo los altares de la Latoide, olvidada, dicen que quedaron abandonados y sin incienso. También a los dioses afecta la cólera. "Pues no lo voy a soportar impunemente, y de mí dirán que he sido despreciada, pero no que he quedado sin vengar". Así dijo, y envió a los campos de Eneo un jabalí vengador de su deshonra, como no tiene toros mayores el herboso Epiro y los tienen menores los labrantíos de Sicilia. Los ojos brillan de sangre y de fuego, el cuello es erguido y tieso, y se le erizan las cerdas, semejantes a una empalizada, a elevadas jabalinas; una espuma hirviente le chorrea, acompañada de roncós gruñidos, por los anchos hombros, sus colmillos son iguales a los colmillos indios, de su hocico brota el rayo, los matorrales arden con su aliento. Tan pronto la fiera pisotea las mieses que aún son hierba tierna y en crecimiento, como siega las ansias ya maduras de un labrador que llorará, y malogra la cosecha en las espigas. La era espera en vano y en vano los hórreos las mieses prometidas. Son tendidos por tierra los pesados racimos a la vez que los largos sarmientos, y también el fruto, junto con las ramas, del olivo siempre cubierto de hoja. También se encarniza contra las reses de ganado menor: ni a estas pueden defenderlas el pastor ni el perro, ni a las vacadas los toros feroces. La gente huye y se dispersa y no se considera segura mas que detrás de las murallas de una ciudad, hasta que Meleagro y con él una escogida tropa de jóvenes se reunieron ganosos de gloria: los gemelos Tindáridas, admirado el uno en boxeo y el otro en equitación, y Jasón, constructor del primer navío, y, junto con Pirítoos Teseo, pareja

unidísima, y los dos Testiadas, y la prole de Afareo, Linceo y el veloz Idas, y Ceneo, que ya no era mujer, y el belicoso Leucipo, y Acasto, famoso en la jabalina, y Hipótoo y Driade, y Fénix, vástago de Amíntor, y los dos Actóridas, y Fileo, procedente de la Élide. Tampoco faltaba Telamón y el progenitor del gran Aquiles, y, junto con el Feretiada y con el hianteo lolao, el dinámico Euritió, y Equión, invicto en la carrera, y el naricio Lélex, y Panopeo y Hileo y el feroz Hípaso, y Néstor, que aún estaba en sus primeros años, y los enviados por Hipocoonte desde la antigua Amiclas (...)

## 5.- LA ESTIRPE EÁCIDA

### Texto 1: Peleo en Ftía (Apollod., III, 13, 1)

Peleo se refugió en Ftía junto a Euritión, hijo de Áctor; por éste fue purificado y recibió de él a su hija Antígona y la tercera parte del país. Le nació una hija, Polidora, a la que tomó por esposa Boro, hijo de Perieres. De allí se marchó en compañía de Euritión la caza del jabalí de Calidón y al arrojar un venablo contra el jabalí alcanzó a Euritión e involuntariamente le mató. De nuevo parte al exilio fuera de Ftía y arriba a Yolco junto a Acasto, por quien es purificado. Participa en los juegos en honor de Pelias y compite en la lucha con Atalanta. Astidamía, la esposa de Acasto, enamorada de Peleo, le hizo proposiciones para un encuentro amoroso. Como no consiguió convencerlo, hizo llegar a su mujer la noticia de que Peleo estaba a punto de casarse con Estérope, la hija de Acasto; y aquélla al oírlo se ahorcó. Acusó en falso a Peleo ante Acasto, asegurando que había intentado hacerle el amor. Oído esto, Acasto no quiso matar a quien él había purificado, pero lo condujo a una cacería al Pelión. Se originó allí una disputa a propósito de la cacería y Peleo, cortando las lenguas de los animales que había capturado, las introdujo en su morral, pero los compañeros de Acasto se apoderaron de ellos y se burlaban de que Peleo no hubiera cazado nada. Sin embargo éste les presentó las lenguas que tenía en su poder y afirmó que había cazado tantos animales como lenguas. Mientras Peleo se hallaba dormido en el Pelión, Acasto lo abandonó y se marchó habiendo ocultado su espada entre el estiércol de las vacas. Al despertarse, mientras buscaba su espada, fue atrapado por los Centauros y estuvo a punto de morir, pero lo salvó Quirón, que además buscó su espada y se la entregó.

Peleo desposó a Polidora, hija de Perieres, de la que le nació Menestio, hijo putativo, pues lo era en realidad del río Esperqueo. Más adelante desposó a Tetis, hija de Nereo; por su mano habían rivalizado Zeus y Posidón, pero cuando Temis vaticino que el hijo que de ella naciera habría de ser más fuerte que su padre, desistieron.

### Texto 2: Peleo y Tetis (Catull, LXIV, 1 ss.)

En otro tiempo, pinos nacidos en la cumbre del Pelion nadaron, se dice, a través de las límpidas olas de Neptuno, hasta las aguas del Fasis y el reino de Eetes, cuando unos muchachos escogidos, flor de la juventud argiva, ansiosos de arrebatarse a la Cólquida la piel de oro, osaron lanzar por los salobres mares su navío veloz y barrer

la llanura azul con sus remos de abeto. La diosa que protege las fortalezas en las alturas de las ciudades les construyó ella misma este carro que volaba al soplo del viento, formando con trabazón de pino el combado buque: éste, el primero, inició a Anfitrite aún inexperta en tales carreras. Apenas su espolón hubo hendido el llano batido por los vientos y la ola volteada por sus remos brilló blanca de espuma, surgieron del deslumbrante abismo indómitos rostros, las Nereidas marinas, asombradas de aquel prodigio. Este día, otro, y otro todavía, vieron los mortales con sus ojos a las Ninfas del mar, de cuerpo desnudo, elevarse hasta los senos sobre el abismo argénteo. Fue entonces cuando Peleo se abrasó, dicen, en el amor de Tetis, cuando Tetis no desdeñó la boda con un hombre, cuando Tetis obtuvo del mismo padre de los dioses el consentimiento para unirse con Peleo. ¡Oh vosotros, nacidos en unos tiempos demasiado felices, héroes, salud, retoños de los dioses! ¡Oh hijos que sois la honra de vuestras madres, salud una y otra vez...! A todos yo os invocaré a menudo, os invocaré en mi canto, a ti sobre todo que debes a unas felices nupcias tu gloria sin par, columna de Tesalia, Peleo, a quien el mismo Júpiter, sí, el mismo padre de los dioses, concedió el objeto de su amor. ¿No es a ti a quien recibió en sus brazos la bellísima Tetis, hija de Nereo? ¿No es a ti a quien Tetis aceptó como marido de su nieta, así como Océano, cuyas aguas abrazan el orbe entero?

Apenas llegaron, en el término convenido, los días tan anhelados por Peleo, Tesalia entera confluye reunida en su casa, el palacio rebosa de regocijada multitud; todos traen consigo presentes, la alegría resplandece en sus rostros. Es abandonada Esciros, dejan Tempe de Ftíótida, las moradas de Cranón y los muros de Larisa, y se reúnen en Farsalia, se apiñan bajo los techos de Farsalia. Nadie cultiva los campos, reposan los cuellos de los novillos, los curvos rastrillos no limpian la viña que se arrastra a ras de tierra, el toro no desgarrar el terruño con la penetrante reja ni la hoz de los podadores aclara la sombra de los árboles; los arados abandonados se cubren de áspera herrumbre. Pero la morada de Peleo, hasta el fondo de sus opulentas mansiones, resplandece con el fulgor del oro y la plata, la blancura del marfil brilla en los sitiales, centellean las copas en las mesas, toda la casa se alegra con los destellos del tesoro real. El lecho nupcial de la diosa es instalado en medio del palacio; adornado con índicos colmillos, lo recubre un tejido de púrpura, impregnado del róseo jugo del múrice.

### Texto 3: Crianza de Aquiles (Apollod., III, 6-8)

Pero Peleo, que la estaba vigilando, al ver al niño saltando sobre el fuego prorrumpió en gritos. Y Tetis, al verse impedida de ejecutar su proyecto, abandonó a su hijo aún pequeño y se marchó junto a las Nereidas. Peleo condujo al niño al lado

de Quirón, que lo acogió y lo crió con entrañas de leones y jabalíes y con médulas de osos y le puso el nombre de Aquiles, pues antes su nombre era Lígirón, por no haber él aproximado los labios a un pecho.

Después de esto Peleo, en unión de Jasón y los Dioscuros, saqueó Yolco y asesinó a Astidamía, la mujer de Acasto, y, luego de haberla partido en trozos, hizo que el ejército pasara a través suyo.

Cuando Aquiles cumplió nueve años, como Calcante había dicho que no se podría tomar Troya sin él, Tetis, temerosa de que hubiera de morir si participaba en la expedición, lo camufló con ropas de mujer y se lo confió a Licomedes como si se tratase de una muchacha. Criado allí, se unió a Deidamía, la hija de Licomedes, y le nació un hijo, Pirro, llamado posteriormente Neoptólemo.

## 6.- LA ESTIRPE ATENIENSE

### Texto 1: Contenido sumario del mito de Teseo (Apollod. *Epit.*, I)

En tercer lugar mató, en Cromión, a una cerda, llamada Fea en recuerdo de la vieja que la había criado. Algunos la reputan hija de Equidna y Tifón. El cuarto que mató fue Escirón de Corinto, hijo de Pélope o, según otros, de Posidón. Este, en posesión de las rocas por él llamadas Escirónidas, en la Megáride, obligaba a los caminantes a lavarle los pies y, cuando lo estaban haciendo, los arrojaba a un abismo como pasto de una descomunal tortuga. Teseo lo agarró por los pies y lo arrojó al mar. En quinto lugar mató, en Eleusis, a Cerción, hijo de Branco y de la ninfa Argiope, el cual obligaba a los caminantes a luchar y les daba muerte en el transcurso de la lucha; pero Teseo lo alzó en el aire y lo estrelló contra el suelo. En sexto lugar mató a Damastes, al que algunos llaman Polipemón. Este, dueño de una vivienda al borde del camino en la que había dispuesto dos camas, la una corta y la otra larga, invitaba a su casa a los caminantes y a los de baja estatura los acostaba en la larga y los golpeaba a martillazos para que se igualasen con la cama, mientras que a los altos en la larga, y serraba lo sobrante de su cuerpo.

Así pues Teseo llegó a Atenas después de limpiar el camino. Medea, que era por entonces la compañera de Egeo, maquinó contra él y persuadió a Egeo a tomar precauciones frente al presunto conspirador. Egeo, que desconocía a su hijo, en su temor lo envió contra el toro de Maratón. Cuando le hubo dado muerte, le ofreció un veneno proporcionado por Medea ese mismo día, pero él, en el momento de serle brindada la bebida, le entregó al padre su espada y Egeo, al reconocerla, le arrebató la copa de las manos. Teseo pues, identificado por su padre e informado de la insidia, expulsó a Medea. Es incluido en el tercer tributo al Minotauro o, según dicen otros, se ofreció voluntario. Como la nave tenía velamen negro, Egeo encargó a su hijo que, en caso de volver con vida, la aparejase con velas blancas. Cuando llegó a Creta, Ariadna, hija de Minos, se enamoró de él y le promete su colaboración, con la condición de que la lleve a Atenas y la tome por esposa. Accedió Teseo mediante juramentos y ella pide a Dédalo que le delate la salida del laberinto. Por indicación suya, le da un hilo a Teseo en el momento de entrar. Teseo, tras atarlo a la puerta, entra y lo va soltando. Halló al Minotauro en la parte más recóndita del laberinto, lo mató luchando a puñetazos y salió recogiendo el hilo. Durante la noche arriba a Naxos con Ariadna y sus muchachos. Allí Dioniso, enamorado de Ariadna, la secuestró y la condujo a Lemnos, donde se unió a ella y engendró a Toante, Estáfilo, Enopión y Pepareto.

Teseo, entristecido por la pérdida de Ariadna, se olvidó en su regreso de aparejar la nave con velas blancas y Egeo, que vio desde la acrópolis cómo la nave portaba velamen negro, en la creencia de que Teseo había perecido, se arrojó y desapareció de entre los vivos. Teseo asumió el poder en Atenas y mató a los hijos de Palante, en número de cincuenta. Del mismo modo, todos los que tenían la intención de rebelarse fueron eliminados por él, así que obtuvo en solitario el poder absoluto.

Cuéntase que Minos, al enterarse de la fuga de Teseo y los suyos, encerró por su delito a Dédalo en el laberinto junto con su hijo Ícaro, que había tenido de Náucrate, una esclava de Minos. Pero él fabricó unas alas para sí y para el muchacho. Al echar a volar, le instó a no hacerlo ni demasiado alto, para evitar que las alas se descompusieran al derretirse la cola por efecto del sol, ni cerca del mar, para que no se estropearan por la humedad. Pero Ícaro, haciendo caso omiso de las instrucciones de su padre, en su entusiasmo se dejaba llevar cada vez más alto; hasta que se derritió la cola y murió en su caída al mar que se llamó Icario en su memoria. Dédalo, en cambio, llegó sano y salvo a Cánico, en Sicilia. A Dédalo lo buscaba Minos: indagaba en todas las regiones una por una llevando una caracola y haciendo público que daría una gran paga a quien hiciera pasar un hilo a través de la concha, y por este procedimiento pensaba encontrar a Dédalo. Una vez que llegó a Cánico de Sicilia y se entrevistó con Cócalo, en cuya casa se escondía Dédalo, le mostró la concha. Él la tomó, le prometió hacer pasar el hilo y la entregó a Dédalo. Este ató un hilo a una hormiga, la metió en la caracola y dejó que la recorriera. Cuando Minos comprobó que el hilo había pasado, se percató de que Dédalo estaba con él, así que lo reclamó en el acto. Cócalo prometió que se lo entregaría y lo invitó a su casa. Allí se hizo bañar por las hijas de Cócalo y quedó exánime. Según afirman algunos, murió abrasado por el hervor <del agua>.

En una incursión en compañía de Heracles contra las amazonas, raptó a Antíope o, según otros, a Melanipa, y según Simónides a Hipólita, razón por la cual atacaron Atenas las amazonas y, en esta campaña, las venció Teseo al frente de los atenienses en la colina del Areópago. Tenía un hijo de la amazona, Hipólito, cuando recibió de Deucalión a Fedra, hija de Minos. En la celebración de esta boda la amazona, la anterior esposa de Teseo, se plantó armada con su séquito de amazonas y se dispuso a matar a los asistentes, pero éstos cerraron con rapidez las puertas y la mataron. Algunos dicen que murió en el transcurso de la lucha a manos de Teseo. Fedra, madre ya de dos hijos de Teseo, Acamante y Demofonte, se enamoró del hijo de la amazona, a saber, Hipólito, y le pidió que le correspondiera, pero él, que odiaba a todo el género femenino, declinó la relación. Entonces Fedra, por temor a que la acusara ante su padre, forzó las puertas de su dormitorio y rasgó sus vestidos, para levantar falso testimonio de violencia contra Hipólito. Teseo la creyó e impetró a Posidón la destrucción de Hipólito. El dios, cuando él conducía su carro a toda

velocidad por la orilla del mar, hizo emerger un toro de entre las olas, a cuya vista se desbocaron los caballos y volcóse el carro. Hipólito murió arrastrado por las riendas, en las que se había enredado. Cuando su amor se hizo notorio, Fedra se ahorcó.

## Texto 2 : Regreso de Teseo a Ática (Ov., met., VII, 404-455)

Y ya estaba allí Teseo, vástago desconocido de su padre, que con su valor había pacificado el Itsmo de los dos mares. Para perderlo mezcla Medea el acónito que consigo había traído de las riberas de la Escitia. Dicese que ese producto se originó de los dientes de la perra de Equidna. Hay una caverna oscura en el tenebroso abismo, hay un camino que baja en pendiente, por el que el héroe de Tirinto arrastró, enlazándolo con cadenas de acero, a Cérbero que se resistía y que apartaba sus ojos de la luz del día y de los rayos esplendorosos. Excitado Cérbero por rabiosa cólera llenó los aires con los ladridos simultáneos de sus tres gargantas, y salpicó de espumas blanquecinas los verdes campos. Esas espumas se cree que se solidificaron y que, tomando el alimento del suelo fértil y productivo, alcanzaron el poder de hacer daño; y, como nacen y se desarrollan en la roca dura, los campesinos las llaman acónito. Por engaño de su esposa el propio padre de Teseo, Egeo, dio esa hierba a su hijo creyéndole un enemigo. Ya Teseo había cogido con su desprevenida diestra el vaso que se le ofrecía, cuando su padre reconoció en el puño de marfil de su espada las señales de su estirpe y apartó bruscamente de la boca de su hijo aquella infamia. Medea escapa a la muerte gracias a unas nubes que produce con sus encantamientos.

En cuanto al padre de Teseo, aunque se regocija de ver sano y salvo a su hijo, está horrorizado, sin embargo, de que haya faltado poco para que se cometa una enorme atrocidad. Hace arder el fuego en los altares y colma de dones a los dioses; las hachas hieren los robustos cuellos de bueyes que llevan el testuz ceñido de cintas. Dicese que ningún día lució más celebrado que aquél por los Erectidas: los próceres y el pueblo ordinario participan en común festín, y cantan también canciones heroicas bajo la inspiración del vino: "A ti, magnífico Teseo, te admiró Maratón por la sangre del toro de Creta, y si el labrador ara los campos de Cromión sin temor al jabalí, don y obra tuya es; la tierra de Epidauro vio caer, gracias a ti, la prole, portadora de maza, de Vulcano, y también la ribera Cefisiade vio caer al feroz Procrustes, y Eleusis la ciudad de Ceres, vio la muerte de Cerción. Murió aquel Sinis que hacía mal uso de sus inmensas fuerzas, que podía doblar los troncos y empujaba desde sus copas hasta el suelo los pinos que luego iban a dispersar a lo lejos los cuerpos humanos. Un camino seguro se ofrece hasta Alcátoe, la plaza fuerte de los Léleges, una vez aniquilado Escirón, y a los huesos dispersos del bandido la tierra les niega habitación, habitación les niega el mar; después de zarandeados por mucho tiempo esos huesos,

dícese que el tiempo los endureció convirtiéndolos en peñascos; peñascos que conservan el nombre de Escirón. Si quisiéramos enumerar tus glorias y tus años, tus hazañas sobrepasarían a tus años. Por ti, oh el más valiente, formulamos públicamente nuestras plegarias de gratitud, en tu honor tomamos la bebida de Baco". El palacio real resuena de aplausos del pueblo y de preces de congratulantes, y en la ciudad entera no hay lugar alguno triste.

Y sin embargo (hasta tal punto no hay alegría completa y alguna inquietud se mezcla con los goces), no disfrutó Egeo tranquilamente de haber recobrado a su hijo; Minos se dispone a hacer la guerra, y si bien es poderoso por sus soldados y lo es por su escuadra, resulta sobre todo temible y denodado por su cólera (...)

### • Texto 3: Regreso de Teseo a Ática (Apollod., III, 15, 6 ss y 16)

Pandión, mientras estaba en, Mégara, tuvo estos hijos: Egeo, Palante, Niso y Lico. Pero algunos dicen que Egeo era hijo de Escirio y que Pandión lo hacía pasar por suyo. A la muerte de Pandión, sus hijos marcharon contra Atenas, expulsaron a los Metiónidas y dividieron en cuatro partes el reino; pero Egeo se hizo con todo el poder. Primero tomó por esposa a Meta, hija de Hoples, y en segundo lugar a Calcíope, hija de Rexénor. Como no tenía hijos, temeroso de sus hermanos, acudió a la Pitia y le consultó sobre la manera en que podría engendrar hijos. El dios le respondió:

*El tapón que sobresale del odre, tú, el mejor de los hombres, no lo quites hasta que hayas llegado a lo alto de Atenas.*

Desconcertado por el vaticinio, regresó a Atenas. Al pasar por Trezén, recibió hospedaje de Piteo, hijo de Pélope, el cual comprendió el oráculo y, tras haberlo emborrachado, le acostó con su hija Etra. Pero durante esa misma noche también Posidón tuvo relaciones con ella. Egeo le encomendó a Etra que, si había engendrado un varón, lo criase sin decirle de quién era hijo. Dejó bajo una roca una espada y unas sandalias y le dijo que, cuando el niño fuera capaz de mover la roca, las recogiera y que junto con estos objetos se lo enviara.

Egeo llegó a Atenas y organizó el certamen de las Panateneas, en el que Androgeo, hijo de Minos, venció a todos. Egeo lo envió contra el toro de Maratón, que lo aniquiló. Pero algunos aseguran que cuando viajaba hacia Tebas para participar en los juegos en honor de Layo, sus rivales le tendieron por envidia una emboscada y lo mataron. Cuando se tuvo noticia de su muerte, Minos, que estaba en Paros ofreciendo un sacrificio a las Gracias, se quitó la corona de su cabeza e hizo parar las flautas, pero no realizó el sacrificio peor. Por eso incluso en la actualidad en

Paros se les ofrecen sacrificios a las Gracias sin coronas y flautas. No mucho después, habiéndose adueñado del mar, atacó con su escuadra a Atenas, tomó Mégara durante el reinado de Niso, hijo de Pandión, y mató a Megareo, hijo de Hipómenes, que había acudido en auxilio de Niso. También murió Niso por la traición de su hija. Pues tenía en medio de su cabeza un cabello purpúreo y existía un oráculo según el cual moriría si se le arrancaba. Pero su hija Escila, que se había enamorado de Minos, se lo arrancó. Minos, una vez que se hubo adueñado de Mégara, ató a la muchacha por los pies a la popa y la hundió bajo el agua. Como la guerra se prolongaba sin que lograra tomar Atenas, suplicó a Zeus vengarse de los atenienses. Cuando se abatió sobre la ciudad la peste y el hambre, los atenienses, de acuerdo con un antiguo oráculo, en primer término degollaron sobre la tumba del cíclope Geresto a las hijas de Jacinto, Anteide, Egleide, Litea y Ortea; Jacinto, su padre, había llegado desde Lacedemonia y se había instalado en Atenas. Pero, como esto no sirvió de nada, consultaron al oráculo sobre la manera de librarse del mal. Entonces el dios les respondió que diesen a Minos la indemnización que él mismo eligiera. Así pues, enviaron una embajada a Minos y le recomendaron que pidiera una indemnización. Minos ordenó que le enviaran siete muchachos e igual número de muchachas, desarmados, como alimento para el Minotauro. Éste se hallaba encerrado en el laberinto, del que nadie que entraba en él, conseguía salir, pues por medio de intrincadas revueltas se obstruía la salida que permanecía secreta. Lo había construido Dédalo, hijo de Eupálamo, el hijo de Metión, y de Alcipe, pues era un excelente arquitecto y el primer inventor de imágenes. Había huido de Atenas por haber precipitado desde lo alto de la acrópolis a Talo, el hijo de su hermana Pérdirx, que era alumno suyo, temeroso de que lo sobrepasase con su ingenio; pues una vez que se había encontrado una mandíbula de serpiente, había serrado con ella un delgado tronco. Descubierto el cadáver, fue juzgado en el Areópago y, habiendo sido condenado, se refugió junto a Minos. Allí actuó como cómplice de Pasífae, que se había enamorado del toro de Posidón, fabricándole una vaca de madera, y construyó el laberinto, dentro del cual enviaban cada año los atenienses siete muchachos e igual número de muchachas como alimento para el Minotauro.

Teseo, el hijo habido por Egeo de Etra, cuando se hizo un hombre, apartó la roca, recogió la espada y las sandalias y, a toda prisa, marchó a pie hacia Atenas. Dejó sin peligros el camino, que se hallaba en poder de los maleantes. Así, en primer lugar, en Epidauro, dio muerte a Peripetes, hijo de Hefesto y Anticlea, que tenía el sobrenombre de Corinetes por la maza que portaba. Debido a que poseía unos pies débiles, portaba una maza de hierro, con la que mataba a los viandantes; Teseo se la arrebató y la llevaba luego él. En segundo lugar mató a Sinis, hijo de Polipemón y Silea, hija de Corinto, que tenía el apodo de Pitocampetes; pues habitaba en el istmo de Corinto y obligaba a los que por allí pasaban a doblar pinos y mantenerlos así;

pero por falta de fuerzas no lo conseguían y, lanzados al aire por los árboles, perecían de un modo horrible. De esta misma manera Teseo dio muerte a Sinis.

#### Texto 4: Teseo, el Minotauro y Ariadna (Catull., 64, 50-265)

Este velo, en que se representan con figuras de vario color hombres de la antigüedad, reproduce con admirable arte las hazañas de los héroes. Mientras desde la ribera de Día de rumoroso oleaje, mirando a lo lejos, ve huir a Teseo con sus rápidas naves, Ariadna, incapaz de dominar el delirio que embarga su pecho, no cree todavía ver lo que ve; ya que, apenas despierta de un engañoso sueño, descubre la infeliz que se halla abandonada en la desierta playa. Mientras tanto, sin acordarse de ella, el joven que huye azota el mar con los remos, abandonando sus vanas promesas a los vientos de las tempestades. A lo lejos, en medio de las algas, la hija de Minos, con ojos tristes, semejante a la estatua de mármol de una bacante, le sigue con la mirada, ¡ay!, con la mirada y flota sobre un mar de congojas; no recoge la cinta de fino tejido su rubia cabellera, no cubre el ligero velo su pecho desnudo, no ciñe la redondeada faja sus senos blancos como la leche; todos los adornos han caído de todo su cuerpo; esparcidos a sus pies, servían de juego a las olas del mar. Pero ella no se cuida entonces de la suerte de su cinta ni de su velo llevado por las olas; sólo de Teseo, pendía, en su delirio, con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente. ¡Ay, desdichada, a quien ha puesto fuera de sí la diosa del Erix con incesantes dolores, sembrando en aquel tiempo punzantes congojas en su corazón, desde el día en que el altivo Teseo, salido de la sinuosa costa del Pireo, abordó al palacio del tirano de Gortinia!

Se cuenta, en efecto, que en otro tiempo, forzada por una peste cruel a expiar la muerte de Androgeón, la ciudad de Cécrope solía entregar sus mozos escogidos y la flor de sus doncellas como manjar al Minotauro. Viendo su estrecho recinto desolado por tal calamidad, Teseo decidió ofrecer su misma vida por su querida Atenas antes que permitir que la ciudad de Cécrope siguiera enviando a Creta estos convoyes de muertos todavía no muertos y así, forzando su ligero navío, llegó con suaves brisas junto al arrogante Minos y a su soberbio palacio. Tan luego como lo contempló con ávidos ojos la hija del rey, quien un pequeño lecho casto, que exhalaba suaves olores, veía crecer entre los tiernos brazos de su madre, como las aguas del Eúrotas dan vida a los mirtos o la brisa primaveral hace abrir las flores de mil matices, no apartó de él sus ardientes ojos antes de que la llama prendiera en todo su cuerpo, abrasándola íntimamente toda hasta los tuétanos. Oh tú, que infliges con duro corazón el tormento de tales delirios, divino niño, que mezclas con cuitas los goces de los hombres, y tú, diosa que reinas en Golgos y en el frondoso Idalio, ¿en qué tempestades habéis

agitado el inflamado corazón de esta virgen, cuando su rubio huésped le arrancaba tantos suspiros! ¡Cuántos temores rindieron su desmayado pecho! ¡Cuántas veces palideció más que los reflejos del oro, cuando, ansioso de combatir contra el monstruo feroz, Teseo iba a buscar o la muerte o una gloriosa victoria! No fueron baldías, con todo, ni hostiles a los dioses las ofrendas que prometió y los votos que formuló con labios cerrados. Porque así como, en la cumbre del Tauro, una encina que agita sus brazos, o un pino de frutos cónicos y de rezumante corteza, son retorcidos por el soplo del indómito huracán que acaba descuajando su tronco, y el árbol arrancado de raíz cae lejos, hacia adelante, rompiendo en su derredor todos los obstáculos; así, vencido, el cuerpo de la fiera fue derribado por Teseo; mientras en vano embestia con sus cuernos los impalpables vientos. Luego, sano y salvo, lleno de gloria, el héroe retrocedió, guiando sus pasos errantes con un ligero hilo, que le permitió salir de las revueltas del laberinto sin extraviarse en la inextricable red del palacio.

Pero ¿por qué he de separarme yo de mis primeros versos, por qué he de decir en más largo relato cómo, huyendo la presencia de su padre, los abrazos de su hermana y hasta los de su madre, que, desdichada, cifraba su apasionada alegría en esta hija, Ariadna prefirió a todos estos bienes el dulce amor de Teseo, o cómo un navío la transportó hasta la espumosa ribera de Día, o cómo, mientras el sueño había cerrado sus ojos, su amante la abandonaba y huía con ingrata memoria? A menudo, cuentan, agitada por ardiente delirio, profería agudos gritos del fondo de su corazón; ora subía, desolada, a los montes escarpados, desde donde extendía su mirada sobre el vasto oleaje del mar; ora corría ante las aguas temblorosas, recogiendo su ligero vestido sobre la pierna desnuda; tales fueron los últimos lamentos arrancados por el dolor entre los sollozos que, con el rostro arrasado de lágrimas, exhalaba de su helado corazón:

“¡Así me has arrebatado, pérfido, a los altares de mi padre, para abandonarme sobre una playa desierta, pérfido Teseo ¡Así huyes, menospreciando el poder de los dioses, ingrato, y te llevas a tu hogar tus malditos perjurios! ¿Nada pudo doblegar el cruel designio de tu mente? ¿No hubo en ti generosidad bastante para que tu salvaje pecho pudiera compadecerse de mí? No era esto lo que en otro tiempo me prometiste con voz halagadora, no era esto lo que me hacías esperar, triste de mí, sino una alegre unión, un ansiado himeneo: vanas palabras, todo ello, que los vientos disipan por los aires. No preste ya fe mujer alguna a los juramentos de un hombre; no espere ninguna de la boca de un hombre palabras leales. Mientras su espíritu desvaría por el ansia de obtener algún favor, no temen ningún juramento, no ahorran ninguna promesa; pero, tan pronto como han saciado la liviandad de su ávido corazón, no temen el efecto de su palabra, no se cuidan de sus perjurios. Yo, mientras te envolvía el torbellino de la muerte, te arranqué de él y preferí perder a mi hermano antes que

faltarte, traidor, en la hora suprema. En premio, seré entregada a las fieras y a las aves como presa para despedazar y nadie me dará sepulcro cubriendo de tierra mis despojos. ¿Qué leona te dio a luz bajo una roca solitaria? ¿Qué mar te engendró y te escupió de sus espumosas ondas, qué Sirte, qué rapaz Escila, qué enorme Caribdis, puesto que pagas a tal precio, la dulzura de vivir? Si repugnaba nuestra boda a tu corazón porque temías la autoridad inhumana de tu viejo padre, habrías podido al menos llevarme a vuestra morada, para prestarte en ella con alegría mis servicios como esclava, acariciando tus blancos pies con agua clara o extendiendo sobre tu lecho una colcha de púrpura. Pero ¿por qué yo lanzaré en vano mis quejas, enajenada por el dolor, a las brisas indiferentes, insensibles, que no pueden oír ni contestar las voces que se me escapan? Él, entretanto, se halla ya casi en medio del mar y ni un solo mortal aparece entre las algas desiertas. Así la despiadada fortuna, recargando sus insultos en la hora extrema, me ha rehusado hasta unos oídos abiertos a mis gemidos. ¡Oh Júpiter omnipotente, ojalá ya desde el principio las popas cecropias no hubieran tocado las riberas de Gnosos, ni, trayendo el abominable tributo al toro indómito, hubiera fijado un pérfido navegante sus amarras en Creta, ni ese miserable, disimulando bajo tantos atractivos sus crueles designios, hubiera buscado en nuestra morada descanso y hospitalidad! ¿Dónde me refugiaré? ¿Qué esperanza sostendrá mi angustia? ¿Volveré a los montes del Ida, si, ¡ay!, separándome con su inmenso abismo me aparta de ellos la amenazadora llanura del mar? ¿Esperaré la ayuda de mi padre? ¿No le abandoné yo misma, para seguir a un joven rociado con la sangre de mi hermano? ¿Podré hallar consuelo en el amor de un esposo leal? ¿No huye acaso, curvando en el abismo sus flexibles remos? Además no hay un solo cobijo en la playa, está desierta la isla, no hay ninguna salida abierta sobre las olas del piélago que me rodean. No hay ningún medio de huir, ninguna esperanza; todo está mudo, todo está desierto, todo presagia el fin. Con todo, no apagaré mis ojos la muerte ni abandonaré los sentidos mi cuerpo fatigado sin que haya implorado a los dioses el justo castigo de quien me ha traicionado, sin que haya invocado, en mi hora postrera, la protección de los cielos. Vosotras, pues, que perseguís con penas vengativas los crímenes de los hombres, Euménides, vosotras cuya frente, coronada por una cabellera de serpientes, anuncia las iras que manan de vuestro pecho, venid acá, venid, oíd las quejas que la desgracia, ¡ay!, arranca, de lo más hondo de sus entrañas, a una mujer despojada de todo, inflamada, ciega de un furioso delirio. Y puesto que nacen justas del fondo de mi pecho, no permitáis que quede sin venganza mi infortunio, sino que con aquel ánimo con que Teseo me abandonó en esta soledad, con el mismo ánimo, diosas, haga caer la desgracia sobre sí mismo y sobre los suyos”.

Cuando hubo dejado escapar estas palabras de su triste corazón, reclamando torturada el castigo de aquel crimen, el que reina sobre los dioses del cielo le acordó

con un movimiento de cabeza su poderío invencible; ante este gesto se estremecieron la tierra y los encrespados mares y el firmamento agitó sus astros centelleantes. Entonces Teseo, oprimido su espíritu por espesas tinieblas, dejó huir de su olvidadizo corazón todas cuantas órdenes había retenido antes fielmente y, descuidándose de izar la fausta señal para su padre alarmado, no le anunció que volvía a ver sano y salvo el puerto de Erecteo. Pues dicen que en otro tiempo, cuando confiaba a los vientos su hijo que iba a dejar con su flota las murallas de la diosa, Egeo, abrazando al joven, le había dado esta orden:

“Hijo, único hijo mío, más querido para mí que la larga vida, a quien me veo obligado a lanzar hacia tantos peligros, cuando acabas de serme devuelto en el extremo límite de mi vejez ya que mi destino y tu ardoroso valor te separan de mí, contra mi voluntad, sin que mis débiles ojos hayan podido saciarse de la querida figura de mi hijo, yo sin placer y sin alegría te veré marchar y no dejaré que lleves contigo las señales de una próspera fortuna, sino que, ante todo, daré libre curso a mis lamentos, mancillaré mis canas esparciendo en ellas tierra y polvo, y luego colgaré a tu mástil errante unas velas teñidas, para que publique mi duelo y las ardientes cuitas de mi alma la obscura herrumbre de la tela ibera. Si la diosa que habita la ciudad santa de Itono y que da a nuestra stirpe y a la tierra de Erecteo tantas muestras de su protección, te concediera manchar tu mano con la sangre del toro, cuida entonces que mis órdenes, conservadas en tu memoria, permanezcan vivas y que no las borre el tiempo: en cuanto tus ojos vean nuestras colinas, desnúdense tus antenas por todos lados de su fúnebre vestidura y los sólidos cables icen velas blancas, para que en seguida, al verlas, tenga yo la alegría de conocer la grata noticia cuando llegue el feliz momento de tu regreso”.

Estas órdenes, retenidas al principio fielmente por Teseo, se le escaparon de la memoria, como, impelidas por el soplo de los vientos, las nubes huyen de la aérea cumbre de una montaña nevada. Entonces su padre, que desde lo alto de la ciudadela escrutaba el horizonte, consumiendo con interminable llanto sus ojos ansiosos, apenas divisó los lienzos del velamen hinchado, se precipitó desde la cima de los peñascos, creyendo que un implacable destino le había arrebatado a Teseo. Así, al entrar bajo el techo de su casa llena de luto por la muerte de su padre, el cruel Teseo sintió un dolor igual al que su corazón olvidadizo había causado a la hija de Minos.

Ella, mientras tanto, siguiendo con sus tristes ojos la nave que se alejaba, revolvía mil congojas en su alma herida. Pero por otro lado venía corriendo el floreciente Iaco con su cortejo de Sátiros y con los Silenos, nacidos en Nisa; iba en tu busca, Ariadna, inflamado de amor por ti. Con el cortejo, ligeras, enloquecidas de delirio, se movían aquí y allá las Ménadas gritando “¡Évoe, évoe!”, y sacudían la cabeza. Unas agitaban la punta del tirso cubierto de follaje, otras blandían los miembros de un novillo descuartizado; éstas ceñían su talle con serpientes enlazadas,

aquéllas celebraban los místicos objetos escondidos en el fondo de las cestas, los objetos cuyo secreto en vano desean conocer los oídos de los profanos; otras tañían los tamboriles con las palmas abiertas o arrancaban al bronce redondeado agudos sonidos, muchas soplaban en cuernos, exhalando roncós gemidos, y la flauta bárbara rechinaba, con hórrido estrépito. (...)

### Texto 5: Teseo, el Minotauro y Ariadna (Ov., *met.*, VIII, 152-182)

Minos ofrendó a Júpiter, cumpliendo sus votos, los cuerpos de cien toros, tan pronto como desembarcando de su escuadra tocó la tierra Curétide y fijó en su palacio, como ornato, los despojos de la guerra. Había crecido el deshonor de la familia, y lo inaudito del monstruo de dos formas ponía de manifiesto el vergonzoso adulterio de su madre; Minos decide alejar de su tálamo esta infamia y encerrarlo en una mansión múltiple, en una morada sin salidas. Dédalo famosísimo por su pericia en el arte de la construcción, realiza la obra, confunde las señales, e induce a error a los ojos con la sinuosidad y las revueltas de interminables pasadizos. No de otro modo que juega el transparente Meandro entre los campos frigios, y con inseguro curso va y vuelve y saliendo a su propio encuentro contempla sus ondas que luego pasarán por allí mismo, y, vuelto unas veces en dirección a sus fuentes y otras al mar abierto, agita unas aguas desconocedoras de su destino, así Dédalo llena de recodos los innumerables pasadizos, y apenas pudo él mismo volver al umbral: tan grande es el engañoso artificio de aquella construcción. Y, una vez que encerró en ella la doble figura de toro y de mancebo, y al monstruo, después de haber sido dos veces alimentado con sangre actea lo aniquilo el tercer contingente designado por la suerte tras el ciclo de nueve años, y una vez que, gracias a la ayuda de una joven la difícil puerta por la que jamás había pasado dos veces ninguno de los anteriores, fue encontrada recogiendo el hilo, al punto el Egida, después de raptar a la Minoide, largó sus velas rumbo a Día, y en aquella playa abandonó, despiadado, a su compañera; solitaria y profiriendo muchos lamentos estaba ella cuando Líber le llevó el socorro de sus abrazos, y además, para que una constelación, perdurable la hiciese resplandeciente, le quitó de la frente la corona y la envió al cielo; vuela la corona a través de los aires impalpables, y, mientras vuela, las piedras preciosas se convierten en refulgentes luminarias y se detienen, subsistiendo la figura de corona, en un lugar que está entre el Arrodillado y el Serpentario.

### Texto 6: Amistad de Teseo con Pirítoo (Apollod., *Épit.*, I, 20 ss.)

Cuéntase que Ixión se había enamorado de Hera e intentaba forzarla; a la denuncia de Hera, Zeus, que quería saber si era cierto, dio a una nube la imagen de Hera y la acostó junto a él. Y como se jactase de haberse unido a Hera, lo amarró a una rueda, y este es su castigo, ser llevado por ella en el aire a través de los vientos. La nube, fecundada por Ixión, dio a luz a Centauro.

Teseo combatió junto a Pirítoo cuando levantó guerra contra los centauros: Pirítoo los había invitado a sus bodas con Hipodamia, pues eran parientes de ella y, como no estaban acostumbrados al vino, trasegaron sin tasa y se embriagaron; y, cuando fue presentada la novia, intentaron violentarla, pero Pirítoo tomó sus armas junto con Teseo y trabó combate, dando muerte Teseo a muchos de ellos.

Ceneo era al principio mujer, pero pidió a Posidón, su amante, convertirse en hombre invulnerable, por lo cual, en la reyerta contra los centauros, exterminó a muchos de ellos mofándose de las heridas, pero los restantes le pusieron cerco y lo sepultaron en tierra golpeándolo con abetos.

Teseo, puesto de acuerdo con Pirítoo para desposar a hijas de Zeus, se reservó para sí a Helena, a la que raptó en Esparta acompañado por él, cuando ella contaba doce años de edad, y bajó al Hades en solicitud de la mano de Perséfone para Pirítoo. Entonces los Dioscuros, al frente de lacedemonios y arcadios, tomaron Atenas y se llevaron a Helena y, con ella, como prisionera, a Etra hija de Piteo, mientras que Demofonte y Acamante escaparon. También hacen venir a Menesteo y le dan el gobierno de Atenas. En tanto Teseo, que había ido al Hades en compañía de Pirítoo, cae en una trampa, ya que <Hades> como primera medida, para que se sintieran objeto de su hospitalidad, les instó a sentarse en el trono del Olvido, en el cual permanecieron sólidamente atados por las espirales de unas serpientes. Así, Pirítoo quedó amarrado a perpetuidad, mientras que a Teseo lo subió Heracles y lo envió a Atenas. De allí fue desterrado por Menesteo y marchó ante Licomedes, que, lo mató precipitándolo a un barranco.

### Texto 7: Fedra e Hipólito (E., *Hipp.*, 309 ss.)

FEDRA

¡Ay de mí!

NODRIZA

¿Te impresiona eso ya?

FEDRA

Ama, me estás matando; por los dioses te imploro que no vuelvas jamás a mencionar a ese hombre.

NODRIZA

¿Lo ves? En tus cabales estás y, sin embargo, no ayudas a tus hijos ni enderezas tu vida.

FEDRA

Les amo, pero hay otra tempestad que me turba.

NODRIZA

¿Supongo que tus manos tendrás limpias de sangre?

FEDRA

Mis manos están limpias, pero mi alma manchada.

NODRIZA

¿No será algún conjuro de parte de quien te odie?

FEDRA

Un amigo me pierde sin culpa de él ni mía.

NODRIZA

¿Es que tal vez Teseo faltó contra ti en algo?

FEDRA

¡Ojalá no resulte que soy yo quien le ofende!

NODRIZA

¿Qué es, pues, eso tan grave que a la muerte te induce.

FEDRA

Déjame que obre mal; a ti no te hago daño.

NODRIZA

(Arrodillándose y cogiendo a Fedra de la mano).

No a sabiendas, mas voy a fallar por tu culpa.

FEDRA

Pero ¿qué haces? Me tomas la mano por la fuerza.

NODRIZA

(Abrazando sus rodillas).

E incluso tus rodillas; jamás te soltaré.

FEDRA

Malo, infeliz, es eso que preguntas, malísimo.

NODRIZA

¿Qué hay para mí peor que el no llegar a ti?

FEDRA

Esto te va a matar, aunque a mí me dé gloria.

NODRIZA

¿Y aun siendo cosa honrosa no atiendes a mis súplicas?

FEDRA

Es que de esta vergüenza salir con bien intento.

NODRIZA

Pues bien, si hablas, tendrás una honra más completa.

FEDRA

¡Márchate, por los dioses, suéltame ya la mano!

NODRIZA

No, que no me concedes el favor que debías.

FEDRA

Lo haré, porque tu abrazo me obliga a respetarte.

NODRIZA

(Se levanta y hace una seña a las criadas para que salgan de escena).

Y yo me callo ya; tú tienes la palabra.

FEDRA

¡Oh, qué tremendo amor, madre, el que concebiste!

NODRIZA

¿Al toro te refieres, hija, o a qué otra cosa?

FEDRA

Y tú, mí pobre hermana, la esposa de Dioniso...

NODRIZA

¿Qué te ocurre, mi niña? ¿Contra los tuyos hablas?

FEDRA

Y también yo como ellas, pobre de mí, me pierdo.

NODRIZA

Estoy estupefacta; ¿dónde irás a parar?

FEDRA

De ahí viene y no es de ayer esta desgracia mía.

NODRIZA

Pero en nada me aclaras lo que yo quiero oír.

FEDRA

¡Ay! ¿No puedes decir tú lo que decir yo debo?

NODRIZA

Yo no soy un augur que lo oscuro comprenda.

FEDRA

¿Qué es eso a lo que llaman los hombres el amor?

NODRIZA

Nada existe, hija mía, mas dulce y doloroso.

FEDRA

Pues yo de esos extremos tan sólo uno he probado.

NODRIZA

¿Qué dices? ¿Amas, niña? Pero, ¿quién es el hombre?

FEDRA

Ése, como le llamen, sí, sí, el de la Amazona.

NODRIZA

¿Hablando estás de Hipólito?

FEDRA

Tú lo nombras, no yo.

NODRIZA

¡Ay, ay, qué cosas cuentas, hija! ¡Pues sí, me matas!

### Texto 8: Fedra e Hipólito (Sen., *Phaedr.*, 864 ss.)

TESEO. - ¡Oh, compañera de lecho!, ¿así recibes la llegada de tu varón y la presencia de tu añorado esposo? ¿Por qué no dejas tu diestra libre de espada y me devuelves la respiración manifestando todo eso que te hace huir de la vida?

FEDRA. - ¡Ay!, por el cetro de tu autoridad real, magnanimo Teseo, y por la vida de nuestros hijos y por tu regreso y por lo que en seguida serán mis cenizas, déjame morir.

TESEO. - ¿Qué motivo te fuerza a morir?

FEDRA. - Si se dice el motivo de una muerte, se pierde su fruto.

TESEO. - Nadie, excepto yo, lo va a oír.

FEDRA. - Una mujer pudorosa siente temor de los oídos de su esposo, incluso estando solos.

TESEO. - Habla; en mi pecho fiel guardaré tus secretos.

FEDRA. - Lo que quieras que otro guarde en silencio, cállalo tu primero.

TESEO. - Ningún medio de darte muerte quedará a tu alcance.

FEDRA. - Al que quiere morir nunca puede faltarle una muerte.

TESEO. - Indícame el delito que tienes que pagar con la muerte.

FEDRA. - El delito de estar viva.

TESEO. - ¿Es que no te conmueven mis lágrimas?

FEDRA. - La mejor de las muertes es perecer mereciendo las lágrimas de los suyos.

TESEO. - Está dispuesta a seguir en silencio... Bajo los azotes y cargada de cadenas, la vieja, que es su nodriza, revelará cuanto ésta se niega a decir. Encadenadla. Que la fuerza de los azotes le arranque los secretos de su alma.

FEDRA. - Yo misma voy a hablar. Aguarda.

TESEO. - ¿Por qué apartas tu rostro afligido y cubres, poniendo por delante el vestido, las lágrimas que han surgido de pronto en tus mejillas?

FEDRA. - A ti, a ti, creador de los dioses celestiales, te invoco por testigo y a ti, brillante resplandor de la luz etérea, de quien, por nacimiento, depende nuestra casa: aunque tentada, he resistido a los ruegos; ante el hierro y las amenazas no ha cedido mi alma. Sin embargo, mi cuerpo ha sufrido la violencia. Este ultraje a mi pudor lo lavará mi sangre.

TESEO. - ¿Quién, dime, ha sido el que ha destruido nuestra honra?

FEDRA. -El que tú menos piensas.

TESEO. - ¿Quién es? Exijo oírlo.

FEDRA. - Te lo dirá esta espada que, aterrorizado por el tumulto, dejó abandonada el violador, asustado de los ciudadanos que acudían corriendo.

TESEO. - ¿Qué crimen, ¡ay de mí!, estoy vislumbrando? ¿Qué monstruosidad estoy viendo? Brilla en la empuñadura el marfil de la casa real, tallado con pequeñas imágenes, honroso emblema del linaje acteo. Pero él, ¿a dónde se ha escapado?

FEDRA. -Estos criados lo han visto en precipitada huida, lanzado a todo correr.

TESEO. - ¡Oh, santo amor filial! ¡Oh, tú, que tienes el timón del cielo! y tú, que, en las olas manifiestas tu poder sobre el segundo reino! ¿De dónde ha venido esta peste de infame ralea? ¿Lo ha criado la tierra griega, o el Tauro escita y el Fasis de Cólquide? Vuelve la raza a su punto de origen y la sangre bastarda reproduce su primera raíz.

Esa es sin duda la loca pasión de la raza portadora de armas: odiar la alianza amorosa y ofrecer públicamente su cuerpo después de mantenerlo casto largo tiempo.

¡Oh, repugnante linaje que no se deja vencer por ninguna ley de un país mejor! Incluso las propias fieras evitan en el amor lo antinatural y un pudor instintivo guarda las leyes de la especie.

¿Dónde está aquel rostro y aquella fingida majestad de varón y aquel porte descuidado, con tendencia a lo primitivo y antiguo, y aquel rigor de costumbres propio de un viejo y aquella gravedad de sentimientos?

¡Oh, vida engañosa, que llevas ocultas las inclinaciones y que pones una hermosa fachada a los torpes instintos! El pudor al impúdico oculta, al osado la serenidad, la piedad al criminal, los mentirosos intentan pasar por veraces y los que llevan una vida muelle simulan austeridad. Tú, habitante de las selvas, el salvaje, el casto, el virginal, el ingenuo, ¿para mí te reservas? ¿Empezando por mi lecho y con un crimen tan grande has querido inaugurar tu virilidad?

Ahora sí que doy gracias a la divinidad de arriba de que cayera Antíope herida por mi propia mano y de no haberte dejado una madre al descender a los antros estigios.

Vete exiliado y recorre pueblos lejanos y desconocidos: aunque una apartada tierra en el confín del mundo te separe de mí, dejando en medio las regiones del Océano, aunque habites en la parte del orbe antípoda a la nuestra; aunque, ocultándote en el último escondrijo, llegues a atravesar el reino horripilante del elevado polo y, situado por encima de los inviernos y de las canas nieves, hayas

dejado atrás, enfurecidas, las rugientes amenazas del gélido Bóreas; pagarás el castigo por tus crímenes.

En tu exilio yo te acosaré obstinadamente por todos los escondrijos. Lo lejano, lo cerrado, lo impenetrable, lo apartado, lo intransitable yo recorreré. No habrá lugar que me cierre el paso. Tú sabes de dónde vuelvo.

A donde no se pueden lanzar dardos, allí lanzaré yo mis imprecaciones. Mi padre, el dios marino, me concedió formular tres votos con aquiescencia divina y este don lo sancionó jurando por la Éstige.

Vamos, pues, soberano del mar, hazme efectivo este funesto regalo: que Hípólito no vuelva a ver la claridad del día y que vaya en su juventud a la morada de los Manes, que están irritados con su padre.

Hazle a tu hijo este abominable favor, padre. Yo no consumiría nunca este último don de tu poder divino, si no me acosaran grandes males. En medio del profundo Tártaro y del horrendo Dite y de las acosadoras amenazas del rey de allá abajo, me abstuve de formular deseo alguno. Cumple ahora la palabra que diste. Padre, ¿te retrasas? ¿Por qué guardan silencio todavía las olas? Cúbrenos ahora mismo de una noche de negros nubarrones empujados por los vientos, quita de nuestra vista el cielo y los astros, haz que se desborde el ponto, incita a toda la masa de animales marinos y haz, en tu cólera, que se levanten olas desde el fondo del Océano.